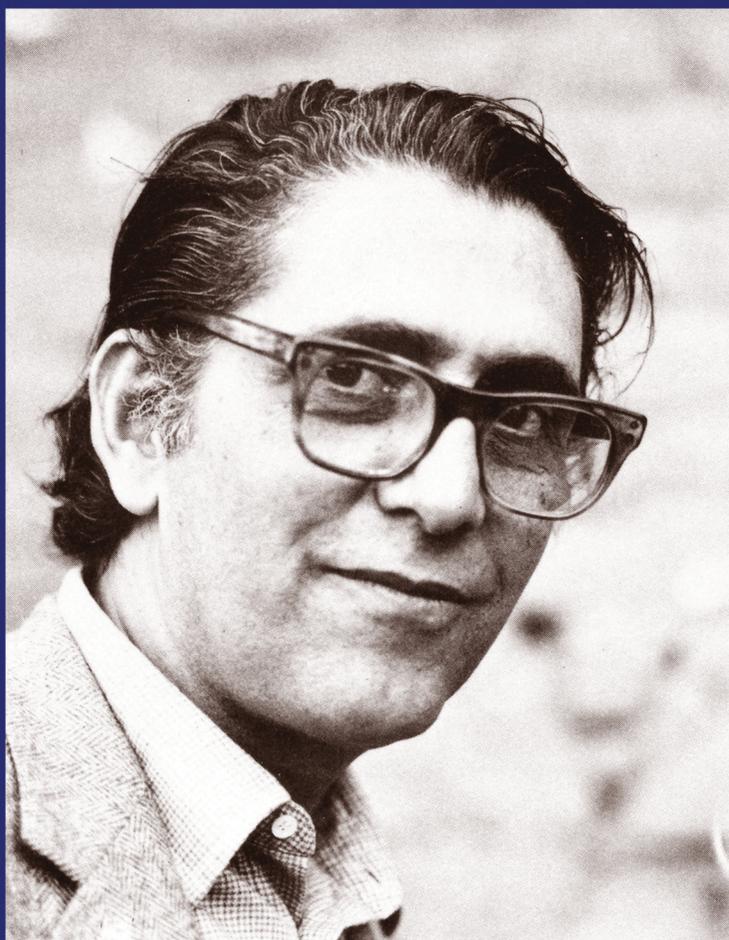


# Algunas tardes con Alejandro Rossi

Conversaciones, ensayos  
y apuntes

Adolfo Castañón



EL COLEGIO DE MÉXICO



ALGUNAS TARDES CON ALEJANDRO ROSSI

CONVERSACIONES, ENSAYOS Y APUNTES



ALGUNAS TARDES  
CON ALEJANDRO ROSSI

CONVERSACIONES,  
ENSAYOS Y APUNTES

*Adolfo Castañón*

Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

M864.4

R831c

Castañón, Adolfo, 1952-

Algunas tardes con Alejandro Rossi : conversaciones,  
ensayos y apuntes / Adolfo Castañón. – 1a ed. – México, D.F. :  
El Colegio de México, 2010.

165 p. ; 21 cm. – (Colección Testimonios).

ISBN 978-607-462-152-5

1. Rossi, Alejandro, 1932-2009 – Crítica e interpretación.  
I. t. II. Ser.

DDC-22

Primera edición, 2010

D.R. © El Colegio de México, A. C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-152-5

Impreso en México

## ÍNDICE

|                               |   |
|-------------------------------|---|
| Advertencia en forma de carta | 9 |
|-------------------------------|---|

### TRES CONVERSACIONES DE ADOLFO CASTAÑÓN CON ALEJANDRO ROSSI

|                             |    |
|-----------------------------|----|
| Primera conversación (1982) | 13 |
| Segunda conversación (1996) | 43 |
| Tercera conversación (2001) | 75 |

### ENSAYOS Y APUNTES

|  |     |
|--|-----|
| Alejandro Rossi: la voz del espejo                               | 83  |
| Alejandro Rossi: Diccionario de la espuma                        | 93  |
| Alejandro Rossi: un edén necesario                               | 101 |
| Preludio encontrado en la selva del recuerdo                     | 107 |
| ¿Por qué escribe literatura un filósofo?                         | 109 |
| Si madre de mi fe mi ciencia fuese                               | 117 |
| A treinta años de <i>Manual del distraído</i> de Alejandro Rossi | 123 |
| Una figura plural: tributo a Alejandro Rossi                     | 129 |
| Oración fúnebre por Alejandro Rossi (1932-2009)                  | 137 |
| <br>   |     |
| Bibliografía de Alejandro Rossi                                  | 141 |
| Fuentes y referencias de Adolfo Castañón sobre Alejandro Rossi   | 159 |
| <br>   |     |
| Índice de nombres  | 161 |



## ADVERTENCIA EN FORMA DE CARTA

Querido Alejandro:

Desde que te conocí hace muchos años, a principios de 1975, supe que terminaría haciendo un libro sobre ti. No esperaba que fuese tan pronto. Siempre se piensa que el mañana no es ningún día y como que vive uno ignorando la fecha del límite. Ahora me tienes poniendo una advertencia a las conversaciones que sobrevivieron al naufragio del tiempo, en parte gracias a tu generosidad, en parte merced a la idea fija y tenaz de salvar para el lector que ahora tiene este libro en sus manos algo del milagro de tu fulgurante palabra. Los diálogos, las entrevistas se distribuyeron a lo largo de los años: la primera se dio en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la Universidad Nacional Autónoma de México allá por 1987; la segunda derivó de la transcripción aguerrida de una plática que sostuvimos entre ambos para Radio Universidad, en varias sesiones durante el año de 1996; la tercera en fin —como quizá recuerdes— me la dictaste, ésa es la palabra, para el libro *A treinta años de Plural* publicado por el Fondo de Cultura Económica en el año 2000. Como verás siguen mis apuntes, ensayos y prosas diversas que han buscado acompañar tus letras y, en cierto modo, prolongar aquellas largas y morosas conversaciones que sostuvimos en tus casas, en la casona de tus suegros en la colonia Las Águilas, en la de Abundio Martínez (muy cerca de una pequeña glorieta tan afín al espacio mental suscitado por tus letras no siempre distraídas) y en la última, en una empedrada calle de San Ángel adonde llegaban los ecos de los pájaros buscando abrigo nocturno. ¿No es paradójico que de la misma manera que tus restos descansan ahora en una discreta urna, tus letras por el contrario anden vagando inquietas y traviesas por el mundo más allá de las fronteras de nuestro idioma? Ahora el lector es el único juez: a su justicia y a su misericordia se encomiendan estas páginas cuya publicación ha sido posible

gracias a la generosidad de El Colegio de México, institución con la que tuviste lazos desde tu llegada aquí hasta llegar a ser miembro de su Junta de Gobierno, y de tu querida esposa Olbeth.

México, D. F., 18 de febrero de 2010.

TRES CONVERSACIONES  
DE ADOLFO CASTAÑÓN  
CON ALEJANDRO ROSSI



## PRIMERA CONVERSACIÓN (1982)

La primera imagen que tengo de Alejandro Rossi es la de la fotografía que ilustra la contratapa de la primera edición de su libro *Lenguaje y significado*. La figura que ahí aparece es la de un hombre que se encuentra hondamente concentrado en su lectura y que de pronto se topa con un giro o una frase que lo hace, por decir así, saltar de su asiento, preparar en la boca el hueco de la exclamación, alzar ligeramente los brazos que sostienen el misterioso volumen. Había en esa imagen yo no sé qué de incisivo y magnético. Más tarde, pasados los años, me encontraba en las oficinas de la revista *Plural* —sí, la buena— corrigiendo unos cartones en compañía de una amiga —Ana María [Cama]<sup>1</sup> que mitigaba los rigores de la tipografía con travieso buen humor. Repentinamente, oigo a mis espaldas una voz, envuelta con cierto descuido en un entre irónico y *nonchalant*, desidioso más que negligente, retintún. Era Alejandro Rossi. La primera impresión que tuve al observarlo fue ambigua o, más bien, registraba, recordaba en él cierta ambigüedad: ese tipo simpático y afectuoso transformaba con la intensidad de su presencia el lugar. No se le había escapado nada de aquel escritorio: ni su escrupuloso desorden ni el estado de ánimo de los que estábamos a su alrededor, ni siquiera los matices imperceptibles de la voz. Pero, al mismo tiempo, su figura elegante, cuidadosamente informal, parecía estar en otro lado, con no menos lucidez e intensidad.

En aquella foto donde yo lo había visto por primera vez, Alejandro Rossi parecía en cierto modo magnetizado por el texto que tenía entre las manos. Ahora era él el que me magnetizaba. Yo no lo había leído mucho

<sup>1</sup> Ana María Cama Villafranca (1943), hermana de Alba C. de Rojo e hija de Alba Villafranca de Cama. Correctora y coordinadora editorial de la revista *Plural* dirigida por Octavio Paz en su primera época (1971-1976). Colaboró con Graciela Bayúgar en la organización del Catálogo Histórico del Fondo de Cultura Económica (1975).

pero a los pocos momentos de conocerlo ya le tenía cierto afecto. Y me puse a leerlo. Desde entonces no he dejado de hacerlo.

Adolfo Castañón: Alejandro, cada uno es el fruto de un árbol genealógico, ¿podrías hablarnos tú de ese árbol, de las raíces maternas y paternas?

Alejandro Rossi: Sí, yo tengo una particular suspicacia ante este tipo de preguntas personales, pero aquí voy a responder:

Yo nací en Florencia, Italia; mi padre es florentino y mi madre venezolana. Quizá el hecho importante de esta doble vía sea una especie de bilingüismo básico en el que yo me moví desde que tengo recuerdos. Quizá la verdad sea que mi primer idioma sea el italiano, así me lo han dicho. Pero desde que yo tengo memoria estoy hablando en español. Este bilingüismo básico me persiguió durante los primeros diez o doce años de mi vida y como nosotros hicimos muchos viajes de Italia a Sudamérica había una especie de constante adaptación en uno y otro idioma. Yo iba, por ejemplo, de vacaciones a Venezuela, y al cabo de estar allí un par de meses, regresábamos en unos espléndidos y largos viajes en barco. Los barcos eran italianos. Me acuerdo de *El Horacio* y *El Virgilio*. Allí siempre había un par de días, en los que yo tenía que adaptarme al idioma de nuevo, al italiano. Sucedió lo mismo cuando llegaba a Venezuela. Mezclaba un poco palabras. Siempre me veo haciendo de niño, un cierto esfuerzo de acomodo a uno y a otro, como si me obligaran constantemente a hacer ese esfuerzo, y yo creo que de alguna manera lo resentía un poco. Cuando ya estaba cómodo en uno, tenía que pasar al otro y viceversa.

Mi rama italiana, la rama de papá, es una familia florentina. Mi abuelo paterno era un hombre que yo traté relativamente poco en mi infancia. Le tenía mucha distancia o él me la tenía a mí. Era un hombre impaciente con los nietos, industrial. Tenía fábricas. Perteneía a una burguesía pudiente, lo mismo que la parte materna. Y era un hombre muy violento.

Un hombre violento, un hombre de cara roja, de cuello corto, que tenía una especie de furor inventivo. Recuerdo que mi padre me decía con una enorme admiración —porque él no era nada inventivo— que mi abuelo tenía ciento veinte patentes y que había sacado no sé qué premio en no sé qué exposición de Ámsterdam, en 1901 o en 1905. Era un hombre que siempre estaba produciendo objetos mecánicos e inventando cosas que a mí me parecieron bastante triviales, pero que a él lo divertían mucho.

Cuando muchos años después vi por primera vez a Heidegger,<sup>2</sup> curiosamente me trajo la imagen de mi abuelo, me recordó a aquel hombre cuellicorto y de venitas rojas aquí en los cachetes, que era mi abuelo. El abuelo, además, tenía entre sus pasiones y sus distracciones, llamémoslas así, ciertas manías. Por un lado, tenía algo de horticultor porque recuerdo que tenía él una gran casa, con un enorme jardín. Había una huerta que no se podía pisar. No se podía entrar ahí, había que verlo desde afuera. Por otro lado, era un hombre al que le gustaba diseñar jardines. Recuerdo que tenía en el fondo del jardín una especie de laberinto vegetal que llenó muchas tardes de mi infancia.

En cambio, el abuelo venezolano era totalmente distinto, era un hombre callado, bastante hierático, no tenía tantas habilidades manuales ni inventivas. Se dedicaba a la banca; siempre lo recuerdo muy elegante, un poco tieso, con trajes entallados con muchos botones. Tengo algunas imágenes recurrentes de estos dos abuelos en los primeros diez años de mi infancia. Por ejemplo, a mi abuelo el italiano le gustaban los automóviles, las motocicletas, las máquinas. En una época tenía entre otras cosas una motocicleta con *side-car*. Invitaba a mi otro abuelo, que era, insisto, muy serio y muy silencioso, a subirse en el *side-car*. A pesar de sus vacilaciones, casi lo metía a la fuerza dentro del *side-car* y le ponía uno de aquellos cascos de hule, que no eran cascos, sino que eran unos como sombreros de hule con grandes anteojos, entonces lo llevaba a velocidades espeluznantes por caminos laterales por las cercanías de Florencia. Recuerdo a mi abuelo el venezolano absolutamente tieso, probablemente muerto de miedo o rabiando de que lo obligaran a este tipo de cosas. Recuerdo muy bien aquellos anteojos.

Hablando aquí, minutos antes con Salvador Elizondo,<sup>3</sup> le estaba yo diciendo algo de esto. Recordábamos a un personaje célebre en aquellos

<sup>2</sup> Martin Heidegger (1889-1976), filósofo alemán, *Ser y tiempo* (1924), traducción al español de José Gaos, maestro de Alejandro Rossi, quien tomó un curso de especialización de tres semestres (1956-1957) en el seminario privado de este filósofo en la Universidad Albert Ludwig de Friburgo, Alemania.

<sup>3</sup> Salvador Elizondo (1932-2006), escritor mexicano, colaboró en las revistas *Plural* y *Vuelta*, dirigidas por Octavio Paz. Es autor de *Farabeuf* (1965). Asistió al curso de chino mandarín impartido por el profesor Y. S. Chu en El Colegio de México en el Centro de Estudios de Asia y África. Elizondo y Rossi compartieron la memoria de una infancia cosmopolita marcada por la experiencia de la guerra y los viajes, como puede comprobar el lector que contraste *Elsinore* y *Edén. Vida imaginada*. Elizondo escribió la introducción a “Cartas credenciales”, discurso de ingreso de Rossi a El Colegio Nacional.

años, famoso corredor italiano llamado Tazio Nuvolari,<sup>4</sup> el gran Tazio Nuvolari que llenó también mi infancia. Mi hermano, que me lleva a mí cuatro años, me quería impresionar de niño hablándome de Tazio Nuvolari y para caracterizarlo decía: “Tazio Nuvolari, el del cráneo de platino”. El del cráneo de platino, pues Tazio había tenido una serie de accidentes y parece que le habían parchado la cabeza, y por eso decía: “el del cráneo de platino”. Esta idea del cráneo de platino de Tazio Nuvolari a mí realmente me parece maravillosa y está muy unida a las imágenes de los dos abuelos en el *side-car*.

Así que hay orígenes diversos. Por un lado, estos italianos, con habilidades en las manos; y, por otro, los venezolanos, más serenos, hombres de cierto carácter, aunque tropicales por geografía, más serenos, más estáticos. Y, en el fondo, más exclusivos, probablemente con una psicología todavía muy de caciques de nuestros países.

La familia venezolana es una familia que se hunde, pues, en los orígenes de la república. Quiero mencionar a mi tatarabuelo venezolano, que es el general José Antonio Páez,<sup>5</sup> que fue el primer presidente de Venezuela y un guerrero de la Independencia. Yo me siento muy orgulloso de él, no me pregunten por qué, porque en realidad no lo sé. Supongo que me gusta esta idea de que fuera un guerrero, de que haya peleado en la Independencia, de que haya tenido a aquellos llaneros a su mando.

A. C. Vamos a dejar atrás la genealogía y a preguntar por la infancia. En el *Manual del distraído*, Alejandro, hay varias vetas, tonos, escenas infantiles, se podría hablar de la presencia de un niño nómada, o en todo caso cos-

<sup>4</sup> Tazio Nuvolari (1892-1953), corredor, motociclista y automovilista italiano. Fue campeón de motociclismo en 1924 y 1926 y ganó muchos premios. Pasó luego a ser piloto de autos de carreras y campeón de Italia. El “mundo de los automóviles” y de sus hábiles pilotos al volante está presente en la infancia de Alejandro Rossi, como se asienta en *Edén. Vida imaginada*, FCE, México, 2006, p. 53.

<sup>5</sup> José Antonio Páez (1790-1873), militar venezolano, presidente de Venezuela, antepasado de Alejandro Rossi por vía materna. En *Edén*, Rossi lo evoca así: “El general José Antonio Páez era un héroe de la Independencia, había sido el primer presidente de Venezuela, lo llamaban ‘El Catire’ y estaba enterrado en el panteón junto a Bolívar”, *Edén...*, *op. cit.*, p. 87. Durante muchos años, Alejandro Rossi llevó en su cartera un billete de veinte pesos venezolanos con la efigie de su antepasado.

mopolita, arraigado en hoteles-casa más que en una tierra nativa. Se diría que ese niño tiene juegos y no juguetes, ¿nos podrías hablar un poco de ese personaje niño que aparece en el *Manual*?

A. R. Bueno, en el *Manual* no aparece mucho ese niño, aparece en realidad dos veces. Una es una anécdota de barco y otra es una anécdota de hotel. Es verdad, fui un niño algo nómada, es decir, yo no fui un niño nómada. Mis padres eran unos padres nómadas. Mis padres eran unos personajes que les gustaba viajar, que les gustaba cambiar de ciudades, que les gustaba cambiar de países y que nos arrastraban a mi hermano y a mí como un par de maletas de un lado para otro. Mi infancia está llena de cambios de colegio, de cambios de ciudades, de velocidades, de un lado hacia el otro. Una infancia de viajes largos, de viajes cortos, de veraneos en Francia a orillas de un mar helado. Recuerdo a un primo mío al que amo todavía hasta la fecha porque dijo: “Este muchacho se está helando, hay que sacarlo del agua”. Este primo, cuyo nombre voy a recordar, se llamaba Alfredo. Lo recuerdo con una enorme ternura. Tenía yo seis o siete años.

Sí, fui un niño llevado y, mejor dicho, traído, de aquí para allá. Y es verdad, fui un niño de alguna manera de hoteles más que de casa. Yo no puedo recordar, como quizá la mayoría de ustedes, una casa de la infancia o una casa de la primera juventud. Yo no la tuve, lo que recuerdo son hoteles, o bien son apartamentos rápidos, pues siempre íbamos de un lado para el otro. Recuerdo ciertos muebles porque mi madre tenía la manía de instalarse en los hoteles llevando un par de muebles de su propiedad. Por ejemplo, recuerdo siempre un pequeño escritorio muy bonito que invariablemente aparecía en todos aquellos cuartos de hotel. La única ventaja es que, según las ciudades, ellos iban casi siempre a los mismos hoteles. Y entonces mis grandes amigos ¿quiénes eran? Los *bellboys*, el *maître* del restaurante, el portero que me volvía a reconocer, etcétera, etcétera. Debo decir que yo todavía a veces vuelvo a esos hoteles y a veces me encuentro con algún viejo de la época. Sí hay, para decirlo más seriamente, una ausencia de casa. También hay algo más profundo que una ausencia de sitio, de lugar, de cuadras permanentes, de árboles permanentes, de amigos permanentes, de barrio, de ese tipo de cosas. Esto es algo que yo no tuve en mi infancia, realmente fui un niño de muchos lugares.

Dices además que yo era un niño de juegos pero sin juguetes. Bueno, hay algo de verdad en esto. No sé por qué lo sabes. Pero, claro, en todos

estos cambios, en todos estos viajes, ¿verdad?, era difícil andar por allí con un baúl de juguetes. Era un niño más de juegos que de juguetes y muchas veces de juegos solitarios.

Fui además un niño manejado por institutrices más que por padre y madre. Un niño que estaba obligado a estos cambios y que vivía casi permanentemente en hoteles.

Ese niño por lo menos tiene dos rasgos. Uno es esfuerzo, ese esfuerzo del cambio de idioma; un esfuerzo de adaptación a ambientes distintos por muy conocidos que ya fueran los hoteles. Siempre había ahí un esfuerzo de adaptación. Después aparece el otro rasgo: ese niño tiene una sensación muy clara entre una conducta privada, que se lleva, digamos, en los cuartos propios, y una conducta externa. Yo era un niño que comía en los restaurantes de los hoteles. Por consiguiente, tenía que vestirme. No era como ahora que todos van sin saco, sin corbata y demás. Nosotros éramos niños que teníamos que vestirnos para ir a comer en el hotel antes del servicio de los mayores.

Yo advertía esta diferencia entre una conducta privada que se daba en el interior de los cuartos y una conducta oficial, permanente, externa. Existe otro rasgo. Un niño que vive en los hoteles es un niño que está educado casi para ser espía, es un niño que está sobreexcitado, sobreestimulado, un niño que quiere espiar por todas las cerraduras, que empieza a establecer relaciones con personas distintas, un niño que ya empieza a pensar que aquella señora a lo mejor se acuesta con aquel señor porque la vio en el corredor o la vio cuchicheando en un ascensor o vio que en el bar del hotel han estado ya varias veces juntos. Naturalmente, es un niño muy curioso y, a la vez, permanentemente frustrado, porque para él el ideal sería ése: estar espiando por el agujerito de la cerradura permanentemente. Debo confesar que esto yo lo hice mucho. Me gustaba estar espiando y estar descubriendo cosas y tengo unos recuerdos muy sabrosos al respecto.

A. C. Sé que la falta de un lugar real lleva un poco a la constitución de lugares imaginarios, a una autoiniciación y a la manera en que un escritor ha aprendido a leer y a escribir: las adaptaciones, correcciones y transformaciones del aprendizaje escolar por una contraescolaridad configuran de algún modo la prehistoria de una escritura. ¿Cómo recuerdas, Alejandro, esas escuelas elementales, pero sobre todo, cómo recuerdas esa educación que tú te fuiste dando a ti mismo?

A. R. El primer recuerdo que me viene con esta pregunta tiene que ver algo con estas perfectas adaptaciones geográficas e idiomáticas que yo tenía que hacer periódicamente. Recuerdo que tenía unos seis o siete años y estábamos pasando precisamente unas vacaciones en Venezuela, como de dos meses. Mi madre, que nunca me quería tener alrededor suyo —lo debo confesar—, me había metido en un colegio de monjas. A mí me avergonzaba un poco eso de ir a un colegio de monjas. Además, me dejaba allí comiendo. Era lo que llamamos medio interno, exactamente, un alumno medio interno.

Y recuerdo muy bien una vez que estaba sentado allí en el comedor de estas monjas junto con otros alumnos, y me sirvieron un postre. Pero se les había olvidado poner una cucharita, quise pedirla, pero no me venía la palabra, no me venía la palabra cucharita. Yo sabía que era algo con *ce hache*, con *ce y hache*. Recuerdo que hice un esfuerzo verdaderamente brutal hasta que, de pronto, como a los dos o tres minutos, grité: “¡cucharita!” Esa alegría de la palabra, de la palabra justa, de la palabra adecuada, de la palabra que engrana, de la única palabra posible en ese momento, nunca me ha abandonado. Este gusto y esta alegría realmente todavía las siento. Es algo que me ha quedado. Siento un descanso infinito cuando viene la palabra exacta.<sup>6</sup>

Pero tú me preguntaste otra cosa, me preguntabas sobre las lecturas.

A. C. Sí.

A. R. Seguramente debo haber leído algo antes, pero el primer libro que recuerdo con precisión es un libro que yo no leí, sino que me leyeron a mí. Fue en una de esas vacaciones en Venezuela, de nuevo en Venezuela.

Había una negra en la casa de mi abuelo que me leía una versión abreviada de las *Mil y una noches*,<sup>7</sup> y entonces me dormía, en realidad ella

<sup>6</sup> Es curioso que un suceso muy similar le hubiese ocurrido a Octavio Paz, que en su libro *Itinerario*, luego puesto como “Prólogo. Entrada retrospectiva” a *El peregrino en su patria*, dice: “Al sentarme a la mesa descubrí con pánico que me faltaba una cuchara; preferí no decir nada y quedarme sin comer. Una de las profesoras, al ver intacto mi plato, me preguntó con señas la razón. Musité: ‘cuchara’, señalando la de mi compañero más cercano. Alguien repitió en voz alta: ‘¡cucharal!’ Carcajadas y algarabía...”. Octavio Paz, *El peregrino en su patria, Obras completas*, vol. 8, FCE, México, 2004, p. 18.

<sup>7</sup> El libro de relaciones maravillosas conocido con este título empezó a ser difundido en Europa a partir de las traducciones, primero de Antoine

estaba allí para dormirme, pero yo empecé a oír todo esto muy distraídamente, lentamente me fui metiendo en el libro, me fui adentrando. Recuerdo a esta negra que yo obligaba a quedarse y a seguir leyéndome. Esta mujer que creía a lo mejor otra cosa, quién sabe lo que pensaba, poco a poco empezó a asustarse. Se fue asustando y ya no quería quedarse más. Al final, creo que le dijo a mi madre algunas cosas raras: “A este niño yo no sé lo que le pasa”. Y ya no quiso seguir leyéndome *Las mil y una noches*.

Éste es el primer recuerdo claro que tengo de un libro. Unos años más tarde, cuando ya estábamos en Buenos Aires —tendría unos once o doce años—, me enfermé, tuve una otitis, y mi madre me regaló *Tom Sawyer*.<sup>8</sup> Para mí éste fue realmente el descubrimiento fundamental de lo que era un libro, el descubrimiento de la forma, el descubrimiento de lo que se podía hacer en un libro, de lo que se podía hacer escribiendo, el descubrimiento de que se podrían narrar cosas, de que se podría contar. Yo recuerdo que esto fue mucho más impresionante que el propio *Tom Sawyer*, que releí y releí tres, cuatro, cinco veces a lo largo de esos años.

El *Tom Sawyer* me deparó, además, otra cosa, el descubrimiento de la forma. Suena pedante, pero es la verdad, no lo puedo decir de otra manera. En *Tom Sawyer* descubrí que se puede armar una cosa, que se puede armar una narración.

Además, lo que me dejó la lectura de *Tom Sawyer* fue, digámoslo así, la conciencia de que uno podía —permítanme estos términos horribles— meterse de alguna manera en la realidad, rehacerla, intervenir en ella es-

---

Galland (1704-1712), luego de Richard Burton (1885-1886) y Charles Mar-drus (1889). La primera traducción directa al castellano por Rafael Cansinos-Asséns fue publicada en tres volúmenes en 1969 por Aguilar. La versión abreviada de la que habla Alejandro Rossi pudo ser compendiada a partir de alguna de las traducciones al español citadas por Rafael Cansinos-Asséns: “El inevitable Harunur-Rascgud [transcripción de Cansinos-Asséns] le envió un elefante y algunos monos a Carlo Magno...”, Alejandro Rossi, “Plantas y animales”, *Manual del distraído, Obras reunidas*, 2004, p. 115.

<sup>8</sup> “Nunca me separé de un pequeño librero donde colocaba los textos escolares, *Tom Sawyer y Huckleberry Finn*”, dice Alejandro Rossi en el texto “Pro-bos”, *Manual del distraído, op. cit.*, p. 56. Samuel Langhorn Clements, Mark Twain (1835-1910), publicó *The Adventures of Tom Sawyer* (1876) y *The Adventures of Huckleberry Finn* (1884) fundándose en sus experiencias vividas como piloto de barco en el río Mississippi.

cribiendo y, sobre todo, que uno podía mentir, que yo también entonces podía escribir una cosa que a lo mejor era mentira y hacerla pasar como verdadera. Esto me pareció formidable, me dio un arma que yo ni siquiera sospechaba.

Me hablas de la contraescolaridad, supongo que se trata de algo así como la formación frente al colegio, contra el colegio. Antes no me gustaba y ahora al correr de los años me gusta mucho decirlo: yo fui educado por los jesuitas, estuve casi trece años con los jesuitas, y los jesuitas en realidad no nos daban a leer nada que valiera la pena, lo único que leía eran libros de misioneros. En una época soñé con ser un misionero en África. Cualquier ex alumno de los jesuitas puede recordar que los jesuitas nos vendían ahijados. Es decir, uno compraba un ahijado en África por cinco pesos o por diez pesos. A mí me gustaba esto de tener ahijados. Yo debo haber logrado por lo menos unos quince o veinte ahijados africanos: una fortuna, me costaron mucho. Los jesuitas, que en esto eran muy bárbaros y muy crueles, tenían lo que llamaban el termómetro. Era un enorme dibujo en forma de termómetro con los nombres de los padrinos y, desde luego, el que había dado más estaba arriba del termómetro. Así se establecía una cierta competencia entre quién tenía más ahijados africanos. Sí, nos hacían leer muchos libros de misioneros. Me acuerdo de unos misioneros en Alaska, o no sé dónde, que tenían sus perros. Me encantaba pensar en ellos. Pero los jesuitas no nos dieron nunca un libro que valiera la pena, por lo menos durante muchos años. Hasta que me encontré con un personaje que era un jesuita, bastante conocido en la Argentina porque es un historiador, local, pero dueño de cierto renombre, o al menos lo tenía en aquella época, o él decía que lo tenía. Era el padre Guillermo Furlong,<sup>9</sup> quien nos daba clases de literatura.

Y aquí debo decir dos cosas sobre el padre Guillermo Furlong. El padre Furlong me hizo leer a Rubén Darío.<sup>10</sup> Nos reunía a un grupo de estudiantes, que él pensaba interesados, y nos explicaba, claro, a su manera,

<sup>9</sup> Guillermo Furlong Cardiff (1889-1974), sacerdote, historiador y escritor argentino, *Biobibliografía del Deán Funes* (1939). Enseñaba en el colegio de jesuitas El Salvador, donde se hizo cargo desde 1910 de los estudios de historia e inglés, era miembro de la Academia de la Historia Argentina. En *Edén* uno de los personajes lo caracteriza como “un irlandés bastante enloquecido, pero que le gustaba la literatura y la historia” (*op. cit.*, p. 247).

<sup>10</sup> Rubén Darío (1867-1916), poeta nicaragüense, creador del Modernismo, *Azul...* (1888).

ciertas cosas de Rubén Darío. Es cierto que también nos hizo leer a Núñez de Arce<sup>11</sup> y a mí se me quedó por desgracia aquella poesía de Núñez de Arce, que creo que se llama “El vértigo”, que comienza: “Conciencia nunca dormida, mudo y pertinaz testigo que no dejas en la vida crimen sin castigo”. Yo la utilizaba porque había leído en unos periódicos algo sobre los ejercicios de memoria. Yo quería tener una memoria prodigiosa, y utilizaba a Núñez de Arce para hacer esos ejercicios, de manera que no es sólo culpa de Furlong, sino también culpa mía, que se me hayan quedado estas terribles estrofas en la cabeza.

Furlong nos hizo leer a Rubén Darío y otras cosas. Nos hizo leer algo de literatura argentina del siglo XIX. Recuerdo que nos hizo leer a Miguel Cané<sup>12</sup> y a Eduardo Wilde,<sup>13</sup> a quienes yo creo que nadie lee ya. Wilde me quedó como un autor de historias lacrimógenas, escribió la historia de un niño que nunca se acababa de morir o algo así, pues si no recuerdo mal, Eduardo Wilde era médico.

De alguna manera, Furlong nos hizo leer ciertas cosas que ya estaban en la literatura. Otra cosa muy importante: Furlong nos hizo escribir, es decir, nos obligaba a escribir.

Su máximo logro didáctico consistía en hacernos desarrollar en ciertas composiciones ciertos temas. Por ejemplo, un clavo, un zapato, un vaso, un bastón. Nos obligaba a escribir sobre eso; pero sí nos daba mucha libertad. Nos decía: “escriban lo que ustedes quieran, lo que se les ocurra, lo que les pase por la cabeza”, y nosotros escribíamos sobre esas cosas. Yo me animaba mucho con esto, Furlong nos corregía nuestras composiciones, nos hacía comentarios y cosas por el estilo. A mí me gustaban tanto los ejercicios de Furlong que yo le hacía los ejercicios, le redactaba los temas a un amigo que se llamaba el “Gordo” Jáuregui.<sup>14</sup> El “Gordo” Jáuregui era

<sup>11</sup> Gaspar Núñez de Arce (1834-1903), escritor español, *La última lamentación de Lord Byron* (1879).

<sup>12</sup> Uno de los autores argentinos estudiados de joven por Alejandro Rossi en El Colegio Nacional, a instancias del profesor Alsina, fue Miguel Cané (1851-1905), quien había estudiado también ahí: “Imagínense cuando llegamos a *Juvenilia*: todos estábamos orgullosos de que Cané estudiara en El Nacional” (*Edén...*, *op. cit.*, p. 236).

<sup>13</sup> Eduardo Wilde (1844-1913), escritor boliviano, *Edipo* (1890). Los cuentos de este autor son mencionados en *Edén* (*op. cit.*, p. 236).

<sup>14</sup> Probablemente se refiere al “chistoso vasco Jáuregui” del que habla en el cuento “El botón de oro”, incluido en el libro *Un café con Gorrondona, Obras reunidas*, *op. cit.*, p. 299.

un hombre casi monosilábico, no podía hablar. Era un vasco este gordo monosilábico, era un hombre enorme, que me decía que su padre sólo le hacía leer libros sobre la Primera Guerra Mundial. Yo le escribía al “Gordo” Jáuregui sus composiciones y esperaba con una enorme ansiedad las calificaciones de Furlong. Yo, a mi vez, le escribía a Furlong las otras composiciones: las mías. Debo decir que Furlong siempre le puso nueve o diez al “Gordo” Jáuregui. Pero el “Gordo” nunca me celebraba. Recuerdo que esto era una frustración permanente. Y lo picaba para que me elogiara las composiciones, pero a él se veía que aquello le daba mucha rabia. Por consiguiente no me decía nada. Pero ya en la época de Furlong yo empezaba a leer por mi cuenta, me empecé a convertir en lo que tantos de nosotros somos y que sobre todo en aquella época fuimos: perros de librería. Yo empecé realmente a descubrir los libros en las librerías de Buenos Aires, y sobre todo una que cito en el *Manual del distraído*. Era una librería que se llamaba Antigua y Moderna, que estaba en Callao y que era de un señor llamado Poblet.<sup>15</sup> En el *Manual del distraído* cuento cómo me encontré con Poblet treinta años después y no me reconoció. Eso para mí fue espantoso.

Poblet fue una persona amabilísima y sobre todo formativa para mí. Me hacía entrar en aquella librería espléndida y me hacía estar ahí, me prestaba algunos libros, yo le compraba otros. Y ahí yo empecé a leer realmente. Después tuve otro profesor con los jesuitas. Lo quiero nombrar también no por bueno, sino por malo. Se llamaba Sordelli.<sup>16</sup> Imagínense que el tipo que me enseñó literatura se llamaba Sordelli. En aquellos años, en Buenos Aires, Sordelli dirigía una colección de una editorial que se me olvida. Pero recuerdo que el primer tomo, esto da una idea de cómo era la colección, era de García Sanchiz,<sup>17</sup> el célebre charlista. Yo recuerdo que un día me había comprado en la librería de Poblet aque-

<sup>15</sup> Emilio Poblet Díaz, exiliado republicano de origen catalán, fundó la “Librería Clásica y Moderna” en Buenos Aires, que luego atendería su hijo Francisco y en la actualidad su nieta Naty Poblet. Se encuentra situada en avenida Callao, entre avenida Córdoba y calle Paraguay. Alejandro Rossi describe al librero en el texto “Sorpresas” de *Manual del distraído*: “Poblet, el dueño, era un español de baja estatura, fuerte, los ojos muy alertas, nervioso, el trato más bien seco, siempre de pie conversando a ráfagas y con las manos en los bolsillos” (*op. cit.*, p. 66).

<sup>16</sup> Probablemente se trata de Alfredo Sordelli (1891-1967), maestro y científico argentino de gran cultura, especializado en el estudio de la microbiología.

<sup>17</sup> Federico García Sanchiz (1886-1964), escritor y cronista español autor de *Charlas líricas* (1929).

lla correspondencia de Rubén Darío que había editado en Argentina, si no recuerdo mal, Alberto Ghirardo.<sup>18</sup> Yo, muy orgullosamente, se la llevé a Sordelli para que viera que, en fin, yo estaba en las cosas que importaban. Sordelli vio el libro un poco despectivamente. Él tenía la manía de ponerse la corbata de un modo un poco especial. Lo que me gustaba a mí de Sordelli era que se ponía la corbata encima del nudo. Esto a mí me parecía de una gran elegancia. Este Sordelli trató despreciativamente aquella correspondencia de Rubén Darío. Recuerdo la frase que me dijo. Él quería hablar muy castizamente y hablaba muy lento. Me dijo: “Lee a Alfonso Reyes,<sup>19</sup> es una prosa de plata”, y se dio la vuelta y se fue. Por cierto, a Sordelli me lo encontré después porque mi madre era una entusiasta de García Sanchiz y me llevó a una de sus charlas. Allí me encontré a Sordelli, me vio con gran sorpresa y me dijo: “¿También aquí?”.

Así fui haciendo algunas lecturas. Desde luego, los encuentros más memorables en aquellas librerías fueron dos: cuando compré *El Aleph* de Borges<sup>20</sup> en el 48 y cuando descubrí, también en esos anaqueles mágicos, a Ramón Gómez de la Serna,<sup>21</sup> que fueron dos autores que en aquellos momentos de adolescencia empecé a leer en serio.

A. C. Bueno, ya nos has hablado de las composiciones del padre Furlong y de las primeras lecturas. ¿Podrías hablar ahora de la primera vez que escribiste algo sin que te fijara el tema un preceptor?

<sup>18</sup> Alberto Ghirardo (1875-1946), escritor argentino, *El archivo de Rubén Darío* (1943). El libro se hizo bajo el cuidado editorial de Pedro Henríquez Ureña.

<sup>19</sup> Alfonso Reyes (1889-1959), poeta, ensayista y diplomático mexicano, fundador de El Colegio de México, *Visión de Anáhuac* (1919), *Ifigenia cruel* (1924). Alejandro Rossi conoció a Reyes en 1957 al ser aceptado como becario en El Colegio de México.

<sup>20</sup> Jorge Luis Borges (1899-1986), escritor argentino cuyas obras, junto con las de Ramón Gómez de la Serna, Rossi conoció durante los dos últimos años del bachillerato: “En esos librerías sagradas di por primera vez con Borges y con Gómez de la Serna y tengo el orgullo de haberlos devorado sin que nadie me los recomendara y sin saber nada de ellos” (“Sorpresas”, *Manual del distraído*, *op. cit.*, p. 67). Rossi dedicó un ensayo, “La página perfecta”, a *Ficciones*.

<sup>21</sup> Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), escritor y periodista español, *Automoribundia* (1948). Gómez de la Serna vivió refugiado en Buenos Aires a partir de la Guerra Civil y casi hasta su muerte. “Durante los dos últimos años de bachillerato [...] vivía inmerso en las novelas de Baroja y Gómez de la Serna” (“Sorpresas”, *Manual del distraído*, *op. cit.*, p. 66).

A. R. Debo decir que yo empecé a escribir o a medio escribir alguna cosa hacia los trece o catorce años. Yo no soy de esas personas que dicen que escribieron libros de caballería a los siete años. Yo tengo muchos amigos que me dicen esto, afirman que ellos escribían poemas épicos a los ocho años y que tenían a los once ya dos novelas guardadas. Yo lamentablemente no soy así. Yo empecé a escribir hacia los trece o catorce años algunas cositas. Eran unos cuentitos. Yo había leído a Dickens,<sup>22</sup> y mis cuentos entonces hablaban de niños abandonados, claro, de niños que miraban siempre vitrinas o vidrieras llenas de alimentos. Yo los escribía en unos cuadernitos que compraba y se los dejaba a mi madre que, naturalmente, nunca estaba ahí cuando yo me acostaba. Mi padre y mi madre salían mucho. Se los dejaba a ella en su cama y ella los leía cuando volvía y me hacía algunos comentarios. A veces me dejaba dinero. Entonces empezamos con esa práctica. Me dejaba diez pesos, me dejaba quince pesos, según le gustara o no. Y lo veía no por el comentario, sino por la cantidad de dinero que me daba. Después vino lo de Furlong, y empecé a leer cosas un poco más interesantes (como las vidas de nuestros misioneros perdidos en África o en Japón). Más tarde, a la vez que Gómez de la Serna y que Borges, quizá un poco incoherentemente, o bien llevado por no sé quién, empecé a leer mucho a la gente del 98. Claro está que escribí unas cosas muy azorinescas. Páginas donde hay unas campanas que suenan, y se ve un ciprés perfecto al fondo y una figura que atraviesa el patio. Unas cosas espantosas.

A. C. Bueno, vamos a dar un salto y a preguntarle a Alejandro: ¿en qué año llegó a México y cómo era México entonces, cómo era el México que él vio y sobre todo cómo era el Alejandro que entonces llegaba a esta ciudad?

A. R. Cuando llegué a México, en 1951,<sup>23</sup> venía yo de Estados Unidos. Acababa de pasar un par de años allí porque había terminado el bachillerato en Argentina y me había ido a Estados Unidos. Estaba yo indeciso entre quedarme a estudiar en Estados Unidos o irme a Europa a estudiar. Mis padres para entonces ya se habían divorciado, y entonces era todavía

<sup>22</sup> Charles Dickens (1812-1870), novelista inglés, *Oliver Twist* (1837-1838).

<sup>23</sup> En 1950, México tenía alrededor de 25.8 millones de habitantes. El presidente de la República era Miguel Alemán Valdés. La Ciudad Universitaria en cuanto tal todavía no existía. El rector de la Universidad Nacional Autónoma de México en esa época era Luis Garrido Díaz.

peor porque cada uno jalaba para un lado distinto. Papá quería que yo fuera a Italia. Mamá no tenía mayores preferencias, pero yo no quería tampoco estar con ninguno de ellos. En realidad, por eso estaba en Estados Unidos. Yo vine a México a principios del 51.

Por qué vine a México es para mí algo imposible de responder. Es imposible porque no tengo una respuesta. Fue un viaje un poco casual. Llegué muy rápido, sólo iba a quedarme un tiempito, un año o una cosa así. Debo decir que, pensándolo un poco, quien me habló de México y de la Facultad de Filosofía y Letras aquí en México fue el hermano de José Gaos,<sup>24</sup> Vicente Gaos,<sup>25</sup> que era poeta; me dio clases en los Estados Unidos. Asistí con él a un curso sobre Bécquer<sup>26</sup> que recuerdo con mucho gusto. Él me habló de México y, sobre todo, de su hermano, me animó a venir aquí. Y también había un filólogo paraguayo. Era un alumno de Amado Alonso<sup>27</sup> que se llamaba Moríñigo.<sup>28</sup> Había estado

<sup>24</sup> José Gaos (1900-1969), filósofo y traductor español, *Ensayos sobre Ortega y Gasset* (1957). Le dirigió a Alejandro Rossi la tesis *La razón y lo irracional en la ciencia de la lógica de Hegel* (1955). Rossi fue su ayudante en el Seminario de Dirección de Tesis (1958-1960). Gaos fue uno de los españoles que se integró a La Casa de España en México y posteriormente a El Colegio de México, donde fundó y dirigió el "Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española". Dentro de sus obras publicadas en México están: *De la filosofía* (1962), *Del hombre* (1970), *Introducción a El ser y el tiempo de Martin Heidegger* (1996), *Razón y realidad de la literatura* (1999), *Historia de nuestra idea del mundo* (1992), *10% (Ensayos y prosa varia)* (1957).

<sup>25</sup> Vicente Gaos (1919-1980), poeta, lingüista y filólogo español. Por aquella época se desempeñaba como profesor en la Universidad de Berkeley, *Claves de la literatura española* (1971).

<sup>26</sup> Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), poeta y narrador español cuya figura se identifica con el Romanticismo, *El Cristo de la calavera* (1862).

<sup>27</sup> Amado Alonso (1896-1952), filólogo argentino, *El problema de la lengua en América* (1935). Existe una correspondencia entre él y Alfonso Reyes: *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, prólogo y edición de Martha Elena Venier, El Colegio de México, México, 2008.

<sup>28</sup> Marcos Augusto Moríñigo, de origen paraguayo, presidente de la Academia Porteña del Lunfardo (1981-1985), nunca fue aceptado como miembro de la Academia Argentina de la Lengua. Su obra más importante fue el *Diccionario de americanismos*; amigo de los hermanos Lida, está citado en *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso, op. cit.* Moríñigo formó parte de los primeros investigadores del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, según asienta Antonio Alatorre en el

en Buenos Aires estudiando. Siempre quería impresionarme diciendo que mientras estudiaba con Amado Alonso daba clases de gimnasia. Escribió un libro, era muy de la época, y muy de su escuela, titulado *América y Lope de Vega*.

Moríñigo me habló de otra persona que fue muy importante para mí, aunque no lo traté tanto como hubiese querido: Raimundo Lida.<sup>29</sup> Por un lado, Moríñigo me habló de Lida, y Vicente Gaos me habló de su hermano José, y éstos fueron los impulsos para venir a México. En efecto, cuando llegué aquí los busqué de inmediato, y Lida me hizo caso prácticamente a la primera, y Gaos me mandó al diablo, pues cuando lo fui a buscar me dijo: “¡Ah, Vicente! ¿Qué hace Vicente?” Y ya no me vio más. “¿Se va usted a quedar a estudiar aquí?” Y yo le respondí: “No lo sé”. “¡Ah, bueno!”, exclamó, y me mandó al diablo.

Yo me acerqué a la escuela de Mascarones,<sup>30</sup> y estaba indeciso entre estudiar filosofía o estudiar letras. Lida me había dicho algunas cosas, pero en rigor yo me hice este razonamiento, porque ya me gustaba bastante la filosofía: la filosofía me la tienen que enseñar; con la literatura, yo me las arreglo solo. Y me inscribí en la carrera de filosofía. Y celebro que esté con nosotros, aquí, Emilio Uranga.<sup>31</sup> Recuerdo que había por

---

“Testimonio” incluido en Clara E. Lida, José Antonio Matesanz, Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memorias 1938-2000*, El Colegio de México, México, 2000, p. 257.

<sup>29</sup> Raimundo Lida (1908-1979), filósofo del lenguaje y crítico literario de origen austriaco, nacionalizado argentino; *Estudios hispánicos* (1988). Alejandro Rossi fue su discípulo en El Colegio de México (1957-1958). El libro *Letras hispánicas: estudios, esquemas* fue editado por el FCE en 1958.

<sup>30</sup> Mascarones: situado en Ribera de San Cosme, núm. 71, colonia Santa María la Ribera, fue edificado en 1766 y fue la casa de campo del conde del Valle de Orizaba; debe su nombre a la fachada que empezó a edificar don José Vivero Hurtado de Mendoza, quien se vio obligado a dejar inconclusa la construcción, compuesta de hermosos estípetes, pilastras terminadas en figuras de cariátides. De ahí deriva su nombre esta residencia encuadrada por las no menos elaboradas y ricas ventanas que complementan la ornamentación. Dirigido por la Compañía de Jesús, fue colegio y sede del Instituto Científico a fines del siglo XIX. Luego sería expropiado por el gobierno el 11 de diciembre de 1940 para ser sede, primero, de la Escuela de Verano, luego de la Facultad de Filosofía y Letras. Actualmente es la sede del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras y de la Dirección General de Servicios de Cómputo Académico de la UNAM.

<sup>31</sup> Emilio Uranga (1921-1988), filósofo mexicano, *Análisis del ser del mexicano* (1952), *¿De quién es la filosofía?* (1977). Escribió diversos artículos sobre

ahí un personaje cuyo nombre no diré, que informaba acerca de la facultad y de las materias y me decía quién era quién. En un momento dado, me rozó el brazo y me dijo: “Mira, ése que pasa por allí es Emilio Uranga. Es un existencialista”. Entonces Uranga gozaba de una enorme fama en la facultad: “es un existencialista, me dijo, pero de los franceses”.

¿Que cómo era la ciudad de México? Era una ciudad, contra todo lo que se dice ahora, muy fea. Ahora existe la mitología de decir que esta ciudad es muy fea, pero que entonces era muy bonita. La verdad es que yo la encontré muy fea. Era una ciudad cómoda, eso es distinto, una ciudad habitable; tenía barrios que probablemente han desaparecido ahora y que eran como pequeños islotes dentro de la ciudad. Pero la ciudad misma, quiero decir, el centro y lo que era la ciudad más popular, a mí me pareció, cuando llegué, muy fea, la encontré muy provinciana y, sin embargo, tenía algo que yo no puedo definir, ni quiero intentar hacerlo ahora. Era algo que me gustaba, había algo pegajoso, algo como cochambroso de la ciudad que a mí me atraía de alguna manera.

Quienes estuvimos en Mascarones todavía recordábamos como una visión alucinante la salida de clases con aquellos puestos de carnitas en la noche y que eran como fuegos, un vivac; aquellas caras oscuras vendiendo carnitas, pulmones, corazones de animales, aquellas ostionerías con aserrín en el suelo. Todo aquello tenía un atractivo muy grande para mí, a pesar de que me repugnaba mucho.

A. C. Hemos tocado la cuerda de la filosofía. Hoy Alejandro Rossi es más bien conocido como autor del *Manual del distraído*. Quisiera que nos hicieras un itinerario de las etapas que van desde Mascarones hasta este libro.

A. R. Sólo lo puedo hacer muy rápidamente. A la filosofía la encontré por primera vez con los jesuitas y la encontré en una clase de apologética —así se llamaba y no sé si todavía se estila llamarla así—. Todos ustedes

---

su amigo y colega Alejandro Rossi, como son: “Distracciones del *Manual*”, “Tensiones rossinianas” y “Verdades sin futuro” (1978). Junto con Rossi, Luis Villoro, Ricardo Guerra y Vera Yamuni, participó en un seminario “privadísimo”, dirigido por José Gaos para dar cuenta de la motivación personal que había llevado a cada uno a estudiar filosofía (Emilio Uranga, *Astucias literarias*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Gto., 1990, pp. 182-183).

saben lo que es apologética. Consistía en tomar a Bergson<sup>32</sup> y decir: las tesis de Bergson son una, dos, tres, cuatro. En seguida, se daban las refutaciones uno, dos, tres, cuatro. Consistía en tomar a Darwin<sup>33</sup> y decir: éstas son las tesis de Darwin y las refutaciones son éstas. Así era la clase de apologética.

Así entendida, la apologética, a pesar de la barbarie que implica como programa teórico una clase así, de todas maneras tenía una cierta estructura argumentativa, un armazón porque, aunque fueran grotescamente resumidas, conocíamos las tesis de los filósofos que había que combatir. Es decir, de todos los filósofos prácticamente, porque ni siquiera Francisco Suárez<sup>34</sup> se salvaba completamente. Ellos venían de la escuela del Cardenal Mercier<sup>35</sup> y de los textos derivados de ella. Sea como sea, aunque estuviesen resumidas en una forma grotesca aquellas tesis, había el intento de responder dando algo que se pareciese a un argumento, y allí fue donde descubrí que había algo así como razonamientos, que existían argumentos que eran de alguna manera filosóficos. Allí, y en otra clase, que era una clase de lo que los jesuitas llamaban, dentro de la tradición escolástica, psicología racional. Recuerdo al profesor, no era un sacerdote, era un hombre que todavía no se había ordenado y que era un hombre un poco vacilante como profesor. Una vez nos hizo una pregunta sobre la memoria, mejor dicho, nos explicó una cosa sobre la memoria, yo me levanté y le hice una objeción, una objeción, naturalmente, no fáctica, sino una objeción conceptual. Él tuvo la gracia de decir: “Caramba, tienes razón”. Yo, claro, quedé maravillado. Había descubierto que una argumentación admite resquicios.

<sup>32</sup> Henri Bergson (1859-1941), filósofo francés, *Las dos fuentes de la moral y de la religión* (1932). Muy leído por los autores de la generación anterior como Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y otros miembros del Ateneo. En España Joaquín Xirau lo estudió y su hijo Ramón hizo su tesis sobre él, pero para Rossi era ya un personaje alejado.

<sup>33</sup> Charles Darwin (1809-1882), escritor y científico inglés, *La evolución de las especies* (1859). En el cuento “El botón de oro” se consigna: “De inmediato me di cuenta de que era una canallada tratar a Leñada como un neonato literario después del *Canto a Darwin...*” (*Obras reunidas, op. cit.*, p. 301).

<sup>34</sup> Francisco Suárez, “Doctor Eximius” (1548-1617), filósofo español, *Disputationes metaphysicae* (1597).

<sup>35</sup> Desiderio José Mercier (1851-1926), filósofo y cardenal belga, *Curso de filosofía. Psicología* (1940).

Después me hicieron leer otros libros de filosofía algo mejores. De ahí pasé a leer cosas de Ortega<sup>36</sup> y Jacques Maritain.<sup>37</sup>

Después llegué a México y empecé a estudiar filosofía de una manera más canónica, más normal. Me asocié a las clases de Gaos, porque después sí me hizo caso. Lo que se enseñaba en aquella época estaba a caballo, digamos, de una historicismo tipo Dilthey<sup>38</sup> y de un existencialismo que estaba a caballo sobre Heidegger y Sartre<sup>39</sup> y un Husserl<sup>40</sup> que era un poco padre de los dos. Era el horizonte para comprender a Sartre y para comprender a Heidegger. Y esto era lo que nosotros estudiábamos, además de clases de historia y, en fin, todas las cosas normales.

¿Cómo llegué de ahí al librito, *Lenguaje y significado*, al que te refieres?<sup>41</sup> Hay un largo trayecto. En esa época, por un lado, estaban Husserl, Sartre y Heidegger. Por otro, había todo un movimiento que se llamó Filosofía del Mexicano, que tuvo muchos aspectos. El libro filosófico de todo ese movimiento lo escribió Emilio Uranga: *Análisis del ser del mexicano*. Recuerdo aquella espléndida cita de Fray Diego de Durán,<sup>42</sup> aquello de Nepantla. Porque el Nepantla era, según Uranga, lo que definía la especificidad del alma mexicana. Debo decir que nosotros odiábamos la idea del alma, aquello era ontología. El mexicano era como Nepantla, un estado que ni

<sup>36</sup> José Ortega y Gasset (1883-1955), filósofo español, *Origen y epílogo de la filosofía* (1960). Fundador de la *Revista de Occidente*. Junto con Ramón Xirau, Luis Villoro y Fernando Salmerón, Rossi participó en el libro *José Ortega y Gasset* con el texto “Lenguaje y filosofía en Ortega”. En el ensayo “Puros huesos” de *Manual del distraído*, Alejandro Rossi recuerda con precisión la voz de José Ortega y Gasset: “...me vino a la memoria la voz de Ortega y Gasset, escuchada en disco, hace años, en aquel departamento que tuvo José Gaos frente a la calle Melchor Ocampo. Esa voz gruesa y como dejada caer, arrastrada...” (*op. cit.*, p. 27).

<sup>37</sup> Jacques Maritain (1882-1973), filósofo y pensador católico francés, *La ciencia moderna y la razón* (1910).

<sup>38</sup> Wilhelm Dilthey (1833-1911), filósofo, historiador, sociólogo y psicólogo alemán, *La estructura del mundo histórico* (1910).

<sup>39</sup> Jean-Paul Sartre (1905-1980), filósofo y escritor francés, *El existencialismo es un humanismo* (1945 y 1949).

<sup>40</sup> Edmund Husserl (1859-1938), filósofo alemán, *Sobre el concepto del número* (1887).

<sup>41</sup> *Lenguaje y significado* (1969), aunque es un libro breve, recapitula el itinerario filosófico del autor hasta el momento.

<sup>42</sup> Fray Diego de Durán (1537-1588), historiador español que viajó a la Nueva España y escribió su *Libro de dioses y ritos* (1574-1576).

sí ni no, ni para acá ni para allá, ni luz ni sombra: un estado de perfecto vacilar, la cosa vacilante. Por eso también era muy apropiado el verso de López Velarde.<sup>43</sup> Ésa era la filosofía que nos encontrábamos en Mascarnes, pero teníamos un poco la idea de que esta Filosofía del Mexicano era en el fondo una vacilada. Yo siempre me opuse mucho a todo eso. Me opuse realmente mucho.

¿Qué hacía yo en esa época? Estudié a Hegel,<sup>44</sup> estudié a Heidegger, a Sartre y a Husserl. Mi tesis de entonces fue precisamente una tesis sobre Hegel, sobre la lógica de Hegel, la lógica grande, pues así se le conoce en el corpus hegeliano.

Después me fui a Alemania y volví acá y entré al Instituto de Investigaciones Filosóficas. Fue por el año 57 o 58 cuando tuve mis primeros contactos con lo que muy ampliamente se denomina filosofía analítica.

Creo que el primer libro que debo haber leído fue algo de Russell.<sup>45</sup> Probablemente no un libro de filosofía, sino un libro de ensayos, no recuerdo cuál. Después pasé rápidamente a enterarme de Wittgenstein.<sup>46</sup> El primer librito completo que creo que leí de él, que ya es filosofía en el sentido estricto, es el libro clásico titulado *Tractatus logico-philosophicus*. Allí hubo un cambio profundo en mí. Y me metí de cabeza en aquello. Me fui a Inglaterra, volví. Todos esos años fueron de lectura de textos de filosofía analítica. Cada uno me llevaba a otro hasta que llegué a mi propio libro.

A. C. Hay una preocupación común entre *Lenguaje y significado* y *Manual del distraído* enfocada, claro, desde diversos ángulos. Esa preocupación es el lenguaje. Y quizá no sea abusivo pensar que uno de los principales per-

<sup>43</sup> Emilio Uranga proponía que en los versos de Ramón López Velarde (1888-1921), poeta y escritor mexicano, autor de *Suave patria* (1921), se podían encontrar signos del “ser mexicano”.

<sup>44</sup> Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), filósofo alemán, *Filosofía del derecho* (1821). Alejandro Rossi hizo su tesis sobre la *La razón y lo irracional en la ciencia de la Lógica de Hegel* (1955).

<sup>45</sup> Bertrand Russell (1872-1970), filósofo inglés, *Historia de la filosofía* (1945). Alejandro Rossi se ocupó de Bertrand Russell en 1970, en un escrito para Radio Universidad, y antes estudió mucho sobre textos suyos, entre otros, la célebre “Teoría de las descripciones”.

<sup>46</sup> Alejandro Rossi apreciaba a Ludwig Wittgenstein (1889-1951), filósofo austriaco, *Tractatus logico-philosophicus* (1921). Emilio Uranga evoca una frase suya: “... para algo nos sirvió aprender alemán, para poder leer a Ludwig Wittgenstein” (Emilio Uranga, *Astucias literarias*, *op. cit.*, p. 185).

sonajes de *Manual del distraído* sea precisamente el lenguaje, o, en todo caso, la lengua. ¿En qué medida esta descripción de tu libro puede resultar eficiente?

A. R. En realidad, entre el *Manual del distraído* y *Lenguaje y significado* no hay ninguna vida orgánica, es decir, no hay ninguna liga temática.

*Lenguaje y significado* está interesado en el lenguaje desde un punto de vista realmente muy opuesto al *Manual*. En realidad, las cosas que a mí me interesaban filosóficamente no eran tanto fenómenos lingüísticos, eran problemas filosóficos que implicaban tratamientos lingüísticos y que suponían ciertos análisis del lenguaje. Pero no era el lenguaje *per se*, en otro sentido de la palabra, lo que ahí estaba en juego. Por eso no hay una liga clara entre el *Manual* y el *Lenguaje*. Cuando tú dices que el lenguaje es el personaje del *Manual*, a mí no me gusta, suena muy fuerte, muy pretencioso. Además, hay muchos autores que dicen eso que a mí me fastidia enormemente. Se les pregunta: “¿cuál es su personaje?”. Y ellos responden: “es el lenguaje”. En el *Manual del distraído* el personaje no es el lenguaje, lo que sí quiso ese libro es prestar cierta atención al lenguaje de escribir. El *Manual* es un libro que, si alguna característica quisiera yo que tuviera —no sé si la tiene—, es un cierto cuidado en los tonos y en los ritmos; tonos y ritmos que creo yo son los que le dan el común denominador a cosas muy diversas. Todo esto es muy distinto de las preocupaciones ya estrictamente filosóficas que puede haber en *Lenguaje y significado*.

Por otra parte, a mí siempre me han disgustado teórica y literariamente hablando las personas que se dedican profesionalmente a las relaciones entre filosofía y literatura, con el perdón de Ramón Xirau.<sup>47</sup> A mí nunca me han importado mucho estas relaciones entre filosofía y literatura. A mí la filosofía me parece que se ocupa de ciertos temas y de cierta manera, y en filosofía me gustan ciertos rigores. Creo que la literatura, para bien o para mal, es otra cosa. A lo mejor después, en un plano ya biográfico debe haber muchas complicidades internas, cosas del autor de *Lenguaje y significado* que deben estar reflejadas en otras del *Manual del distraído*.

<sup>47</sup> Ramón Xirau (1924), poeta y filósofo mexicano de origen catalán, *El péndulo y la espiral* (1959). Amigo y compañero de Alejandro Rossi desde la época de Mascarones, compañero en el Instituto de Investigaciones Filosóficas y colaborador como el propio Rossi de las revistas *Plural* y *Vuelta*, fundadas por Octavio Paz. En *Aproximaciones a Alejandro Rossi* se incluye de él “Aproximaciones a Alejandro Rossi” (1993).

Yo siempre he tenido un cierto terror a mezclar géneros, me parece que mantener la pureza de los géneros equivale a una especie de pureza mental y quizá hasta de pureza ética.

A. C. Hay una presencia amiga en el texto “Una imagen de José Gaos” incluido en el *Manual del distraído*. Este maestro aparece definido como un escéptico, y a mí la definición me hace preguntarme: ¿cuál ha sido la ascendiente de ese escepticismo, si es que lo hay, en los proyectos vitales, profesionales o literarios de Alejandro Rossi?

A. R. ¿El escepticismo de Gaos? Yo quisiera invertir la pregunta y decir, yo creo que llegó el momento de decirlo, la importancia fundamental que tuvo Gaos como persona para mí en esos años. Después de aquel primer rechazo que he contado, tuve, para suerte mía, una relación sumamente estrecha con José Gaos. Lo que yo aprendí de filosofía en aquellos primeros años se lo debo a él. Lo he dicho por escrito y lo he dicho en voz alta. Fue un profesor absolutamente extraordinario y excepcional.

En México y en otros países yo he tenido la suerte de escuchar a profesores de filosofía de primer orden. Pero creo que Gaos va a la cabeza de ellos en lo que se refiere a sus virtudes expositivas y a sus virtudes relativas a la interpretación de textos. Gaos era un maniático del texto, con todo lo que esto puede tener de virtudes y defectos. Nos enseñó a todos un respeto que, repito, tiene también sus defectos. Un respeto frente al texto y sobre todo una conciencia de las armas que hay que tener para enfrentarse a un texto.

Gaos tenía la beatería —que no es ninguna beatería, sino un requisito bastante elemental para leer a fondo— de que leyéramos los textos en su lengua original. No permitía que nosotros leyéramos los textos traducidos.

Había, por una parte, una serie de rigores, de rigores de interpretación que fueron parte de la lección inolvidable de Gaos. Por otro lado, Gaos fue el hombre que no sólo nos llevó de la mano a mí y a muchos por la filosofía: fue una persona que me dio esa moneda que no tiene precio, que es el tener un poco de confianza en uno mismo.

Gaos era un hombre tolerante. Toleraba las objeciones, toleraba las réplicas; toleraba nuestras majaderías, nuestras impertinencias.

Después de unos años, cuando ya éramos un poco mayores, polemizamos con Gaos de una manera que en estos momentos me parece de

una violencia carnícora y, por parte nuestra, de una crueldad que me deja asombrado, y admirado de la paciencia y el temple de Gaos para resistir aquellas violencias. Eran violencias teóricas, sí, pero expresadas a veces con palabras duras. ¡Cómo Gaos resistía todo aquello, cómo se defendía siempre en terrenos claros y de polémica filosófica! Gaos no era para nada dado a la intolerancia. Era en el fondo un hombre enormemente tolerante, enormemente tolerante de las posiciones filosóficas, de las tesis filosóficas ajenas. Le gustaba que la gente que estaba a su alrededor peleara con él filosóficamente.

Esto era realmente admirable. Era un hombre que no quería dirigir la vida ajena, que dejaba libertad en este sentido. No era un hombre de capillas, no quería hacer escuela, no le importaba nada de eso. Gaos era un hombre profunda y continuamente interesado en problemas filosóficos. Uno lo encontraba e inmediatamente tenía que empezar a hablar de filosofía.

Recuerdo que, en sus últimos años, cuando ya estaba enfermo, se había hecho una casita por lo que en aquella época eran unos andurriales espantosos y nos costaba mucho llegar. Luis Villoro<sup>48</sup> y yo lo íbamos a visitar y muchas veces me decía Luis: “Vamos a visitarlo”. Yo a veces me retraía porque sabía que el encuentro con Gaos era de por lo menos cinco o seis horas de continuo discutir cosas de filosofía. A veces esto me abrumaba. Tuvimos, por ejemplo, un seminario con un grupo de amigos, Uranga estaba entre nosotros, allá por el 59, donde criticábamos cosas de Gaos, y allí fue ejemplar la actitud de él. Debo decir que todas esas cosas de la filosofía analítica eran muy contrarias a Gaos, y él tuvo la humildad intelectual de ponerse a leer con nosotros cosas, a sus casi sesenta años, que le costaba mucho seguir, hasta por desinterés temático. Pero en fin, por estar un poco a la par, se ponía con nosotros a leer esas cosas y a discutir las.

<sup>48</sup> Maestro y amigo muy cercano de Alejandro Rossi, Luis Villoro (1922), filósofo mexicano. Junto con Fernando Salmerón y Alejandro Rossi fundó la revista *Crítica* del Instituto de Investigaciones Filosóficas. Miembro de El Colegio de México, bajo la dirección de José Gaos realizó su magnífico libro *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1998). Tuvo a su cargo el seminario “Filosofía de la historia” en El Colegio de México. Además del libro mencionado entre sus obras se cuentan: *El concepto de ideología y otros ensayos* (1985); *En México, entre libros. Pensadores del siglo XX* (1994); *El pensamiento moderno: filosofía del renacimiento* (1998); *El poder y el valor: fundamentos de una ética política* (1998); *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (1965).

En cuanto al escepticismo de Gaos, debo decir que yo nunca viví al Gaos escéptico. No creo que lo fuera, era un hombre desencantado, desilusionado. Pero no era un escéptico propiamente.

Los libros finales de Gaos son sus libros mayores, no son libros de tesis escépticas en el sentido técnico de la palabra. Son, más bien, libros del final de la filosofía. Él pensaba que la filosofía, lo digo en sus palabras, era una especie de actividad arcaica que de alguna manera es propia o típica de un mundo premoderno. Pensaba que estábamos en un momento en que la filosofía era una forma anticuada de pensar. Que nosotros éramos como los últimos herederos de unos esquemas conceptuales profundamente anticuados.

Toda la filosofía de Gaos es, en el fondo, un largo adiós a esta tradición. Si esto es escepticismo, Gaos sí era escéptico. Sin embargo, las tesis después de sus libros mayores, los análisis semánticos de Gaos buenos o malos no eran análisis propios del escepticismo. Lo que sí había en él, en virtud de esta idea de la filosofía como una actividad arcaica que todavía arrastramos, era un desaliento vital muy grande, una desgana frente a ciertas cosas de la filosofía. No era de ningún modo un optimista de la filosofía.

A. C. Hablando de la confianza en sí mismo, recientemente tuve que improvisar una antología de textos sobre Michel de Montaigne<sup>49</sup> y me puse a buscar un texto de Alejandro Rossi sobre Montaigne. Me sorprendió no encontrar ese texto, porque la afinidad a mí me parece evidente. Hay el buen humor, la ironía, cierto ánimo divagatorio, práctica textual donde se conjugan los ensayos, el cuento, la viñeta, el retrato. Y también me salta a la vista otro parentesco, quizá menos evidente. Tanto en Montaigne como en Alejandro Rossi, hay un recuerdo, un registro de una serie de hábitos privados, lo que en el *Manual del distraído* se define como la épica de la vida interior. Yo quisiera saber si este presentimiento mío de buscar un texto tuyo sobre Montaigne está soportado por algo.

A. R. Como toda persona bien nacida, he leído a Montaigne, pero hace mucho que no lo he vuelto a ver. Desde luego, cuando estaba escribiendo

<sup>49</sup> Michel de Montaigne (1533-1592), escritor y pensador francés muy influyente en el ámbito de la cultura inglesa y tardíamente traducido al castellano, *Ensayos* (1580).

el *Manual del distraído* lo tenía muy lejos en la memoria. No era un texto que estuviese leyendo en ese momento ni mucho menos. Además me parece verdaderamente imposible estar comparándome con Montaigne, y diciendo: “Rossi es así, y Montaigne asado”. Esto no lo puedo hacer realmente. Lo único entre nosotros es que entre tantos motivos de admiración a Montaigne, está eso que él dice cuando habla de los libros. Dice que lo que él está haciendo es como una especie de ensayo de sus facultades naturales, que no busca ciencia, enseñanzas o doctrinas en sus ensayos, sino que son un despliegue libre de sus facultades, un despliegue de sus gustos y de sus hábitos.

Ésta es una de las cosas que todos admiramos de Montaigne. Sin embargo él, además, es un escritor con unos afanes de veracidad que yo no tengo. Montaigne es un hombre que quiere describir cosas y que quiere de vez en cuando, a pesar de lo que decía, enseñar algo o mostrar algo. Y hay un maravilloso y lejano y muy suave didactismo, un didactismo muy personal, es decir, un intento de decir algunas cosas, aunado a un afán de veracidad. Yo no tengo esos intentos de veracidad. A mí me gustan las cosas más deformadas. Me gusta mentir un poco, me gusta eso que tú has llamado la comedia de la vida interior, las bromas de la vida interior, la comedia de la conciencia. Por eso me gusta tanto Italo Svevo.<sup>50</sup>

A. C. Además de escribir y enseñar filosofía, Alejandro Rossi ha participado en tareas de índole cultural, por ejemplo en la creación de revistas, digamos: *Diánoia*,<sup>51</sup> *Crítica*, *Plural*, *Vuelta*. ¿Podrías hablarnos un poco de esta experiencia, de las atmósferas más relevantes de este itinerario humano?

A. R. Bueno, esto es un poco aburrido. En efecto, he estado asociado a esas revistas. Tengo una especie de alma revistera, me gustan las revistas, creo en las revistas, creo que son útiles, creo que la vida intelectual debe tener revistas.

<sup>50</sup> Italo Svevo (1861-1928), escritor italiano, *La conciencia de Zeno* (1923). Alejandro Rossi fue uno de los escasos mexicanos que, junto con Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez y Jaime García Terrés, conocía su obra. De Italo Svevo lo convencían las cualidades que también admiraba en Eugenio Montale: “La concentración de su prosa y el gusto por cierta épica cotidiana...” (“Resaca”, *Manual del distraído*, *op. cit.*, p. 170).

<sup>51</sup> Revista semestral del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, fundada en 1955.

*Diánoia*, que es la primera que mencionaste, es un anuario muy pesado, muy grueso, que publica hasta la fecha el Instituto de Investigaciones Filosóficas. El director del Instituto era el director de la revista; y yo fui el secretario de *Diánoia*. El director era una persona muy cercana a mí, un íntimo amigo mío, Fernando Salmerón.<sup>52</sup> Juntos intentamos darle cierto aire nuevo a *Diánoia*, publicar cosas de otras filosofías y de otros tonos, otros temas. Nos costó un poco, pero esto abrió el paso precisamente a la segunda revista —*Crítica*—, que ya fue mucho más personal.

*Crítica* fue una revista que, perdonen mi modestia, se me ocurrió a mí. Luego llamé a Luis Villoro, amigo eterno, y a Fernando Salmerón. Y armamos una revista que en aquella época era bastante original. También hasta la fecha todavía lo es.

Era una revista que tenía estas características. Estaba dedicada exclusivamente a filosofía analítica. Publicaba los artículos en sus lenguas originales. Y era una revista que quería ser rigurosa en su selección de material, como sabe Margarita Valdés,<sup>53</sup> que también fue secretaria de la revista *Crítica* y que aquí está.

No teníamos un centavo para hacerla, la Universidad era muy pobre, como seguramente volverá a serlo este año. Y no teníamos ayuda de nadie, la revista la imprimíamos previsiblemente en la Imprenta Madero. La formó, claro está, Vicente Rojo.<sup>54</sup> Recuerdo que nos costaba trece mil pesos hacerla. *Crítica* tuvo, por lo menos editorialmente hablando, una enorme originalidad en el mundo de la filosofía de la lengua española. La revista la manteníamos en realidad nosotros. Luis, que era el más rico, era el que daba más dinero. Salmerón también daba algo porque era el director y tenía un buen sueldo. Yo también ponía algunos centavos. Teníamos un par de anuncios, el más fuerte era el de Petróleos Mexicanos. Entonces el

<sup>52</sup> Fernando Salmerón (1925-1997), filósofo mexicano, *Las mocedades de Ortega y Gasset* (1956). Fue uno de los primeros amigos de Alejandro Rossi en México, y a su mediación se deben las colaboraciones de éste en la revista de la Universidad Veracruzana, *La palabra y el hombre*, que se consignan en la bibliografía.

<sup>53</sup> Margarita Valdés, pensadora mexicana, investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas desde 1972, *Antología sobre la controversia del aborto* (1999).

<sup>54</sup> Vicente Rojo (1932), diseñador y pintor mexicano de origen español, miembro de El Colegio Nacional.

director de Petróleos era don Jesús Reyes Heróles.<sup>55</sup> Salmerón era amigo de él.

Fuimos a ver a Reyes Heróles, y recuerdo todavía cómo me sorprendió cuando entramos a su oficina; todas las paredes estaban recubiertas de libros y libros. Era un coleccionista; y todas las paredes estaban recubiertas de libros. Libros antiguos del XVII, del XVIII, sobre todo del XVIII. Entonces me dije: “¡Caramba! ¿Este es el director de Petróleos? ¡Qué raro!”. Él, con mucha generosidad, nos dio un anuncio de cinco mil pesos, que entonces era una fortuna. Con eso pagábamos el cuarenta por ciento de la revista. El resto salía de nuestros bolsillos, de algunos dineros de venta y de algunas suscripciones que lentamente se fueron haciendo.

El caso de *Plural* es muy distinto. *Plural* nació con todos los apoyos de la generosidad de Julio Scherer,<sup>56</sup> quien entonces era el director de *Excelsior*. Yo empecé a escribir en *Plural* en el año de 1973. El director era naturalmente Octavio Paz,<sup>57</sup> y el secretario de redacción era Kazuya Sakai.<sup>58</sup> Empecé a escribir allí, y al principio la sección no tenía nombre. “Manual del distraído” fue el título de un artículo que después, a sugerencia de otra persona de *Plural*, se convirtió en el título de la sección. Después, al cabo de unos años, formamos en *Plural* un consejo de redacción del cual formé parte hasta que echaron a Scherer. Nosotros, claro está, nos solidarizamos con él y abandonamos *Excelsior*. Abandonamos *Excelsior*, y *Plural*

<sup>55</sup> Jesús Reyes Heróles (1921-1985), escritor, bibliófilo, político mexicano, amigo de escritores y artistas, a él se debe la obra en tres tomos *El liberalismo mexicano* (1957-1961) y, como político, la Reforma Política de 1976. Fue reconocido como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alcalá de Henares (1981). *En busca de la razón de estado*, prólogo de Jesús Castañón Rodríguez, presentación de Enrique Tierno Galván, Miguel Ángel Porrúa editor, México, 1982. *Jesús Reyes Heróles, obras completas*, prólogo de Eugenia Meyer, FCE, México, 1999.

<sup>56</sup> Julio Scherer García (1927), periodista y escritor mexicano, director del periódico *Excelsior* desde 1968 hasta 1976 y luego fundador de *Proceso* con Vicente Leñero, Miguel Ángel Granados Chapa, entre otros. En la entrevista “Vuelta a la semilla”, realizada por Ricardo Cayuela y Álvaro Enrígue (*Letras libres*, diciembre de 2006), Rossi evoca la salida de *Plural*.

<sup>57</sup> Octavio Paz (1914-1998), poeta y escritor mexicano, premio Nobel de Literatura 1990, *El laberinto de la soledad* (1950). Alejandro Rossi escribió un ensayo que figura como prólogo a la edición de 2009 de este libro.

<sup>58</sup> Kazuya Sakai (1927-2001), pintor, editor y escritor argentino de origen japonés, colaboró con Octavio Paz en la revista *Plural*.

cayó después no sé en qué cuartas, quintas o sextas manos, con el mismo nombre. Una historia bastante sucia y lamentable.

Para mí *Plural* fue importantísima, porque no sólo escribí materialmente o publiqué allí el *Manual del distraído* mes a mes. Allí encontré o volví a encontrar a ciertos amigos, que ya tenía pero que hacía años no veía, por ejemplo, al propio Salvador y a otros más.

Y luego porque ahí me fui haciendo —perdón por la altanería— de cierta confianza literaria. Todos me ayudaron mucho en esta adquisición de confianza literaria. Quiero mencionar desde luego a Octavio Paz, que jugó un papel de amigo ejemplar.

Cuando echaron a Scherer, escribimos toda clase de manifiestos de apoyo. Estábamos indecisos entre cerrar el periodo de la revista definitivamente y la idea de hacer otra revista. Pero estábamos muy mal acosumbrados a que *Excelsior* nos pagara todo, nos diera oficina, secretarías, dinero para pagar los sueldos. Todo esto significaba una enorme comodidad, tú lo sabes, tú trabajaste en *Plural*.

En realidad, no concebíamos la idea de hacer una revista si el proyecto no estaba amparado por una institución o por un grupo de gente con mucho dinero. Es decir, no se nos ocurría la posibilidad de que nosotros pudiésemos inventar una revista. Inventarla en el sustento económico. Pensábamos automáticamente que hacer una revista era encontrar un patrocinador grande que nos diera dinero, y nos ayudara a publicarla.

Vencer ese freno mental, romper ese freno fue para mí, y sospecho que para muchos de los que estamos ahora en *Vuelta*, una espléndida lección. Un descubrimiento diría yo, el descubrimiento simplísimo, pero formidable, de que las cosas se pueden hacer, de que no hay tantas barreras, de que no, no hay tantas trabas y de que se puede armar una pequeña empresa con los medios que nosotros teníamos al alcance. *Plural* se cerró en julio, en julio de 1976, y en noviembre de 1976 salió el primer número de *Vuelta*.

¿Cómo hicimos *Vuelta*? Es una historia larga. La hicimos con nuestros medios y con la ayuda de amigos. Hubo una rifa de un cuadro de Rufino Tamayo,<sup>59</sup> y otras personas hicieron aportaciones de cantidades significativas, pero no enormes, más bien modestas. Con ese primer capital, arma-

<sup>59</sup> Rufino Tamayo (1899-1991), pintor y artista plástico mexicano cuya amistad con Octavio Paz se remonta a principios de la década de 1950, época en que éste escribe un ensayo que le abre las puertas al pintor en el mercado francés y europeo.

mos la organización de *Vuelta*. Y uno de mis orgullos es haber trabajado en esto unos meses antes de que saliera el primer número. Fueron meses de mucho trabajo, pero también de mucha sensación creativa, y, sobre todo, siempre alimentados por este descubrimiento. El descubrimiento maravilloso de que las cosas se pueden hacer si uno tiene la decisión de hacerlas. *Vuelta*, desde noviembre de 76 hasta la fecha, goza de maravillosa salud. Aquí está Enrique Krauze,<sup>60</sup> que es uno de los que maneja el timón de *Vuelta*, y yo estoy muy orgulloso —¿por qué no decirlo?— de que *Vuelta* goce de cabal salud y que tenga siete años.

A. C. Hablabas de la confianza literaria que significa tener un grupo de lectores activos. Pero también hay otro tipo de confianza, la confianza que el autor se tiene a sí mismo y que llega, que él instrumenta a través de ciertos rituales y pequeñas ceremonias que se cumplen como objetos propiciatorios previos a la estructura. Una danza alrededor del escritorio. Yo no sé si sería un poco impertinente hablar de esta liturgia.

A. R. Sí lo es porque ésas son las costumbres, los hábitos más secretos que uno tiene, cuando se sienta uno ante una mesa con una pluma en la mano.

Pero voy a decir un par de cosas. Sí, soy muy ritual, como tú dices, y estoy lleno de temores. Cada vez que uno se pone en eso, debe cumplir con una serie de pequeñas ceremonias particulares.

Yo tengo una mesa que está llena de cosas. Puedo nombrar algunas. Hay algunas fotos, pero entre ellas no está la foto de Dostoievski.<sup>61</sup>

Conozco a un poeta, cuyo nombre no quiero decir, que confesaba que antes de escribir, siempre se arrodillaba e invocaba a Claudel<sup>62</sup> con una oración particular.

<sup>60</sup> Enrique Krauze (1947), egresado de El Colegio de México, escritor, historiador y editor mexicano, subdirector de *Vuelta* y director actualmente de la revista *Letras libres* y de la editorial Clío. Escribió su tesis, *Caudillos culturales de la revolución mexicana*, bajo la tutoría de Daniel Cosío Villegas, *Biografía del poder* (1987).

<sup>61</sup> Guiño irónico. El patetismo de Fiódor Mijailovich Dostoievski (1821-1881), novelista ruso, *El jugador* (1866), es ajeno a la ordenada geometría intelectual de Alejandro Rossi.

<sup>62</sup> Paul Claudel (1868-1955), poeta católico francés, *Cinq grands odes* (1910). Tal vez Alejandro Rossi se refiere a Juan José Arreola, admirador de Claudel y traductor de su libro *Corona Benignitatis*, en el que figuran poemas dedicados a los Apóstoles; véase Juan José Arreola (1970).

Yo no invoco a nadie. Pero estos objetos me acompañan de alguna manera. Algunos son fotos, otros son estampas de cierto tipo. Tengo, por ejemplo, una manzanita de madera que espero que me siga sirviendo, ahora que he tenido la delicadeza de decirlo, pues me gusta tocar cosas. Después, me gusta escribir en cuadernos, no me gusta cualquier cuaderno, busco ciertos cuadernos. Cuando viajo estoy muy atento, compro muchos cuadernos y tengo un gran depósito como para escribir cincuenta libros. Algunos cuadernos me gustan realmente tanto que nunca he escrito en ellos, porque me parece verdaderamente espantoso echarlos a perder. Además, porque he descubierto que escribo tan poco que el cuaderno me dura diez años.

A. C. Bueno, yo pienso que en el *Manual del distraído* hay entrelineado una suerte de arte de vivir y que la amistad ocupa un lugar de primer orden en esta obra.

Yo quisiera preguntarte por las presencias amigas en tu relación con las letras. El lector amigo.

A. R. Es difícil contestar esto. Es verdad, cuando uno escribe algo —cualquier cosa, y qué bueno que sea así, qué bendición—, está uno pensando en cinco o seis personas. Cuando de pronto uno cree que escribió una frase que no está mal, piensa que le va a gustar a fulanito. Uno se imagina la reacción de zutano o de fulano. Esto a mí me pasa mucho, y quizá, llevado esto a la exageración, diría que muchas veces yo he escrito para cinco o seis amigos porque les estoy viendo la cara y sé cómo van a reaccionar ante ese texto. Quiero sorprenderlos a ellos, quiero agradecerlos y que tengan una reacción favorable.

Creo que también aquí hay algo que quizá sea una herencia de mis demasiados años de profesor de filosofía. Cuando era profesor tenía una particular angustia con el alumno: tratar de persuadirlo. Nunca fui un profesor a quien le gustara dar una clase lejana a los alumnos. Intentaba acercarlos. Me acercaba bastante a ellos. Después, ellos armaban unas revolturas espantosas, yo intentaba acercarme mucho a su oído, a su oreja y trataba de persuadirlos. Quizá esto se refleje de alguna manera en la escritura. Porque así como pienso en los amigos, me imagino que estoy hablando al oído a alguien y trato de hipnotizarlo o de persuadirlo.

A. C. Bueno, pues ya hemos hablado mucho y yo quisiera cerrar este interrogatorio preguntándote, Alejandro, cosas sobre tu nuevo libro, que es *Sueños de Occam*, que me acabas de dar esta mañana. Antes de venir para acá, pues no sabía yo qué decir, abrí mi diccionario de filosofía. Veo *Occam* y me encuentro que dice algo de la contingencia del mundo moral. Eso me parece que tiene que ver con el *Manual*, pero sólo quiero dar pie para que nos hables del libro.

A. R. Mira, el libro reúne cinco textos que yo tenía por allí. El último de ellos se llama “Sueños de Occam” y le da título. La famosa frase de Occam<sup>63</sup> que ustedes conocen, la navaja de Occam. Aquel apotegma filosófico que dice: *entia non sunt multiplicanda*. Lo tenía muy lejos en el momento de escribir el texto. La asocié con él cuando lo terminé de escribir, porque hay en él una vaga transformación o alusión del empleo que en filosofía tiene la navaja de Occam. Por eso el título. Los otros textos son de una veta que ya está en el *Manual del distraído*, pero que aquí está, creo, más desarrollada y, por la brevedad del libro, más compacta.

<sup>63</sup> Guillermo de Occam (hacia 1285-1349), filósofo inglés, tomó muy joven los hábitos de monje franciscano, estudió en Oxford y comentó el libro de las *Sentencias* de Pedro Lombardo. En un principio fue discípulo de Duns Scoto. Fundador de una corriente filosófica que se llamaría luego nominalismo, que volvería a cobrar vigencia en la filosofía del lenguaje del siglo XX. Además de la voz citada, hay otro postulado de la economía radical necesaria al pensamiento del cual Leibniz participa —otro filósofo admirado por Rossi y mencionado en *Manual del distraído*— *num cuam ponenda est pluralitas sine necessitate*.

## SEGUNDA CONVERSACIÓN (1996)

Adolfo Castañón: Alejandro Rossi ha participado durante muchos años en la vida universitaria como profesor, funcionario, investigador, editor, productor de programas de radio. ¿Qué significa para Alejandro Rossi la Universidad? ¿En qué estaciones dividiría su biografía universitaria?

Alejandro Rossi: Me alegra que comiences pidiendo noticias acerca de la Universidad. Ahora que ya tengo cierta edad y que puedo ver con cierta capacidad cuál ha sido mi destino, me doy cuenta de que la Universidad es absolutamente esencial en mi vida. Yo entré como estudiante en 1951; luego, en marzo de 1958, entré como investigador al Instituto de Investigaciones Filosóficas, de benemérita memoria; después, en 1959, como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, si la memoria no me engaña; posteriormente, en la Universidad he sido, por esa necesidad de rotación que todos tenemos en ella y porque las exigencias y las obligaciones universitarias así nos lo piden, jefe del Departamento de Lógica y Epistemología en los años sesenta; en la Facultad de Filosofía y Letras he participado en innumerables comisiones dictaminadoras y comisiones de otro orden, he intervenido también en otros aspectos y dimensiones de la vida universitaria. Por ejemplo, fui el fundador de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad, la cual ahora todavía existe y entiendo que con prosperidad. También fui director en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad, a cuyo cargo está la Imprenta Universitaria, de compleja memoria, digamos, y otras cosas más que tienen que ver con trabajos circunstanciales, con diversas comisiones. Por ejemplo, recuerdo como una cosa transitoria, pero importante, tanto para la vida universitaria como para mi experiencia personal, mi intervención en aquella comisión encargada, en 1975, de negociar las condiciones gremiales y académicas de la Universidad con el sindicato, entonces casi naciente. El paso por la Universidad no ha sido trivial para mi biografía,

sino completamente esencial. Ha sido el punto mágico alrededor del cual he girado en mis trabajos, en mi formación y en mis amistades. No ha sido el único, por supuesto, pero ha sido uno de los puntos ineludibles de mi vida. Uno vive las cosas según la edad y según los momentos históricos del país. Y yo he vivido la Universidad con diferentes fórmulas, con diferentes intensidades, con diferentes maneras de insertarme en ella, ¿no?, aunque básicamente son las que te he dicho.

Quiero subrayar que en los años cincuenta, o en los sesenta, todavía en los setenta, aunque ahí empezó a cambiar, la Universidad era verdaderamente un territorio muy ajeno al resto no sólo de la ciudad, sino del país y de su clima espiritual. La Universidad era una inmensa zona benéfica de refugio, de refugio cultural, una región de refugio de formas de convivencia distintas, de valores que no eran los que funcionaban en el mundo oficial de México. Era un territorio en el que se respiraba otro aire y donde la gente se comportaba de otro modo; donde la lista de las cosas importantes era muy distinta de la lista que se vivía oficialmente o se presentaba desde el mundo de afuera. Es difícil imaginar lo que en esos años era la Universidad para nosotros. No era nada más el lugar donde ibas cada quince días a cobrar un cheque que, por cierto, era sumamente escaso. No te preguntabas por el dinero; en rigor tú sabías que fatalmente aquél era el único sitio en que podías estar, en el que podías vivir. Además, como extranjero en México, la Universidad era realmente el único sitio que a mí y a muchos otros de mi condición se nos recibía con brazos abiertos, con generosidad, sin chauvinismos, sin muletillas patrioteras. La Universidad era un buen aire hispanoamericano, fresco y abierto.

A. C. Y, de esa formación, de esos años iniciales en la Universidad, ¿qué recuerdos o qué imágenes o qué personas crees que te hayan influido, o que tú recuerdes como formativas para tu vocación como escritor, o que de alguna manera te dieron alguna pauta? ¿Cuáles fueron tus interlocutores literarios, estrictamente literarios, en aquella época?

A. R. Bueno, mira, Adolfo, es muy larga la lista. No puedes pedirme que sea exhaustivo. Te daré, quizá, algunos ejemplos. Olvidaré otros. Habría que dividirlos entre figuras tutelares, o sea mayores, y personas más o menos contemporáneas, más o menos de la misma edad. La persona —lo he repetido muchas veces— con mayor ascendiente formativo, magisterial,

la más importante para mí en aquellos años iniciales en la Universidad fue, sin duda, José Gaos. Yo estudié filosofía. José Gaos fue un profesor enormemente cercano a mí, y lo poco o mucho que tengo de buena formación se la debo básicamente a él, que era un profesor no sólo de buenas clases, sino que ejercía una pedagogía mucho más envolvente, mucho más amplia, donde se proponía, digamos, una forma de vida y no sólo la explicación de un texto. Gaos para mí fue siempre eso, no sólo un gran técnico de la filosofía, sino un hombre que nos enseñó o que nos mostró de algún modo un modelo de vida. Nos propuso un modelo de vida; que después lo siguiéramos con mayor o menor cercanía, ése es ya otro cuento, pero creo que las personas necesitan una formación y cuando la tienen les es sumamente fácil, y se nota quiénes la han tenido y quiénes no. Las personas necesitan y requieren un patrón o un modelo de vida con el cual a lo mejor se identifican, o del cual a lo mejor se alejan, pero esta forma es necesaria.

Más allá de la figura tutelar de Gaos, después de ella, estaban muchos compañeros míos de diversas edades. La Facultad de Filosofía y Letras en aquella época, no sólo en Mascarones, que es donde empecé a estudiar, sino en Ciudad Universitaria, era un punto de concentración cultural mucho más fuerte que la mera fábrica pedagógica, que la mera escuela donde se impartían clases; era un sitio de reunión, un sitio de confrontación, un sitio obligado, culturalmente hablando. Quizá también por esta razón en los cincuenta, tanto en Mascarones como en los primeros años de la Ciudad Universitaria, se reunió mucha gente que fue haciendo amistad. Había personas de varias generaciones: Juan García Ponce,<sup>1</sup> José Emilio Pacheco,<sup>2</sup> Salvador Elizondo, entre otros, no puedo nombrarlos a todos. Estaba mi gran amigo Luis Villoro, que era un poco mayor que yo pero que me dio todavía una clase cuando acababa de regresar de Europa, uno de los amigos más cercanos que yo he tenido en mi vida. Bueno, Luis Villoro estaba ahí en la Facultad, él se iniciaba como profesor, yo todavía era alumno. Estaba también gente de la generación de Villoro, como Jorge

<sup>1</sup> Juan García Ponce (1932-2003), escritor mexicano, *Crónica de la intervención* (1982). Perteneció a la redacción de *Plural y Vuelta* dirigidas por Octavio Paz. Nació, al igual que Alejandro Rossi, el 22 de septiembre de 1932. Esa coincidencia selló su fraterna amistad.

<sup>2</sup> José Emilio Pacheco (1939), escritor y poeta mexicano, *Tarde o temprano* (2000). Premio Cervantes de Literatura 2009.

Portilla.<sup>3</sup> Todavía andaba por ahí Uranga y, después, más jóvenes. Estaba Fernando Salmerón, que era también muy cercano a mí porque él estudiaba filosofía, es filósofo. Estaba García Díaz,<sup>4</sup> desgraciadamente fallecido. En aquella época se encontraba ahí mucha gente muy interesante. Era un ambiente bastante rico, al que hay que agregar la presencia de la emigración republicana intelectual que estaba todavía en plena efervescencia y era muy activa y daba una nota distintiva, clarísima y dominante, diría yo, en la Facultad, tanto de Mascarones como de Ciudad Universitaria, aunque mucho más en Mascarones.

En este orden de la emigración republicana, en la que hay tantas y tantas personas, el más cercano —ya lo dije— fue José Gaos. También estaba Eduardo Nicol,<sup>5</sup> con quien, aunque me dio clases, no me unió esa relación discipular tan poderosa como la que tuve con Gaos. Además, hay dos personas a quienes yo traté en una forma más, digamos, lejana y pedagógicamente menos fuerte, pero que me dejaron un recuerdo muy vivo, una es Gallegos Rocafull<sup>6</sup> y otra es Agustín Millares Carlo.<sup>7</sup> Eran personas eminentes.

A. C. ¿Cómo era físicamente Millares Carlo?

<sup>3</sup> Jorge Portilla (1919-1963), filósofo mexicano, *Fenomenología del relaxo* (1966). En *Manual del distraído* aparece el ensayo “In memoriam”, dedicado a Jorge Portilla, cuya obra él mismo compiló junto con Víctor Flores Olea y Luis Villoro.

<sup>4</sup> Adolfo García Díaz (1928-1995), filósofo analítico mexicano, alumno de Juan David García Bacca, investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas y traductor de *Principia Ethica* de Moore. Fue el forjador de la carrera de filosofía de la Universidad del Zulia, en Venezuela.

<sup>5</sup> Eduardo Nicol (1907-1990), filósofo español, *Formas de hablar sublimes. Poesía y Filosofía* (1990).

<sup>6</sup> José Manuel Gallegos Rocafull (1895-1963), filósofo y sacerdote español republicano, *La experiencia de Dios en los místicos españoles* (1945) y *El hombre y el mundo de los teólogos españoles del Siglo de Oro* (1946).

<sup>7</sup> Agustín Millares Carlo (1893-1980), filólogo español que llegó a México en 1939 y fue integrante de La Casa de España en México y posteriormente de El Colegio de México, donde impartió cursos de paleografía y literatura latina. Dentro de sus obras se cuentan las editadas por el FCE: *Cuatro estudios bibliográficos mexicanos* (1992), *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas* (1988) e *Historia de la literatura latina* (1985).

A. R. Don Agustín Millares Carlo era un hombre alto; era paleógrafo. Este paleógrafo, este latinista de primer orden, era un hombre lleno de mil saberes. ¿Cómo era él? Habrá personas que te podrán contar su vida personal con mucho mayor detalle. Era canario. Lo recuerdo como un hombre grande, muy simpático, con unos trajes anchotes y con una carterota enorme, llena de libros y de papeles y más papeles, y un sombrero de ala ancha. Parecía salir siempre de una biblioteca y entrar a otra biblioteca, siempre con prisas. Un hombre sumamente cordial y gracioso, y un hombre de enormes saberes. Por razones que no vienen al caso, se fue a Venezuela, a la Universidad de Maracaibo. Después, entiendo que pasó a la de Caracas y ya nunca volvió a México. Una pena.

Por su parte, Gallegos era un hombre también de muchos saberes que, además, reunía para nosotros una mezcla rara, por lo menos dada nuestra experiencia vital. Era, en primer lugar, un sacerdote; en segundo, un sacerdote muy bien formado filosóficamente y, al mismo tiempo, muy abierto a otras lecturas; estudió muchas cosas de la mística española y de la escolástica de la Nueva España y realizó cosas estupendas. Pero, además, tenía otro ingrediente, y era ése el que le daba a la mezcla su aspecto más atractivo para nosotros. Fue de los pocos sacerdotes que en aquella época eligieron la República, y él eligió el exilio. Este hecho inusual era para nosotros altamente llamativo y admirable.

A. C. Alejandro, tú eres un hombre de varias Américas, de todas las Américas, fuiste educado en Argentina, eres venezolano, también fuiste educado en Estados Unidos, en Europa y en México; yo te quisiera preguntar en este contexto tan rico: ¿cuáles son los escritores hispanoamericanos con los cuales tú podrías configurar una familia, o los escritores hispanoamericanos que te hacen un signo en tu evolución como escritor? ¿Quiénes serían?

A. R. Es una pregunta que implicaría mucho tiempo para responderla con una sombra de justicia, pero te voy a decir, arriesgando toda clase de injusticias, que, en efecto, hay familias de escritores que son aquellos cuyas voces tú sientes como más propias, como más cercanas a ti, pero también es cierto que hay escritores que no son de tu familia, para usar el término, y que, sin embargo, son fundamentales para ti y que de alguna manera, quizá por contraste o por lo que sea, de verdad han sido importantes para uno. Si hay algún escritor hispanoamericano fundamental en

mis lecturas más jóvenes es, sin duda —lo leí cuando tenía catorce años—, Jorge Luis Borges. No puedo dar ahora una explicación ni es el momento de aburrirte con una explicación de por qué me gusta Borges o de cuáles son las virtudes de Borges; creo que hay un consenso tal en estos años acerca de su excepcionalidad que sobra ahora cualquier adjetivo. Debo decirte, sin embargo, que esto que digo hubiese sido muy distinto si me lo hubieran preguntado cuando yo tenía veintitantos años. En aquella época, Borges era un escritor casi secreto, que los buenos escritores de Hispanoamérica sí conocían, pero que para un público mayor era un escritor absolutamente desconocido, totalmente ignorado. Para nosotros ésa fue una experiencia interesante, curiosa, la de observar, casi ser partícipes (tal era el fervor intelectual que nos unía a él) de cómo ese escritor al que nosotros admiramos tanto ascendió de una fama tan oscura a una luminosidad tan grande en el mundo de las letras mundiales. Te da la sensación de que habías apostado a la carta justa, o te da una sensación de triunfo, el haberlo ubicado desde entonces. Borges es fundamental; es fundamental de aquella época y en esa familia, digamos borgiana. También leí a muchas personas y todavía me siento muy cerca de ellos. Mencionaré a dos nada más: a José Bianco,<sup>8</sup> ya muerto por desgracia. José Bianco es autor de cuatro o cinco libros estupendos, excepcionales, con él no sólo me identifiqué como lector, sino también como amigo, porque tuve la suerte de conocerlo y de poder tratarlo. El otro es, por supuesto, Adolfo Bioy Casares.<sup>9</sup> Alrededor de estos tres, mencionaré otros argentinos que están allí, como Silvina Ocampo,<sup>10</sup> etcétera. Todo ese grupo de *Sur* es un grupo muy cercano a mí. Después, hay otras figuras mayores, sin duda alguna. ¡Cómo olvidar la figura mayor, la figura realmente mayor de Alfonso Reyes! Yo

<sup>8</sup> José Bianco (1908-1986), escritor argentino, secretario de redacción de la revista *Sur*. Fue amigo de Jorge Luis Borges, Octavio Paz y Alejandro Rossi; autor de la novela *La pérdida del reino* (1972) y los cuentos *Las ratas* (1943) y *Sombras suele vestir* (1941), los cuales fueron un modelo para A. R. Cuando José Bianco viajó a México para participar en el homenaje a Octavio Paz, en 1984, se alojó en la casa de Rossi.

<sup>9</sup> Adolfo Bioy Casares (1914-1999), escritor argentino que frecuentó la literatura fantástica y la policiaca, *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (1985). Rossi lo admiraba, su nombre se encuentra mencionado en *Edén...*, *op. cit.*

<sup>10</sup> Silvina Ocampo (1891-1979), poeta y escritora argentina hermana de Victoria Ocampo y esposa de Adolfo Bioy Casares. En colaboración con Jorge Luis Borges y su esposo hizo la *Antología de la literatura fantástica* (1940). Es, además, autora de *La furia y otros cuentos* (1959).

tuve la suerte de leer a Reyes también bastante joven, Adolfo, porque en el colegio, allá en Buenos Aires, tenía yo un extraño profesor. Era un hombre convencional, pero con pequeñas manías con las que pretendía distinguirse: se hacía el nudo de la corbata de una forma rara, donde la parte mayor de la corbata estaba afuera; llevaba unas cosas raras en el ojal del saco, pero era un hombre amante de la literatura. Se llamaba Sordelli. Era un hombre que amaba la literatura, sin duda alguna, y él siempre nos hablaba de la prosa *plateresca* de Reyes. A mí me quedó grabado esto de *plateresca*. No sabía muy bien qué quería decir, qué significaba, qué pretendía Sordelli al decir aquello, pero me daba la impresión de una cosa bien hecha, lujosa, tensa, como un objeto muy pulido, bruñido. Cuando oí este adjetivo por vez primera no conocía nada de Alfonso Reyes, y entonces él, no sé si en clase o conversaciones posteriores, me dio notas, libros, fichas bibliográficas, me sugirió libros de Reyes que yo compré, los primeros en la notable colección de Losada. Lo primero que leí de Reyes fue *La experiencia literaria*.<sup>11</sup> ¡Qué suerte tuve! ¡Haber leído tan joven a Alfonso Reyes!

A. C. O sea, que cuando tú llegas a México ya estabas en el secreto de que existía Alfonso Reyes.

A. R. Sí, sí estaba en el secreto de Alfonso Reyes y de algunos otros escritores mexicanos.

A. C. Y ¿conociste a Reyes en persona?

A. R. Lo conocí, pero sería exagerado decir que lo conocí bien, lo vi varias veces. Resulta que yo iba a estudiar a una pequeña biblioteca, que era un garaje adaptado en El Colegio de México, estaba en la calle de Nápoles, entre Insurgentes y Reforma, y ahí iba todas las mañanas. Vivía cerca. Iba a estudiar a esa biblioteca a la que asistían muy pocas personas, uno de ellos era don Pedro Urbano de la Calle,<sup>12</sup> un español que había

<sup>11</sup> Alfonso Reyes, *La experiencia literaria* (1942). *Coordinadas* fue publicada por la editorial Losada, dirigida por Guillermo de Torre, en 1942. El dibujo de la portada es —dato curioso— de Attilio Rossi.

<sup>12</sup> Pedro Urbano González de la Calle (1879-1966), filólogo y escritor español, integrante de El Colegio de México, donde impartió un seminario de sánscrito hasta su muerte, y autor de un estudio sobre el Brocense. *El exilio y nuestra débil memoria* (1966).

heredado, si mal no recuerdo, la cátedra de griego de Unamuno<sup>13</sup> en Salamanca y era de los poquísimos españoles que sabían sánscrito y que lo enseñaron a varios discípulos mexicanos, entre ellos a Graciela de la Lama.<sup>14</sup> Don Pedro Urbano de la Calle se sentaba allí conmigo y sacaba una cantidad de papeletas y de fichas extrañas, todo parecía tan rústico; creo que tenía unas tijeras especiales para hacer fichas de cualquier papel que lo permitiera, una envoltura, un papel tirado por ahí en el que se pudiera escribir algo. Él sacaba su tijera y empezaba a recortar y hacer cuadraditos y fichas. Y ahí nos encontrábamos por lo menos tres o cuatro veces a la semana. Como es natural, esto comenzó con una inclinación de cabeza, a manera de saludo, y luego los buenos días más o menos casuales. Con el tiempo, se llegó a algún diálogo. Él era un hombre muy mayor y yo un muchacho que no cumplía los veinte años. Yo hacía mis tareas de griego y, a veces, como es natural, me encontraba con dificultades al traducir a Jenofonte, a Sócrates, y cuando tenía dificultades gramaticales y sintáxicas con el griego recuerdo que le preguntaba a don Pedro Urbano de la Calle, quien invariablemente me resolvía el problema entre barbas y un cuchicheo que no se entendía demasiado bien. Después me informé más sobre él, era un hombre de gran sabiduría que quizá necesitaba otro ambiente de erudición para florecer. Ahí conocí a Alfonso Reyes; seguramente tenía en El Colegio de México de esa época y en su antecesor, la Casa de España, alguna beca o alguna fórmula que lo ayudaba a vivir allí, y cuando estábamos en la biblioteca algunas veces veíamos a don Alfonso que entraba o salía de El Colegio de México. Ésas fueron las primeras veces que yo lo vi. Después, lo escuché una vez en una conferencia sobre asuntos helénicos en el Colegio Nacional,<sup>15</sup> y en

<sup>13</sup> Miguel de Unamuno (1864-1936), escritor y poeta español, *La tía Tula* (1921). Urbano de la Calle apoyó al escritor luego de que fue destituido como rector en 1914.

<sup>14</sup> Graciela de la Lama y Gómez egresó de El Colegio de México, fue embajadora mexicana en la India de 1980 a 1988.

<sup>15</sup> El edificio donde se encuentra alojado El Colegio Nacional formaba parte de la iglesia del convento de la Divina Enseñanza, consagrado a Santa Úrsula. Fue creado por decreto presidencial el 8 de abril de 1943 y si sus miembros originales fueron designados por el gobierno, en adelante serían designados por la misma asamblea de colegiados. Entre sus miembros originales estaban Alfonso Reyes y José Vasconcelos. A este Colegio pertenecen o pertenecieron Octavio Paz, Fernando del Paso, José Emilio Pacheco, Ramón Xirau, Gabriel Zaid, Teodoro González de León, Mario Lavista, Salvador

una presentación que hizo el IFAL de no sé qué extraño, complicadísimo e importantísimo manuscrito que había descubierto Dámaso Alonso<sup>16</sup> y que significaba algo sumamente importante para la historia de la lengua; recuerdo que era un acto de muchas polendas intelectuales, porque en la salita siempre modesta donde se veían películas había una concurrencia muy densa intelectualmente. Fui con Gaos, porque Gaos era amigo de Dámaso Alonso.

Don Alfonso hizo la presentación de Dámaso Alonso en unos cuatro o cinco minutos, no más. Consistió en una referencia y una pequeña descripción de Alonso y del documento al que se iba a referir. Pero recuerdo la impresión profunda que hizo en mí don Alfonso con sus palabras introductorias, porque las dijo tan estupendamente bien, con una elocuencia no retórica y a la vez suprema, no retórica en el mal sentido, o abombada, no en prosa campanuda, pero de perfecta retórica, sin una equivocación en el decir, con un gran dominio escénico, una elegancia perfecta en la expresión, que todavía recuerdo una frase que terminaba con “los polvos de España”, que eran una especie como de pequeños toques líricos que él tenía, expresiones no líricas, sino con propósito informativo que las hacían muy llamativas y que significan para mí un recuerdo placentero. Se lo comenté a Gaos y pensé: “¡Caray! debería yo escucharlo más”, aunque ya lo había leído bastante.

A. C. ¿Qué decía don Alfonso Reyes sobre “los polvos de España”?

A. R. Era algo sobre la polvareda de los caminos de España, algo así como los caminos españoles en términos literarios.

A. C. Tus autores preferidos o más formativos, o más decisivos, más arcanos...

---

Elizondo, Enrique Krauze, quienes también tuvieron amistad con Alejandro Rossi.

<sup>16</sup> Dámaso Alonso (1898-1990), poeta, filólogo y académico español, las *Obras completas* de Dámaso Alonso constan de diez tomos (t. I-X, 1978-1983). Los estudios sobre el poeta cordobés se encuentran en *Gongora y el gongorismo* (t. V, VI, VII). Según consta en el *Diario* de Alfonso Reyes, que hizo la presentación de su amigo el 5 de julio de 1954, Dámaso Alonso dictó una Conferencia en el Instituto Francés de América Latina (IFAL), auspiciada por El Colegio de México.

A. R. Son muchísimos. Tengo que hablar no sólo de Reyes, de Bianco, de Bioy, del grupo de *Sur* y de otras personas hispanoamericanas que han sido muy importantes para mí. Uno de ellos, aunque tuvo influencia en una época posterior y lo había leído por primera vez cuando yo iba a cumplir probablemente veinte, a los diecinueve años, fue Octavio Paz. Fernando Salmerón me lo hizo conocer y lo primero que me dio fue *El laberinto de la soledad*, que acababa de salir en la edición de Cuadernos Americanos.<sup>17</sup> Recuerdo que en unas vacaciones escolares, yo me fui a Buenos Aires y en el viaje de avión, que era larguísimo en aquella época, leí el libro. De allí en adelante me convertí en lector de Octavio, y después iniciamos, por suerte, una amistad personal muy intensa. En suma, es uno de los escritores más cercanos; pero hay otros, todavía no hemos hablado de los poetas. Por ejemplo, una de las bendiciones de la enseñanza de Sordelli, quien a pesar de su apellido se dedicaba a la literatura, fue el haberme hecho leer con algún rigor a Rubén Darío —estamos hablando de mis catorce, quince, dieciséis años—, también el padre Furlong, gran amante del modernismo hispanoamericano. Creo que esas lecturas me dejaron muy marcado, leí no sólo a Rubén Darío, sino a Lugones,<sup>18</sup> o sea el modernismo.

A. C. Martí...<sup>19</sup>

A. R. Martí menos. ¿Estamos hablando de mis lecturas de juventud o estamos hablando de mis lecturas actuales?

A. C. De las dos.

A. R. En aquella época me acompañaron muchos poetas hispanoamericanos buenos y malos, pero la parte española es fundamental, Adolfo. Para trasladarnos a aquel momento inicial de mis lecturas, alrededor de 1948,

<sup>17</sup> La edición de *El laberinto de la soledad* en Cuadernos Americanos (copyright de 1947, publicado en 1950, número 16, 195 pp., texto de solapa de Rodolfo Usigli), incluye tramos que luego serían omitidos en la edición del FCE.

<sup>18</sup> Leopoldo Lugones (1874-1938), poeta y escritor modernista argentino, *Crepúsculos del jardín* (1905).

<sup>19</sup> José Martí (1853-1895), poeta y político cubano, *Versos sencillos* (1891).

y en el cual por supuesto no había preferencias, estaban las derivadas de la Generación del 27<sup>20</sup> y, en general, del mundo de la *Revista de Occidente*.<sup>21</sup> Éste fue mi inicio en la literatura española, pero con el agregado de que, por razones escolares, también me hacían leer algunos clásicos como Calderón de la Barca,<sup>22</sup> algo de Lope de Vega,<sup>23</sup> algo del *Quijote* de Cervantes.<sup>24</sup>

A. C. ¿Quevedo?<sup>25</sup>

A. R. No, porque estamos hablando de un colegio confesional. Quevedo era manejado con pinzas. Pero posterior a esas lecturas, en Estados Unidos, tuve la suerte de conocer a una serie de filólogos alumnos de Amado Alonso, el gran filólogo español del Instituto de Buenos Aires. Uno de esos alumnos, Raymundo Lida, a quien traté en México, es fundamental. Había otro, un especialista de Lope, alrededor de ello yo leía mucho. De la literatura española, la Generación del 98, de la cual destacaría a Antonio Machado,<sup>26</sup> a su hermano Manuel,<sup>27</sup> que con el tiempo he aprendido a querer y del cual, por cierto, tengo un par de primeras ediciones here-

<sup>20</sup> Generación del 27, así llamada por la antología en honor de Luis de Góngora reunida por Gerardo Diego en ese año conmemorativo del centenario del poeta. Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Pedro Salinas, Jorge Guillén figuraban entre sus participantes.

<sup>21</sup> La *Revista de Occidente* fue fundada en 1923 por José Ortega y Gasset. Entre sus colaboradores, además de su director, figuraban autores como Corpus Barga, Fernando Vela, José Antonio Maravall, Benjamín Jarnés, María Zambrano, Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes, Germán Bleiberg, Gustavo Pittaluga, Xavier Zubiri, José Antonio Muñoz Rojas. Ahí se tradujeron numerosos textos filosóficos del inglés (Bertrand Russell, Lewis Manfred) y del alemán (Martin Heidegger, Max Schiller, Franz Kafka), entre otros.

<sup>22</sup> Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), dramaturgo español, *La vida es sueño* (1636).

<sup>23</sup> Lope de Vega y Carpio (1562-1635), dramaturgo español, *La moza del cántaro* (1627).

<sup>24</sup> Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), escritor español, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605).

<sup>25</sup> Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), poeta y escritor español, *La vida del Buscón llamado don Pablos* (1626).

<sup>26</sup> Antonio Machado (1875-1939), poeta y escritor español, *Soledades* (1903) y *Juan de Mairena* (1937). Rossi le dedica a este personaje el ensayo "Un profesor apócrifo", incluido en el *Manual del distraído*.

<sup>27</sup> Manuel Machado (1874-1947), poeta español, *Las adelfas* (1928).

dadas de mi madre; Pío Baroja,<sup>28</sup> quien fue una devoción en mi vida y que ahora casi no leo, pero que leí muchísimo; Valle Inclán,<sup>29</sup> a quien aprecié en años posteriores, años después.

A. C. Yo te hubiese asociado leyendo a Azorín.<sup>30</sup>

A. R. ¡Claro, a Azorín!, es un olvido lamentable, a Azorín lo leí muchísimo, muchísimo.

A. C. Además lo mencionas en alguna página del *Manual*.

A. R. Sí, lo leí muchísimo. Fue un autor inmensamente cercano y podría hablar de él, Adolfo, de cuando lo vi en Madrid en 1951, en un viaje muy rápido que hice. Y, después, están los españoles de la generación posterior: Ramón Gómez de la Serna, autor fundamental, y los poetas del 27, entre ellos Rafael Alberti.<sup>31</sup> Esa época y la vida me han premiado porque yo tenía muchos amigos en Buenos Aires, familiares míos que eran amigos de Alberti, pero yo por timidez nunca quise conocerlo. Tenía amigos de mi edad que lo conocían, pero yo quizá por vanidad, orgullo y timidez, las tres cosas mezcladas, no conocí a Alberti, no hablé con él. Ahora, tuve el placer —yo, que he sido un fuerte admirador de él continuo, permanente—, tuve la suerte de verlo cuando vino a México ya hace unos años, y tuvimos una cena privada con Octavio y Alberti. La cena la organizó Octavio, y estuvimos él, Alberti, la mujer de Alberti, y nuestras respectivas esposas; para mí fue un cumplimiento muy bello de una vieja admiración por dos grandes poetas que estuvieron de verdad conmigo.

<sup>28</sup> Pío Baroja (1872-1956), escritor español perteneciente a la llamada Generación del 98, *El cantar vagabundo* (1950).

<sup>29</sup> Ramón de Valle-Inclán (1869-1935), novelista y dramaturgo español, *Tirano Banderas* (1926). *La fábula de las regiones* debe algo en la construcción de su peculiar idioma a la novela *Tirano Banderas*.

<sup>30</sup> José Martínez Ruiz, Azorín (1873-1967), escritor y crítico español, autor, entre otras obras, de *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1909).

<sup>31</sup> Rafael Alberti (1902-1999), poeta y escritor español, *Marinero en tierra* (1924). Alberti vino a México en 1934 y luego en 1990. Rossi se refiere a esta visita.

A. C. Claro, un momento muy bonito. Yo quisiera preguntar por los escritores hispanoamericanos que has leído mejor en los últimos diez a quince años, o que te son más cercanos por alguna razón.

A. R. Bueno, mira, yo he sido fiel a mis viejas lecturas. He seguido leyendo a Reyes, he seguido leyendo a Paz, a Borges, a Onetti,<sup>32</sup> que no lo he mencionado pero que ha sido un escritor que he admirado bastante. He continuado leyendo a los poetas fundamentales nuestros, todos los días; a Neruda<sup>33</sup> con permanencia, con continuidad. También a gente joven, he leído entre ellos a Adolfo Castañón, con alguna persistencia, y de tu generación he leído a mucha gente como, por ejemplo, a Juan Villoro,<sup>34</sup> a Fabio Morábito.<sup>35</sup>

A. C. Quizá a José Balza<sup>36</sup> de Venezuela; a Héctor Libertella<sup>37</sup> de Argentina.

A. R. A Asiain<sup>38</sup> en México y a todos los compañeros míos aquí, los más cercanos como Salvador Elizondo, sobre todo a Juan García Ponce, a todos ellos los he continuado leyendo.

A. C. A Álvaro Mutis.<sup>39</sup>

<sup>32</sup> Juan Carlos Onetti (1909-1994), escritor uruguayo, *La vida breve* (1950).

<sup>33</sup> Pablo Neruda (1904-1973), poeta chileno, Premio Nobel de Literatura 1971, *Canto general* (1950).

<sup>34</sup> Juan Villoro (1956), escritor mexicano, *Llamadas de Ámsterdam* (2007).

<sup>35</sup> Fabio Morábito (1955), escritor y traductor mexicano de origen italiano, *Cuando las panteras no eran negras* (1997). Fabio Morábito expresa a Alejandro Rossi su agradecimiento por sus observaciones en la traducción de la *Poesía* de Eugenio Montale (2003).

<sup>36</sup> José Balza (1939), escritor y cuentista venezolano, *Después Caracas* (1995).

<sup>37</sup> Héctor Libertella (1945-2006), escritor argentino que residió en México unos años en compañía de su esposa Tamara Kamenszain, *El camino de los hiperbóreos* (1968).

<sup>38</sup> Aurelio Asiain (1960), poeta mexicano, secretario de redacción de la revista *Vuelta*, autor de *Botchan de Narzume Sôseki* (2008).

<sup>39</sup> Álvaro Mutis (1923), poeta y escritor colombiano, *Empresas y tribulaciones de Maqroll en gaviro* (1995). Mutis llegó a México en 1956. Nacido en Bruselas y luego educado en Colombia, comparte con un puñado de autores

A. R. Álvaro Mutis es uno de mis grandes amigos, y he sido su fervoroso lector y me propongo seguir siéndolo.

A. C. Yo también soy un lector fervoroso de Álvaro y lo seguiré siendo por algún tiempo. Estamos recreándonos un poco al recordar a la familia literaria hispanoamericana e hispánica. Alejandro, uno de los motivos de alegría para nosotros tus amigos ha sido que en este año ingresaste al Colegio Nacional, que es un hecho muy importante en la vida intelectual de México. Sí, quisiera hacerte una pregunta a propósito de los maestros que mencionas en el discurso, Heidegger y Ryle...,<sup>40</sup> pero antes me gustaría preguntarte algo sobre el Colegio Nacional. ¿Cómo lo ves?, ¿qué significa para ti el estar en esta institución, digamos, benemérita?

A. R. Has dicho bien, Adolfo. Es una institución benemérita, y así lo veo yo. Para mí, por supuesto —y es la única respuesta que tengo de lo que significa estar allí—, significa un gran honor, una gran distinción que, a la vez, me estimula y me inhibe un poco precisamente por la importancia de la institución. Estoy rodeado de magníficas personas de variadas disciplinas, lo cual lo hace sumamente atractivo. Estamos en una gran institución constituida idealmente. Fue un buen invento el Colegio Nacional, hecho a principios de los cuarenta y, además, ahora es un edificio restaurado en forma extraordinaria por el arquitecto Teodoro González de León,<sup>41</sup> por cierto miembro del Colegio; no sé si has tenido ocasión de visitar el nuevo edificio restaurado, si lo has hecho coincidirás conmigo en que es una maravilla como quedó.

Yo estoy no sólo honrado y dispuesto a convivir en el Colegio Nacional, porque es un estímulo psicológico el estar con personas interesantes y creativas, y, al mismo tiempo, intelectual, porque el Colegio me obliga a llevar a cabo una serie de actividades que, debo confesarte, las tenía ya guardadas, pasadas, y ahora estoy pensando en todas estas actividades de

---

y maestros —como Rossi, Salvador Elizondo, Tomás y Rafael Segovia, Arturo Souto, José de la Colina— la experiencia de una infancia viajera y cosmopolita.

<sup>40</sup> Gilbert Ryle (1900-1976), filósofo inglés, *The Concept of Mind [El concepto de la mente]* (1949).

<sup>41</sup> Teodoro González de León (1926), arquitecto mexicano, autor de edificios como el de El Colegio de México y de la casa matriz del FCE y libros como *La idea y la obra* (1994), en el que se reproduce un texto de Rossi. Uno de los temas de conversación entre ambos fue la ciudad en la historia.

tipo pedagógico, como son conferencias, charlas, reuniones, las formas más canónicas en el Colegio, como lo sabrás. Tendré que volver a eso. Me había jurado que no iba a dar conferencias ni cosas por el estilo en mi vida, pero, por otra parte, no olvides que tengo más de treinta años de estar hablando en clase como profesor.

A. C. Muchos amigos míos fueron tus alumnos, te deben una cierta formación, una cierta idea de rigor en el enfrentamiento de los textos.

A. R. Entonces, digamos que esta actividad no es ajena a mí, y será cosa de tomarle otra vez el gusto a esto, y lo pienso hacer porque estoy realmente muy entusiasmado con esta aventura del Colegio Nacional.

A. C. Para seguir con el círculo pedagógico, la lección inaugural en el discurso de ingreso al Colegio Nacional, titulado “Cartas credenciales” y que publicó la revista *Vuelta*...

A. R. También hay una edición del Colegio Nacional en la que aparece, además, la introducción de Salvador Elizondo y la respuesta de Ramón Xirau.

A. C. Sí, la edición que hizo *Vuelta*. La tengo aquí; el título: “Cartas credenciales”, me parece, por cierto, un título afortunado dado el género, es decir, tú aquí vas poniendo sobre la mesa todas tus cartas, en un ejercicio como de presentación muy noble. En ese ejercicio de presentación, aludes a tres personas, tres maestros definitivos en tu formación. De uno ya hemos hablado, José Gaos; otro es Martin Heidegger, y otro es Gilbert Ryle. Te quisiera hacer dos preguntas sobre ellos, la primera es: ¿hay algún dato en común que los vincule en tu imaginación, en tu sensibilidad?, y ¿nos podrías dar una imagen emblemática de cada uno de ellos?

A. R. ¡Caramba, Adolfo! Tú quisieras que uno te diera en veinte palabras lo que es materia de un libro, es mucha exigencia la tuya, pero, en fin, trataremos de contestarte. El rasgo fundamental de los tres es que eran personas inmensamente apasionadas por la filosofía, personas que realmente dedicaron su vida a la filosofía, día y noche; filósofos de cuerpo entero y de alma profunda. Más allá de la calidad de sus obras, yo creo que está la altísima calidad de los tres, aunque ésta es materia dis-

cutible en otro sentido. Pero quizá lo que me impresionó de los tres es esa inmensa intensidad para dedicarse a desarrollar, enfrentar una idea difícil y grande por su profundidad. Se necesita una gran energía, una enorme dedicación, una vitalidad intelectual intensísima porque una idea complicada, compleja teóricamente, es muy difícil desarrollarla, implica un esfuerzo enorme y muchísimo tiempo. Se necesita, insisto, una capacidad de entrega y de fuerza vital tremendas para desarrollar una idea ardua, y creo que los tres, Gaos, Heidegger y Ryle, poseían estas características.

A. C. Alejandro, ¿podrías evocar para nosotros una imagen emblemática, una instantánea, un gesto, una anécdota de cada uno?

A. R. Supongo que sí, pero yo no sé hasta qué punto sea emblemática, o simbólica, o refleje personalidades tan complejas y ricas. Por ejemplo de Gaos, del que tengo tantos y tantos recuerdos... Es una tarde, allá en Ciudad Universitaria. Esto debe haber sido en el año 55, si mal no recuerdo, el día que murió Ortega y Gasset. Él estaba dando una clase, yo no lo había visto y ni siquiera sabía que había muerto Ortega, y fui a buscarlo a la salida de la clase. Me le acerqué, inicié la frase: “me acabo de enterar de la muerte de don José...”, pero él me atajó y me dijo que ya lo sabía. Empezamos a caminar juntos por aquel corredor. No recuerdo el mes, pero fue octubre o principios de noviembre.<sup>42</sup> Y recuerdo su cara de nada, no sabría cómo describirlo, no es sólo la cara de tristeza, sino de perplejidad, de asombro, de terror, de estupor de Gaos, y no hablamos nada. Lo que recuerdo es esa caminata por el corredor en silencio.

De Ryle, me viene a la cabeza una de las primeras veces que lo vi en Oxford. Él era una persona extraordinariamente educada y a la vez aguda verbalmente. Me invitó, porque una de las gracias de Ryle era que encarnaba con gran entusiasmo al hombre de la universidad, al hombre del *college*, no era aquel que se hacía como el desprendido de los hábitos, costumbres y modos de ser de la vida de un *college* de Oxford. Le gustaban realmente los hábitos, costumbres, edificios, prados, maneras, modos, dengues, extravagancias, todo lo que constituía la vida diaria. Y estaba muy orgulloso de Oxford y de Magdalen muy en especial, porque era el colegio donde él estaba. Él me quiso iniciar en la vida del *college*

<sup>42</sup> José Ortega y Gasset falleció el 18 de octubre de 1955.

y enseñarme lo que siempre se hace cuando se va a Magdalen: un parque que hay atrás, con venados, es un parque precioso y los venados allí. Fuimos a ese lugar con Ryle y me enseñó los venados, él con su pipa y su estupenda pinta de hombre muy elegante; no me dijo nada en particular, sino simplemente existía esa gran armonía entre la persona y la circunstancia.

En cuanto a Heidegger, me vienen dos imágenes, pero quizá sólo hable de una. Fue en un seminario, más o menos privado, que él daba en la universidad en el invierno del 56. A este seminario asistían muchos profesores alemanes que venían de otros sitios, de otras universidades alemanas; había pocos alumnos en el sentido tradicional del término, ni siquiera sé si era un seminario considerado dentro del *curriculum*. Heidegger siempre tuvo una relación muy curiosa con Japón.<sup>43</sup> Recuerdo que otras personas me contaron que él en una época, quizá por necesidades económicas, antes o poco antes de la publicación de *El ser y el tiempo*, daba clases de griego a japoneses —la primera o segunda traducción de *El ser y el tiempo* en idioma extranjero es al japonés, que debe ser una tarea muy compleja. Bueno, pues esa noche del seminario del 56, era una noche muy fría, como en los buenos cuentos, y nosotros estábamos sentados en una mesa y veíamos a través de la ventana caer la copiosa lluvia y de pronto, no recuerdo si fue al principio o al final del seminario, Heidegger se levantó, se puso de pie e inició una despedida a un alumno-profesor japonés, quien había estado con él durante años; se regresaba a Japón, y Heidegger le decía adiós públicamente. Había un silencio formidable y teníamos, además, esa escenografía de nieve e invierno. Heidegger se dirige al japonés, le expresa una serie de buenos deseos y parabienes, a manera de despedida, y también le dice lo que él hubiera querido que este amigo japonés hubiese aprendido durante su estancia alemana: la pasión del pensar. Esta frase de Heidegger me impresionó probablemente más que al japonés, esa frase de Heidegger en aquel seminario perdido en aquel frío e invernal edificio de la universidad. El japonés, con esa educación

<sup>43</sup> Sobre este punto, véase Martin Heidegger, “Inquierer” y “A dialogue on language between a Japanese and an Inquierer”, en *On the way to language* (1971). Algunos miembros de la llamada Escuela de Kyoto como Hajime Tanabe y Kuki Shuzon lo han estudiado. Algunos otros como Paul Hsno (*Heidegger and Asian thought*) piensan que Martin Heidegger es uno de los pocos occidentales que han sabido captar el “espíritu” del Tao. Otros piensan que el concepto *Dasein* tiene un antecedente en el *Libro del té* de Okakura Kuzuko.

de cortesía y de respeto a la jerarquía que tienen, se había quedado absolutamente electrocutado con aquella frase de Heidegger.

A. C. Alejandro, en este repaso de tu biografía universitaria me gustaría que nos detuviéramos un momento en Radio Universidad, ya que en alguna época colaboraste haciendo programas para esta radio, ante la cual nos encontramos hoy.

A. R. Fíjate que al hacer un poco la descripción de mi vida universitaria no te mencioné mi tránsito por Radio Universidad, y que son unos años que recuerdo con mucho gusto y de gran estímulo. Tuve dos programas en Radio Universidad: uno, en el cual yo corregía los textos y los leía un locutor; otro, en el que yo escribía los textos y yo mismo los leía. Esto comenzó, si mal no recuerdo, en el 69.

A. C. Y ¿cuánto duró?

A. R. Duró bastante, a pesar de que yo lo interrumpí durante un año y medio por un viaje a Italia. Permanecí ahí más o menos del 69 hasta el 74. Pero creo que estas tareas, digamos, están circunscritas a algún tiempo.

A. C. Y ¿el contenido de los programas?, Alejandro.

A. R. Era un contenido más bien informativo de las cosas que pasaban. Hace unos años un director de Radio Universidad muy amablemente me hizo llegar una transcripción que yo tenía en la memoria y que me gustó oírlo de nuevo, era precisamente sobre la muerte de Bertrand Russell, 70 o 71, no me acuerdo bien. Yo escribí este texto y lo leí; eran textos muy breves, de tres, cuatro cuartillas. Éste es un caso del contenido de los programas, un ejemplo. Y sí, me dio gusto, creo que lo voy a publicar.

A. C. Y de temas mexicanos o hispanoamericanos ¿te ocupabas?

A. R. Sí, en alguna ocasión me ocupé de ello. Para mí fue muy refrescante Radio Universidad porque yo venía de actividades absolutamente académicas, digámoslo así, que aquello fue como un respiro escritural, de pluma más suelta, más libre, de una temática mucho más abierta; fue muy interesante. Debo decir que esos programas los heredé de Víctor

Flores Olea.<sup>44</sup> Él tenía muchos años trabajando en Radio Universidad, pero se fue de sabático en el 69, si no mal recuerdo, y me dejó encargados esos programas. Cuando volvió, me dijo que siguiera con los programas porque a él, entonces, lo nombraron director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. En suma, te puedo decir que fue un momento muy bonito mi estancia en Radio Universidad, cuando Max Aub<sup>45</sup> estaba encargado de ella.

A. C. Cuando dices que venías de tareas académicas muchísimo más explícitas o rigurosas, entiendo que te refieres a tu labor como investigador en el Instituto de Investigaciones Filosóficas. Recuerdo que hace unos días has sido designado como investigador emérito de la Universidad Nacional, ¿podrías decirnos algo al respecto?

A. R. En efecto, el Instituto ha sido el lugar permanente de mi vida universitaria, la vida en el Instituto ha sido realmente mi columna vertebral paralela. También estuvo la vida docente en la Facultad de Filosofía y Letras. La vida docente en la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto, como bien sabes, están muy relacionadas, son muy cercanas, y a partir de esa columna vertebral hubo, en diversos periodos de mi vida universitaria, diversas tareas de otro orden. Por ejemplo, cuando fui director de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico o de la Dirección General de Publicaciones de la Universidad, pero fueron cosas transitorias, llamémosle así, porque mi eje ha sido siempre el Instituto. Y ahí sigo, ahora bajo la calidad de investigador emérito con la aprobación del Consejo Universitario. Yo me siento realmente contento con ese nombramiento porque es algo así como un buen final en mi vida en el Instituto, es un honor muy fuerte.

A. C. Alejandro, y volviendo a aquellos años, los setenta, recuerdo que en octubre de 1976, hace veinte años, con motivo del golpe a *Excelsior* la revista *Plural* cambió violentamente de administración. Octavio Paz dejó

<sup>44</sup> Víctor Flores Olea (1932), fotógrafo, escritor y político mexicano, formó parte de la generación de Medio Siglo. Director fundador del CNCA, *Tres historias de México* (1998).

<sup>45</sup> Max Aub (1903-1972), escritor y pintor español refugiado en México, fue director de Radio Universidad (1960-1966), es autor de *La calle de Valverde* (1961) y *Antología traducida* (1963).

de ser el director del Consejo de Redacción; tuvo que dejar la revista. Yo te conocí allí, en la revista *Plural*. Sé que para ti ha sido muy importante, pero me gustaría que nos hablaras un poco del sentido de la revista de aquellos años, del sentido de la revista en el panorama de México y del sentido de *Vuelta* hoy.

A. R. Es un tema muy largo, Adolfo, tendremos que hacerlo de manera breve. Pero tienes razón en tocarlo porque realmente la relación mía con *Plural*, y luego con *Vuelta*, ha sido sumamente estrecha. Y no sólo estrecha en la colaboración con estas dos revistas, sino que ellas han definido, de alguna manera también, mi vida literaria personal. En efecto, yo empecé a colaborar en *Plural*, si no recuerdo mal, debe haber sido 1973.<sup>46</sup> Ya tenía como dos años de estar saliendo, y allí prácticamente escribí todo lo que es el *Manual del distraído*; todavía hubo algunas colaboraciones que se fueron a *Vuelta*, pero allí, en *Plural*, fue donde yo hice todo esto del *Manual del distraído*. *Plural* fue una revista absolutamente definitiva para mí porque marcó, señaló, definió y alentó una vocación literaria que estaba allí, pero que quizá no había tenido oportunidad de desplegarse. *Plural* fue muy generosa conmigo, es la revista que me dio la oportunidad en esos años, y yo le tengo un afecto muy profundo a las personas que estaban allí, Octavio Paz a la cabeza. Allí te conocí a ti, también tú estabas afilando tus primeras armas como crítico literario y ayudaste en muchos otros aspectos también. Bueno, después vino lo que vino en el 76, creo que fue en julio del 76 cuando salió el último número de *Plural* por aquel lamentable incidente en el periódico *Excelsior* cuando Scherer fue expulsado y nosotros, por solidaridad con Scherer, también nos fuimos y dejamos la revista, que siguió en forma, como bien sabes, lamentable.

A. C. Alejandro, en noviembre de 1994, el presidente Salinas de Gortari,<sup>47</sup> en una ceremonia especial, te concedió la nacionalidad mexicana, ¿nos podrías hablar un poco del sentido que tuvo para ti este acto?

<sup>46</sup> La primera publicación de Rossi en la revista *Plural* fue "Manual del distraído" en el número 25 de octubre de 1973.

<sup>47</sup> Después de más de cuarenta años de vivir en México como ciudadano venezolano, Alejandro Rossi Guerrero obtiene la ciudadanía mexicana de manos de Carlos Salinas de Gortari (1948), quien fue titular del poder ejecutivo de 1988 a 1994.

A. R. ¡Cómo no, Adolfo! Sí, en efecto, así fue. Recuerdo bien la fecha: el 16 de noviembre de 1994. El presidente Salinas, en efecto, se portó sumamente amable conmigo y él mismo me entregó la carta de nacionalización y organizó un acto que para mí fue intensamente conmovedor porque estaba rodeado de mis amigos más cercanos, los que me han acompañado durante tantos años en México. Fue un acto oficial y protocolario, como suelen ser estos actos, pero a la vez estuvo cruzado de emoción amistosa y logró una intimidad difícil en este tipo de ocasiones. Le agradezco al presidente Salinas que haya propiciado una reunión así.

A. C. Alejandro, aunque llevas muchos años de vivir en México, ¿cómo te sentiste después de esa ceremonia en tu nueva condición de ciudadano mexicano?

A. R. Es una pregunta que no tiene una respuesta sencilla. Yo llegué a México por primera vez en 1951, nunca me sentí un extranjero. Aunque también sería falso decir que no me sentía en una peculiar situación, porque al fin y al cabo había nacido en otro sitio y había pasado mi primera juventud en otro lugar; sin embargo, nunca actué como extranjero en México. Si la ley mexicana hubiera sido rigurosa, me deberían haber aplicado el famoso artículo 33 muchas veces, el que le prohíbe a los extranjeros intervenir en cuestiones de la vida nacional. Debido a mi situación en la Universidad, varias veces me uní a esto o a aquello en algunos momentos de mi vida en México, no en formas muy espectaculares, por supuesto. Lo que quiero decir es que siempre actué como si estuviera en casa propia, y los mexicanos me lo permitieron. Por otro lado, yo veía a México desde el punto de vista del arte, de un gran país que forma parte de Hispanoamérica. Esto no es retórica, esto es verdad en mi caso. Siempre he tenido la sensación de que sí existen las distintas nacionalidades en Hispanoamérica, pero también es cierto que son artificiales y que realmente la gran patria es la hispanoamericana. Eso de tener pasaporte de aquí o de allá es lo de menos, lo esencial es que somos hispanoamericanos.

A. C. Entonces, ¿podrías hablarnos un poco sobre tus amigos hispanoamericanos de México?

A. R. Mis amigos hispanoamericanos en México han sido muchos, Adolfo, han sido muy cercanos. Por lo pronto, no quisiera hacer una lista,

siempre se te queda uno por fuera, la memoria te juega muchos trucos. Pero yo diría que los primeros amigos no estrictamente mexicanos fueron los hijos o los nietos de los refugiados españoles, quienes me acompañaron en gran medida en la Facultad de Filosofía y Letras de Mascarones; tuve muchos amigos entre ellos. Quisiera mencionar quizá a dos o tres que han sido sumamente cercanos y que me vienen a la memoria: Tomás<sup>48</sup> y Rafael Segovia,<sup>49</sup> sobre todo Rafael, y Ramón Xirau, pero podría agregar a muchos más. Luis Rius<sup>50</sup> también fue una persona muy cercana, sobre todo en sus últimos años. Te podría mencionar a mis profesores que fueron parte de la inmigración española, tan cercanos como José Gaos, y muchos más, como Álvaro Mutis, el primero de todos en este momento.

A. C. Quien además es, en cierto modo, tan antiguo en México como tú.

A. R. Yo le gano por unos cuantos años, pero somos casi contemporáneos en nuestra visita a México. Álvaro es uno de mis grandes amigos, soy un gran admirador de su literatura, tanto de su prosa como de su poesía, y ha sido un gran consuelo para mí en México.

A. C. Volviendo al tema mexicano, me gustaría preguntarte: ¿cómo te sientes en este concierto que es la literatura mexicana?

A. R. Me siento cómodo. En la literatura mexicana tengo yo a mis mejores amigos. Desde que llegué a México he tenido amistad con un grupo muy grande de escritores mexicanos, más o menos contemporáneos míos y otros mayores que yo, por eso me siento muy cómodo, muy familiar. Ahora, ¿cómo me ven ellos a mí?, pues es una labor que no me corresponde decir a mí.

<sup>48</sup> Tomás Segovia (1927), poeta y ensayista hispano-mexicano, *Poesía (1943-1997)*.

<sup>49</sup> Rafael Segovia (1928), politólogo mexicano de origen español, discípulo de Raymond Aron y director del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México (1972), *Tres salvaciones españolas* (1960), *La educación del niño mexicano* (1969) y *Lapidaria política* (1996).

<sup>50</sup> Luis Rius (1930-1984), escritor español, *Canciones de Pilar Rioja* (1969).

A. C. Creo que hay una recepción de la obra de Alejandro Rossi, que encaja en cierto modo con ciertas tradiciones de la literatura mexicana. No es que te hayan influenciado desde fuera, pero sí hay un parentesco, una familiaridad, una afinidad entre la literatura de Alejandro Rossi, la de Alfonso Reyes, la del mismo Juan José Arreola,<sup>51</sup> algunos aspectos de la obra de Octavio Paz... En fin, creo que hay una naturalidad en la situación de la obra de Rossi; de ahí que críticos como yo nos hayamos atrevido a verte como escritor mexicano antes que te dieran la nacionalidad mexicana, porque creo que tu obra encaja muy clara, muy espontáneamente en la nuestra, en nuestro rompecabezas. Creo que esta recepción dentro de la literatura mexicana es diversa; también hay otras voces distintas a la mía.

A. R. Por supuesto, Adolfo. En general, yo diría que la crítica mexicana ha sido muy bondadosa conmigo.<sup>52</sup> Además de bondadosa ha sido muy perceptiva e inteligente; y no es porque tú me estés haciendo esta entrevista, pero creo que eres el crítico mexicano que más ha escrito sobre mi obra, y yo, sin duda alguna, lo agradezco mucho. También es verdad que existen voces de toda índole, hay personas que les gusta lo que hago y otras a las que les gusta menos. Lo que pido de un crítico es que razone tanto su gusto como su rechazo a un autor, esto forma parte de una educación general y también, en caso dado, de ayuda al autor mismo. En términos generales, sí ha habido una buena recepción, aunque a veces me sorprende mucho algún detalle, alguna cosa que pasa; por ejemplo: ahora salió un libro importante sobre la literatura mexicana en el siglo XX, un libro grande, y los críticos quizá con el pretexto de que yo he sido extranjero hasta hace poco, no mencionan nada sobre este escritor.

A. C. Alejandro, volviendo a la verdadera patria de un escritor, a la dimensión hispanoamericana, ¿es la lengua fundamental? Tú, por otra parte, has transcrito obras en las diversas capitales de Hispanoamérica hasta ahora como venezolano, con un pasaporte de Venezuela. Me gustaría que hicieras un pequeño apartado en esta conversación para hablarnos sobre

<sup>51</sup> Juan José Arreola (1918-2001), escritor y maestro mexicano, *Confabulario* (1952). Alejandro Rossi recordaba, además de su prosa, su maestría en el juego de ping-pong.

<sup>52</sup> Véase al final la hemerografía de Alejandro Rossi.

la literatura venezolana, sus autores. Me gustaría preguntarte sobre las figuras más evidentes: Rómulo Gallegos,<sup>53</sup> Mariano Picón-Salas,<sup>54</sup> Andrés Bello,<sup>55</sup> Uslar Pietri,<sup>56</sup> Juan Nuño,<sup>57</sup> José Balza, Teresa de la Parra,<sup>58</sup> Eugenio Montejo,<sup>59</sup> Guillermo Sucre.<sup>60</sup> No podemos hacer un panorama de la literatura venezolana, pero sí me gustaría que nos dijeras algo de estos autores.

A. R. Ya has mencionado la lista de los autores más importantes de la literatura venezolana. Desde luego, no soy un especialista de la historia literaria, y menos de la de Venezuela, simplemente he sido un lector atento de lo que se hace o de lo que se ha hecho en el pasado en este país. Soy un lector que no se rige por afanes totalitarios o “científicos” de lectura, sino que me he dejado llevar por el gusto y entusiasmo por la literatura venezolana. Pero a quien más admiro, y creo que es una opinión bastante obvia, es a don Andrés Bello. Él escribió, quizá, el libro teórico más importante del siglo XIX hispanoamericano. Me refiero, por supuesto, a la *Gramática*,<sup>61</sup> esa mezcla de gramática en el sentido antiguo y, como las grandes gramáticas, el lenguaje filosófico también. Es una obra de

<sup>53</sup> Rómulo Gallegos (1884-1969), novelista y político venezolano que estuvo refugiado en México, *Doña Bárbara* (1929).

<sup>54</sup> Mariano Picón-Salas (1901-1965), ensayista venezolano, *De la conquista a la independencia* (1944).

<sup>55</sup> Andrés Bello (1781-1865), poeta, escritor, gramático, filósofo y maestro venezolano, *El incendio de la Compañía. Canto elegiaco* (1842).

<sup>56</sup> Arturo Uslar Pietri (1906-2001), escritor y político venezolano, *La visita en el tiempo* (1990). Algunos cuentos de este autor participan en la construcción del idioma narrativo de *La fábula de las regiones* (1972).

<sup>57</sup> Juan Nuño (1927-1995), filósofo español residente en Venezuela, *La filosofía en Borges* (1986). Lo unió una gran amistad a Alejandro Rossi. A él le dedica el texto “Juan Nuño”, incluido en *Cartas credenciales, Obras reunidas, op. cit.*, pp. 512-518.

<sup>58</sup> Teresa de la Parra (1889-1936), escritora venezolana, *Memorias de Mamá Blanca* (1924).

<sup>59</sup> Eugenio Montejo (1938-2008), poeta y escritor venezolano, *El cuaderno de Blas Coll* (1981), *La geometría de las horas. Lección antológica* (2010). Premio de Poesía y Ensayo Octavio Paz (2006).

<sup>60</sup> Guillermo Sucre (1933), poeta, escritor y crítico venezolano, *La máscara, la transparencia* (1975), *La vastedad* (1990).

<sup>61</sup> El nombre completo es *Gramática de la lengua castellana para uso de los americanos* y fue publicada en 1847.

mucho alcance teórico. Hay otro libro, también de Bello, que se ha olvidado un poco, se llama *Filosofía del entendimiento*.<sup>62</sup>

A. C. Publicado por el Fondo de Cultura Económica.

A. R. Y con un prólogo de José Gaos. Ése es un libro mucho más interesante de lo que se cree. Creo, pues, que con Andrés Bello estamos ante una figura de verdad de gran tamaño, de gran fuerza, ejemplar; y si uno le agrega la vida tan errante y tan difícil que llevó don Andrés, es un milagro que haya podido hacer lo que hizo.

En el siglo XX, guste o no, está la figura fuerte e importante de Rómulo Gallegos. A la gente le gustará más, le gustará menos, habrá momentos en que esté de moda, habrá momentos en que nadie lo lea, pero Rómulo Gallegos es un personaje fundamental en la literatura venezolana e hispanoamericana. Yo tuve el gusto de conocerlo hace muchísimos años. Él era muy amigo de mi abuelo, y lo recuerdo con bastante precisión. Incluso, algún día, me gustaría escribir sobre don Rómulo, sobre su figura física. Un sobrino mío fue subministro de Hacienda en el primer y único gobierno de don Rómulo, que duró muy poco debido a un golpe de Estado. Bueno, ahí está don Rómulo, con esa personalidad controvertida, pero que, digamos, es un gran iniciador, un gran ordenador de la geografía, de la psicología venezolana. Es él quien nos propone una tipología zoológica de Venezuela, el que nos da un mapa de este país caótico, y todo esto es, sin duda, un enorme mérito para un escritor.

A. C. Sí, también le da un tono a la literatura hispanoamericana.

A. R. ¡Claro! Más allá de que nos guste tal o cual frase, o si la novela la concebimos de esta o aquella manera, él tiene una vocación y una importancia adánica muy seria en la literatura venezolana. Después, hay muchos escritores de Venezuela que me agradan. Mariano Picón-Salas, por ejemplo, me entusiasmó bastante. Un escritor ligado en parte a México también, muy publicado aquí.<sup>63</sup> Mariano fue un escritor de una excelente

<sup>62</sup> Andrés Bello, *Filosofía del entendimiento* (1872), existe una edición del FCE, México, 1948, 477 pp.

<sup>63</sup> Mariano Picón-Salas publicó en México y principalmente en el FCE, entre otras, las siguientes obras: *Regreso de tres mundos. Un hombre en su generación*, Tezontle, 1959, Biblioteca Juvenil, 1985; *De la conquista a la independencia*:

prosa, muy distinta a la de don Rómulo, un hombre —para usar la palabra— de la familia de Alfonso Reyes, muy estimado por él y gran ensayista histórico literario.

A. C. Con un estilo propio.

A. R. ¡Ah, sí!, sin duda. Con una muy buena educación, una rara mezcla de excelente erudición y no mejor pluma, sin que la pluma se comiera a la erudición y viceversa. Una mezcla difícil, complicada y escasa; eso es, sin duda, Picón-Salas. Luego, están ciertos clásicos, digamos, de la literatura del siglo XX, como Teresa de la Parra, aunque estoy seguro que se me olvida alguien. Me doy cuenta de que Venezuela es más tierra de prosistas que de grandes poetas, los hay ahora en las generaciones más recientes.

A. C. Sí, como Eugenio Montejo, por ejemplo.

A. R. Por supuesto. Pero, volviendo a aquella edad, está Ramos Sucre,<sup>64</sup> ahora redescubierto, reeditado en España con éxito, en fin, un escritor muy especial. Y, luego, hay también una figura que, como ha vivido y escrito tanto, la gente ya no sabe distinguir muy bien las partes muy buenas, buenas o regulares de este escritor. Me refiero a Uslar Pietri. Aquí reivindicaría algunos de sus soberbios cuentos.

A. C. *Misa de gallo*, sus cuentos de la primera época, digamos.

A. R. ¡Buenísimos! Hay algunos cuentos cortos verdaderamente maestros. Y, entre la gente más joven, mencionaría a uno, que falleció el año pasado y que fue íntimo amigo mío: Juan Nuño, filósofo, escritor, ensayista de primer orden. El Fondo de Cultura Económica le ha publicado un libro maravilloso, diría yo, y único en la bibliografía de lengua espa-

---

*tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, Popular, 1944; *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, Tierra Firme, 1950. La correspondencia con Alfonso Reyes se recoge en *Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes* (Correspondencia 1927-1959), compilación, presentación y notas de Gregory Zambrano, Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad de los Andes, Monterrey, México, 2007.

<sup>64</sup> José Antonio Ramos Sucre (1890-1930), poeta y políglota venezolano, *La Torre de Timón* (1925).

ñola: *La filosofía en Borges*. Éste es un libro extraordinario, y él un gran ensayista.

Después está José Balza, un escritor de primer orden en cualquier parte del mundo. Ya lo están reconociendo así diferentes países, traducciones, publicaciones, etcétera. Es un buen escritor y gran animador de la buena cultura y escritura venezolanas. Después, claro, está Guillermo Sucre, quien ha sido no sólo un estupendo poeta, sino un excelente crítico literario, quizá el mejor de poesía hispanoamericana y, me atrevería a decir, de lengua española.

A. C. Creo que él ha cumplido una función ordenadora, sistematizadora en muchos aspectos.

A. R. Y un crítico fiel a sus gustos de lector. Es un crítico que trata a aquellos escritores con quienes él de verdad tiene una comunicación literaria.

A. C. Me parece significativo que los dos mejores libros sobre Borges hayan sido escritos precisamente por venezolanos: uno, el de Sucre, y el otro, de Juan Nuño.

A. R. Así lo señalaba yo hace poco. El de Sucre fue sobre la poesía de Borges, salió a fines de los cincuenta y fue un libro pionero muy importante. Y, después, hay otra persona de gran valor, no sólo en Venezuela, sino en el mundo de las letras españolas: Eugenio Montejo, gran escritor, soberbio poeta, que todavía nos va a dar muchas cosas, yo espero mucho de él.

A. C. Sí, yo creo que su libro *Alfabeto del mundo*, la saga de Blas Coll y de sus colígrafos son de gran audacia y calidad.

A. R. Hispanoamérica, con todos sus defectos y problemas, siempre ha podido lucir un par de revistas literarias de alto vuelo. Y, más aún, las revistas literarias de Hispanoamérica han sido un elemento de cohesión literaria, de conocimiento literario mutuo, en muchas ocasiones más importantes que el trabajo a través de las editoriales y de los libros.

A. C. Alejandro, ya que tocas el tema de los libros, te quisiera preguntar: ¿cuál es tu sentir, tu forma de ver la cultura del libro?; el libro en México

en los últimos años, ¿qué crees que esté sucediendo en el universo del libro?

A. R. Mira, Adolfo, es una pregunta compleja. Yo, quizá, no soy la persona más adecuada para contestarla, pero como lector, como comprador de libros, como amigo de personas que están en el negocio del libro y de las editoriales en México, me parece que estamos pasando un momento fatal desde el punto de vista material. Es decir, las escalofriantes estadísticas de venta de libros o de la poca venta de libros y, por consiguiente, de la escasez de lectores. Todo esto te deja perplejo, te deja frío, y da la impresión de que proporcionalmente se lee menos ahora que antes. ¡Cosa increíble! Las editoriales mexicanas, salvo un par de excepciones, son editoriales mínimas locales, que no compiten en los mercados internacionales de nuestra lengua. Son editoriales que a duras penas sobreviven, que no van más allá del Distrito Federal y no las encuentras en provincia y mucho menos, como te decía, en capitales hispanoamericanas ni en España. Son editoriales reducidas, locales, paupérrimas muchas de ellas, nobles, heroicas posiblemente, pero inexistentes desde el punto de vista comercial, inexistentes en el amplio mercado del libro de lengua española. La industria editorial española ha arrasado con la industria editorial mexicana, diría yo. En los años cuarenta, cincuenta, después de la Guerra Civil, la gran industria editorial se hizo en Argentina y, en buena parte, en México. En los años sesenta declina la industria argentina del libro, todavía no había comenzado la fuerza de la industria editorial española, y México estaba en un momento ideal para apoderarse del mercado del libro de lengua española. Por razones muy complicadas, y que no vienen al caso, no lo hizo. Tres o cuatro años después, la industria editorial argentina se vino abajo, pero la española resurgía con una frescura, empuje y energía tremendos. Seguimos en la misma situación. Vamos en el último vagón del tren, o en el penúltimo si te gusta más; no tenemos ni la variedad ni la capacidad económica para competir con esas industrias. Lo más grave es que la industria editorial mexicana ni siquiera cubre bien su mercado interno, porque uno de los problemas, y parece casi insuperable, es la distribución del libro. Esto es tremendo, es una de las distribuciones más caóticas de los países de lengua hispana y, además, hay que adicionar lo que ya hemos mencionado: la exigüidad de lectores, que se refleja en la escasez de librerías. En los años cincuenta, por ejemplo, en la ciudad de México había mejores librerías que ahora, sin duda alguna; más aún, ha-

bía librerías extranjeras mejores que las de hoy día. En México no existe una gran librería donde puedas encontrar un libro en inglés, en francés, en italiano, o libros en *stock* donde puedas encontrar obras permanentes, clásicas, sino todas son mesas de novedades en donde los libros están en una pasarela durante quince días, con unas niñas que los presentan durante unos minutos y después desaparecen.

A. C. Creo que con esto nos das una imagen clara del tema del libro en México. Quisiera ahora irme por otro lado, quisiera ya no hablar tanto del presente, como hablar del futuro, del porvenir. Alejandro Rossi es un autor muy móvil, que no siempre presenta un blanco fijo, sino que siempre tiene nuevos proyectos, siempre está mirando hacia un nuevo horizonte. En este sentido, quisiera preguntarte: ¿cuáles proyectos piensas desarrollar ya como miembro, o independientemente de serlo, del Colegio Nacional?

A. R. Mira, Adolfo, esta pertenencia al Colegio Nacional es evidente que me va a obligar o estimular porque, aunque esta institución permita que yo lea un cuento y lo comente, fomenta más bien la lección y el ensayo. Como a mí me gusta mucho eso, creo que aprovecharé la oportunidad y seguramente haré cosas de esa índole, por un lado. Por otro, en cuanto a proyectos, yo diría que lo que tengo realmente en la mano y que quiero hacer este año es terminar de una vez con el libro *La fábula de las regiones*;<sup>65</sup> quería que éste tuviera más piezas, más cuentos, pero me he dado cuenta que ya lo debo cerrar como está. Son seis cuentos bastante interrelacionados, me hubiera gustado que fueran siete por alguna superstición numérica, y quizá lo haga más adelante. Ahora lo que sucede es que se me ha ido un poco la música de *La fábula de las regiones*; así ocurre cuando uno escribe, de pronto hay un retintín en tu oreja y de pronto ese retintín se atenúa de alguna manera, o se va, o no sientes su música. Por esto tengo que darle remate a ese libro; estoy corrigiendo y revisando el sexto cuento, le faltan unas cinco o seis líneas, creo que ya estamos en el final y quiero publicarlo este año.

A. C. ¿Es inédito el último cuento?

<sup>65</sup> Se refiere a la edición de Joaquín Mortiz de 1998.

A. R. Sí, sí es inédito.

A. C. Entonces, estamos hablando de *La fábula de las regiones* y de cómo vas a concluirlo, ¿podrías continuar con el tema?

A. R. Te decía. Lo voy a cerrar con seis cuentos, tengo que corregir el último y agregarle esas líneas de que hablaba, recogerlo todo y salir de él. Yo no pienso en los libros como cosas muy cerradas, sé que esa musiquita de *La fábula de las regiones* a lo mejor me vuelve al oído, porque ya me ha ocurrido en otras ocasiones; y, por otro lado, tengo dos o tres temas de cuentos guardados con el tono de *La fábula*, por lo que si hay suerte, si hay vida y si las enfermedades no me devoran, a lo mejor vuelvo sobre esos temas y se los agrego al libro tranquilamente.

A. C. Magnífico.

A. R. Claro. Los libros deben verse así, como unos cajones generosos que se abren y se cierran. Luego está otro libro que quiero hacer este año, es algo previsto desde hace un tiempo sobre ensayos dirigidos más a cuestiones literarias, a personas. Tiene como veinticuatro o veinticinco textos, algunos pequeños, otros más grandes. Voy a meter ahí ese ensayo de Ortega que tú conoces, posiblemente también las “Cartas credenciales”, con unas cincuenta, sesenta páginas.

A. C. ¿Es el texto, el ensayo prometido sobre José Bianco?

A. R. Justamente no he cerrado el libro porque hay dos ensayos o tres que quisiera escribir. Uno de ellos es, lo has dicho, sobre José Bianco. He hablado de él en algunos momentos, en algunas ocasiones, y tengo muchos apuntes sobre sus obras; también he escrito alguna cosita pequeña sobre José Bianco. Lo que te quiero decir con todo esto es que lo tengo muy vivo todavía, lo tengo muy fresco, y le tengo la misma gran admiración de hace unos años, aparte de un afecto que no es sólo personal, sino intelectual. Después —y esto es más complicado porque, como te decía, los libros se pueden también aumentar—, está un ensayo que me debo a mí mismo desde hace ya muchísimos años, un largo ensayo sobre Borges. Yo he escrito dos cosas sobre Borges, pequeñas, pero necesito un ensayo más largo sobre él, lo tengo que hacer forzosamente. No sé si entrará en

este libro, porque un ensayo así no se escribe en una semana. El de Bianco lo tengo más hecho, es más corto. Otro libro que me gustaría hacer es sobre Álvaro Mutis, tengo muchos apuntes sobre las cosas de Álvaro y me gustaría escribir también este ensayo.

A. C. Además, él es, en cierto modo, un interlocutor cercano por diversas razones.

A. R. Ha sido uno de mis grandes animadores en general, pero en lo que se refiere a *La fábula de las regiones*, he sido un privilegiado por tener un lector como Álvaro, y eso me ha entusiasmado muchísimo.

A. C. Alejandro, hablando de *La fábula de las regiones*, es un libro sorprendente con el cual, por una parte, el autor de *Manual del distraído* da un golpe de timón y cambia de ambientes, pero, por otra parte, es sorprendente porque en ese libro —que reúne un conjunto de relatos publicados hace algunos años— hay una serie de fundamentos por donde un lector podría adivinar los elementos premonitorios de la realidad mexicana y latinoamericana. ¿Cómo le responderías a un interlocutor que se acercara a ese planteamiento, es decir, qué tanto de historia, qué tanto de premonición, qué tanto de hipótesis comprobada hay en los diversos telares de *La fábula de las regiones*? O dicho de otra manera, ¿tú crees que realmente *La fábula de las regiones* es un libro que mira muy profundo en el tiempo americano?

A. R. Mira, Adolfo, a mí me gustaría sentirme profeta y sentir que adivino el porvenir, pero creo que las cosas son más simples. Es posible que en *La fábula de las regiones* algunos lectores encuentren, en este momento de la realidad mexicana e hispanoamericana, un aire de coincidencia, de tonos y de sucesos, pero no creo que haya habido ningún acto profético. Más bien creo que sea porque se encuentran los recuerdos de ciertas realidades recurrentes, maniáticamente recurrentes, en la historia de Hispanoamérica. Los cuentos de *La fábula de las regiones* se apoyan en visiones muy viejas de Hispanoamérica, muy viejas, se originan fundamentalmente en el siglo XIX, siglo XX; son procesos que arrancan desde el XIX. En realidad, lo que tú has afirmado es más que la profecía, es la repetición monótona y desgraciada de ciertos hechos en la vida hispanoamericana, hechos que no podemos superar al parecer.

A. C. Bueno, mi pregunta también tenía un elemento que era el de interrogar o hacer hablar a uno de los lectores más sistemáticos, más enterados de la historia de América Latina, de la literatura latinoamericana, que es Alejandro Rossi, de modo que coincido con tu respuesta plenamente.

## TERCERA CONVERSACIÓN (2001)

A. C. ¿De dónde viene la revista *Plural*?

A. R. La revista *Plural* fue, quiero decirlo de entrada, una gran revista. Por supuesto, que la revista *Plural* no sale de la nada cultural mexicana. La revista *Plural* se inscribe en una tradición bastante rica de publicaciones periódicas y revistas culturales mexicanas: la *Revista de la Universidad*, en la que se estrenaron muchos escritores que luego formaron parte de la *Revista Mexicana de Literatura*, un antecedente necesario de *Plural*, y como el Suplemento *La Cultura en México* en el cual también volvemos a encontrar a muchos escritores que estarán en *Plural* de una manera activa. La *Revista Mexicana de Literatura*, la *Revista de la Universidad* y el Suplemento *La Cultura en México* en rigor no sólo son antecedentes en el sentido de revistas culturales, sino que en una forma más precisa son antecedentes, llamémoslas, familiares, porque vamos ahí a encontrar —uno más o uno menos— casi al mismo conjunto de escritores que aparecerán en *Plural*. Por supuesto que esto no es absolutamente exacto. Naturalmente, que a *Plural* se agregarán otros, y también desaparecerán o no aparecerán algunos que estaban en las otras revistas. Pero creo que es una característica muy llamativa porque subraya también la continuidad de la literatura mexicana de esos años en nombres y en temas. Entonces tenemos, pues, estos antecedentes de *Plural*.

Octavio Paz, que es el director de *Plural*, es en primer lugar un escritor enormemente admirado, en ese momento, por las generaciones anteriores, por los escritores jóvenes que habían intervenido en esas revistas mencionadas, en las cuales también Octavio había participado. De modo tal que estamos hablando, casi, de una historia de familia.

Octavio era mayor en edad que los otros escritores que participaron en *Plural*. Pero, repito, había casi siempre un conocimiento personal entre todos. Había una cierta aventura intelectual, una aventura literaria

compartida, más o menos, según los casos, que se iniciaba en aquellas revistas y publicaciones mencionadas.

A. C. ¿Cuáles serían, Alejandro, según tú, las características distintivas, el perfil de la revista *Plural* en cuanto a términos formales, públicos, temas o políticos?

A. R. Una cosa que hay que señalar de entrada es que *Plural* es una publicación del periódico *Excelsior*, pero no es un suplemento cultural de *Excelsior* que venga, digamos, unido o que forme parte del periódico. Es una revista independiente del diario, y hay que aprovechar siempre la ocasión para repetir y alabar la independencia que *Excelsior* dio a *Plural* y que respetó y mantuvo durante todos los años en que se publicó la revista *Plural*. Era una revista de un gran periódico y a la vez era una revista independiente. Una situación realmente singular y que le dio a *Plural* una gran ventaja, diría yo, frente a otras revistas del pasado. Le dio la ventaja de la difusión, de la distribución y también le dio tranquilidad económica. Le dio una plataforma. Éstas son cosas que creo yo deben señalarse porque no son éstas características que se repitan normalmente con otras revistas, o al menos entre nosotros fue un caso singular.

A. C. ¿Y a propósito de los temas, los asuntos, los campos de interés que la revista suscita o define?

A. R. Antes de entrar en los temas, a mí me gustaría otra vez señalar que las personas que realmente fueron las que intervinieron permanentemente en *Plural* son las que formaban ese grupo de escritores que se unieron a Octavio Paz para hacer esta revista. Quiero subrayar que este grupo de escritores fue un grupo muy entusiasta alrededor de la revista. Es un grupo que casi permanentemente aparece en todos los números de *Plural*. Es un grupo de escritores que se tomaron muy en serio la revista, se identificaron mucho con ella y estaban muy cómodos dentro de la revista, y no obstante las muchas diferencias que pudiese también haber entre ellos, había también muchos comunes denominadores en relación a ideales y actitudes frente a la vida social y a la vida intelectual.

A. C. Es como si no hubiese habido diferencia entre la adhesión a la revista y la creación de la obra propia.

A. R. Es verdad lo que dices. Ninguno de los escritores que colaboraba con frecuencia en *Plural* sentía que hubiese una distinción entre colaborar en *Plural* y hacer la verdadera escritura privada. Yo creo que sentíamos todos que *Plural* nos expresaba plenamente. En suma, quiero decir que ese grupo de escritores, junto con Octavio Paz, tuvimos a lo largo de esos años una actitud muy entusiasta en relación con *Plural* y teníamos un afán muy intenso de colaborar. Quizá parezca una pedantería decirlo ahora; estábamos en el fondo muy orgullosos de *Plural*.

A. C. ¿Cuál sería el mundo en el cual se mueve *Plural*, ¿cuál sería su vocación, su ámbito, su mundo de autores y lectores?

A. R. Es una pregunta muy amplia que será difícil responder a plenitud. *Plural* desde el primer número, creo yo, quería ser una revista para el mundo de lengua española. Tenía —podrá sonar pedante— una cierta vocación de revista importante. Tenía una cierta vocación de revista amplia. Quería ser la mejor revista latinoamericana, quería ser una gran revista. Que lo haya conseguido o no, no soy quién para juzgarlo.

A. C. Quizá esa grandeza o vocación, esa amplitud tiene que ver con su apertura temática. *Plural* arranca de la literatura, pero incluye otros asuntos.

A. R. Esto se integra en la pregunta anterior. El grupo que formó *Plural* tenía un rasgo afortunado: la revista estaba dirigida por un hombre en plena madurez y en plena creatividad. Y las demás personas, más jóvenes que Octavio, se encontraban en esa edad magnífica en que no son ni aprendices ni jovencitos que se inician en la literatura ni tampoco eran hombres mayores. Todos se movían entre los cuarenta y los cincuenta años. El número emblemático que cifra ese grupo de escritores es el del año 1932,<sup>1</sup> fecha de nacimiento de muchos de ellos; de manera que, repito, esto le daba a la revista una vitalidad que viene también de la edad y del momento: una vitalidad, un deseo de expresión muy fuerte, una urgencia de hacer cosas.

<sup>1</sup> Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Víctor Flores Olea, Alejandro Rossi nacieron ese año. Se podría decir que Octavio Paz, nacido en 1914, ocupaba en relación con este grupo una posición análoga a la que Alfonso Reyes (1889) tuvo en relación con los escritores de la revista *Contemporáneos*, nacidos en su mayoría diez años después.

A. C. Vuelvo a la pregunta sobre el perfil, los rasgos definitorios, los mundos, la vocación de la revista.

A. R. Ya hemos hablado de la singularidad de estar en *Excelsior*, y también hemos hablado de la composición del cuerpo de la revista. Yo creo que la revista quiso realmente reunir autores mexicanos, autores latinoamericanos y a la literatura española que entonces comenzaba a conocerse en Hispanoamérica. Los nombres importantes de la generación de Gil de Biedma<sup>2</sup> ya se empezaron a notar en la revista *Plural*. Pero *Plural* quería ser la revista de los escritores hispanoamericanos, y entonces ahí, por ejemplo, encontramos que *Plural* abre sus puertas a los escritores argentinos: Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, José Bianco, Silvina Ocampo, Alberto Girri.<sup>3</sup> Y lo mismo podríamos decir de otros países hispanoamericanos; de Perú: Blanca Varela,<sup>4</sup> Eielson,<sup>5</sup> Julio Ortega,<sup>6</sup> Mario Vargas Llosa,<sup>7</sup> Emilio Adolfo Westphalen,<sup>8</sup> Carlos Germán Belli.<sup>9</sup> Podríamos ir recorriendo los países. De Colombia encontraríamos a nuestro gran amigo Álvaro Mutis. En Venezuela, igual, está ya la presencia crítica de Guillermo Sucre; está Juan Liscano.<sup>10</sup> *Plural* recoge la filigrana de las mejores revistas pasadas o presentes del mundo latinoamericano y, como dije antes, también se une a las nuevas voces españolas.

A. C. Y quizá también al dato de los poetas y escritores norteamericanos del pensamiento europeo.

<sup>2</sup> Jaime Gil de Biedma y Alba (1929-1990), poeta español perteneciente a la Generación del 60, *A favor de Venus* (1965).

<sup>3</sup> Alberto Girri (1919-1991), poeta argentino, *Lírica de percepciones* (1983).

<sup>4</sup> Blanca Varela (1926-2009), poeta peruana, *Canto villano* (2001).

<sup>5</sup> Jorge Eduardo Eielson (1924-2006), artista y escritor peruano, *Primera muerte de María* (1988).

<sup>6</sup> Julio Ortega (1942), escritor peruano, *Retrato de Carlos Fuentes* (1995).

<sup>7</sup> Mario Vargas Llosa (1936), escritor peruano, *Quién mató a Palomino Moreno* (1986).

<sup>8</sup> Emilio Adolfo Westphalen (1911-2001), poeta peruano, *Poesía completa y ensayos escogidos* (2004).

<sup>9</sup> Carlos Germán Belli (1927), poeta peruano, *El alternado paso de los hados* (2009).

<sup>10</sup> Juan Liscano (1914-2001), poeta y crítico venezolano, *Los mitos de la sexualidad en Oriente y Occidente* (1988).

A. R. Y después tiene un rasgo muy notable: la presencia de la cultura sajona, que se refleja en escritores, pero también en teóricos sociales, como Daniel Bell,<sup>11</sup> I. F. Stone,<sup>12</sup> J. K. Galbraith.<sup>13</sup> Esto tenía su rasgo original en el momento, me parece a mí. Y desde luego, también es una revista —porque así es la tradición hispanoamericana— muy atenta por supuesto a lo que sucedía en Francia, y además por las conexiones que en el orden cultural y aun personal Octavio Paz guardaba con Francia. *Plural* con esto demostraba querer inscribirse en la gran cultura de las revistas literarias no sólo mexicanas, sino hispanoamericanas. En *Plural* había el reconocimiento de una tradición literaria y quería ser de alguna manera el continuador de esa tradición literaria. La apertura al mundo sajón, al mundo francés, al mundo español y al mundo latinoamericano en el sentido de que recoge, pero sobre todo acoge ese universo de escritores de lengua española. Y reconoce una tradición. Esto es muy importante realmente: que *Plural* acepte, recapitule e identifique una tradición hispanoamericana.

A todo esto, la revista también, creo yo, se distingue por cosas que en su momento fueron muy interesantes verdaderamente. Por ejemplo, su gran interés por las artes plásticas, y aquí hay que reconocer el trabajo constante y original de Kazuya Sakai,<sup>14</sup> por desgracia fallecido hace muy poco tiempo. Las artes plásticas, la crítica política y también —y ahí se unían los intereses especialmente de Kazuya y de Octavio Paz en el mundo de Oriente— en la literatura japonesa fundamentalmente y en la literatura china. Entonces, esto hacía de *Plural* una revista de gran riqueza temática, el lector podía —digámoslo así sencillamente— enterarse de una gran variedad de asuntos.

A. C. ¿Qué significa, qué significó para Alejandro Rossi *Plural*?

A. R. Para mí *Plural* fue un acontecimiento fundamental. Porque *Plural* fue el vehículo que me hizo acercarme de una manera activa a la litera-

<sup>11</sup> Daniel Bell (1919), escritor y pensador estadounidense, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1976).

<sup>12</sup> I[sidor] F[einstein] Stone (1907-1989), periodista de investigación estadounidense, *El juicio de Sócrates* (1988).

<sup>13</sup> John Kenneth Galbraith (1908-2006), economista canadiense, *Con nombre propio de Franklin D. Roosevelt en adelante* (2004).

<sup>14</sup> Kazuya Sakai (1927-2001), pintor argentino de origen japonés, fue secretario de redacción de *Plural* en su última etapa.

tura. Yo venía de la filosofía, yo era un investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, y por invitación de *Plural* y de Octavio Paz comencé a escribir una columna que se prolongó hasta el último número de *Plural*, una columna que no era una columna de filosofía diaria ni de filosofía académica, una columna que presentaba, para decirlo de una manera a la vez simple y complicada... ejercicios de estilo. La revista representó para mí la oportunidad, el aliento, la compañía de todos los que formaban *Plural* con Octavio Paz a la cabeza. Fue un hecho esencial en mi vida.

A. C. ¿Cómo terminó *Plural*?

A. R. Como tantas cosas, *Plural* terminó mal. De todos es conocido el problema que se presentó en *Excelsior* cuando echaron, ésa es la palabra, a Julio Scherer y a su equipo de la Dirección. Naturalmente, *Plural* se hizo solidario de Julio Scherer y de las personas que trabajaban con él, y abandonamos la revista. Tengo un par de imágenes del último día. Por la mañana Octavio Paz y yo fuimos a *Excelsior* y conversamos con Julio Scherer y algunos otros amigos. La asamblea estaba por comenzar; las señales eran muy malas. Había un ambiente de mucha tensión y quizá de pesimismo. Todos estábamos inmensamente preocupados. Octavio y yo nos fuimos de *Excelsior* esa mañana. Se dieron ciertas indicaciones para retirar papeles personales de las oficinas. Ese día Octavio y yo no hablamos de otro asunto. Comimos juntos y por la tarde volvimos a acercarnos a *Excelsior*. Nos encontramos ya en la banqueta de Reforma a Julio Scherer y a su equipo más cercano. Nos contaron lo que había sucedido. Ya no estaban en *Excelsior*, todos estábamos entre indignados y estupefactos de que algo así pudiese ocurrir. Y recuerdo como si fuese ayer la lenta caminata de todos nosotros por Reforma hacia la glorieta de Colón: Octavio, Julio Scherer, sus amigos y yo. Pocas palabras, pasos lentos, y un gran desconcierto.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Véase “Vuelta a la semilla”, entrevista de Ricardo Cayuela y Álvaro Enrique a Alejandro Rossi, en *Letras Libres*, México, núm. 96.

## ENSAYOS Y APUNTES



## ALEJANDRO ROSSI: LA VOZ DEL ESPEJO\*

Filósofo, crítico de vicios y manías, reconstructor de las pequeñas mitologías que rodean a ciertos objetos y frases, adivino de lo significativo a través de lo trivial, Alejandro Rossi es uno de los narradores más importantes que se han dado a conocer en México en el último tercio del siglo XX. Sus relatos se sirven así de la ironía como de la provocación. Cuenta historias mínimas e intensas, enumera lo menudo, describe situaciones anticlimáticas, hechos a la vez banales y patéticos, en cualquier caso absurdos. El laconismo, las estrategias de un epíteto que se desea justo y discreto, el rechazo a aprovechar toda emoción que no provenga del texto mismo y la manipulación sutil y clandestina de las emociones del lector; la malicia, la paranoia y las inseguridades de un narrador que sólo quiere sus emociones para reflejarlas en el personaje del que en ese momento se ocupa, caracterizan a este narrador convencido de la arbitrariedad de las convenciones ajenas y de la necesidad de las propias. Preciso lector de Borges y deudor de la retórica y la oratoria latinas, el narrador se propone mantener la ilusión de haber escrito parábolas sencillas y terribles, la ilusión de haber contado “una historia limitada y ciega que fuera al mismo tiempo una parábola sencilla y atroz”. Lo logra porque conoce los resortes del énfasis y sabe cómo descifrarlo, porque ha estudiado con minucia los mecanismos de la dramatización, de las frases falsamente elegantes y llenas de pretensiones excesivas. Aunque admitan ser vistos como crítica o pastiche, los manuales de Rossi son algo más. Nervioso, indeciso, el narrador de Rossi rehúye las facilidades narrativas que podrían proporcionar sus propias inclinaciones y tics como narrador. Por ejemplo, las enumeraciones sólo aparentemente caóticas, la exploración de lo que connotan ciertas frases y realidades: la “cerveza tibia”, la familiaridad con los escritores.

\* Adolfo Castañón, “Alejandro Rossi: la voz del espejo”, en *Arbitrario de literatura mexicana. Paseos I*, Lectorum, México, 2003, pp. 378-389.

Introspección en tercera persona (sólo puedo conocer mis emociones si conozco, a través de las apariencias, las del otro), retrato, crítica de la convención moral (Rossi es uno de los narradores más crueles de la literatura mexicana) y de la convención narrativa (los relatos de Rossi raramente admiten su filiación al género), el *Manual del distraído* ensaya demostrarnos, entre otras cosas, que el narrador no es uno; que tras la franqueza y la inseguridad de su sintaxis es víctima de emociones confusas e indecisas —sus textos responden con frecuencia a la pregunta: ¿qué siento?—; que el relato pensado, el relato escrito y el relato leído son variaciones a partir de un mismo conjunto de datos materiales y físicos. Una de las cuestiones significativas de la narrativa de Alejandro Rossi es el papel deliberado que en ella juega la materia: las emociones se resuelven en apariencias, la psicología literaria es el arte de interpretar gestos. Personajes hechos de anécdota y detalle físico, condenados a vivir en el perímetro escueto y primitivo de sus propias emociones —*lo sentido* pertenece al reino incontrolable y enmarañado de lo animal—, destinados a desenmascararse continuamente, delatar toda la debilidad y torpeza que los hace ¿más?, ¿menos? humanos:

[...] si ignoro mis emociones es imposible contar la mínima historia [...] Descubrir las es el motivo de este relato. Por eso no puedo ser franco o directo o decidido. Por eso es necesario que se apoye en datos marginales o quizá tediosos: el color de una cortina, los rasgos físicos de una determinada habitación, mis reacciones frente al griego y la Sra. Fitzgerald.

El relato, su emotividad, se apoya aquí no tanto en un ritmo que sabe regularse y sincoparse como en un supuesto que constituye toda la fuerza y toda la debilidad (en lo más alto de la plenitud se actualizan mis mejores virtudes y mis vicios más lamentables) de la narrativa de Alejandro Rossi. Para este narrador cada objeto es intenso y significativo (no único: en el mundo de Rossi los objetos son elocuentes porque pertenecen a ciertas series, ciertas zonas de nuestra experiencia cultural). Detrás de la triste elegancia de un oscuro profesor, es posible leer una metáfora de la ridiculez humana —pero esa metáfora existe porque quien la percibe compadece la ridiculez.

La minucia con que Rossi parodia y se parodia no está exenta de amor por las sentencias. Al narrador de los manuales lo atraen demasiado las frases lapidarias. Los aforismos, los enunciados irónicos o desencanta-

dos pautan un relato que vive de su propia intensidad. El peligro, para decirlo con una fórmula suya, es la profundidad espuria, y también la tentación de construir un relato a base de frases memorables. Rossi, sin embargo, es un escritor demasiado irónico e inteligente como para asumir ese riesgo sin una intención.

\*

Conste que los libros mexicanos sólo son realmente publicados cuando burlan las aduanas locales para verse reimpresos en el extranjero, como si las ediciones hechas en casa nacional fuesen al mercado global lo que las privadas o marginales son a las estampadas por los sellos editoriales oficiales y establecidos. Como quiera, la reimpresión de un libro mexicano en el extranjero por una editorial de comprobado buen ojo y calidad sólo puede ser recibida con alegría, por no decir con alivio. En la otra España, el *Manual del distraído* ha sido comentado con entusiasmo por las voces más diversas. El hecho da qué pensar cuando se recuerdan las intervenciones de los mexicanos que reseñaron el *Manual*. Quién sabe si nuestra indolencia traduzca menos una suma de desintereses privados que el rédito público de las buenas causas dialécticas con que juguetea —horror— el *Manual del distraído*. Nada más natural: México es un país devoto, proclive a la dialéctica espuria, y sus escritores son de raíz propensos a escribir con la cabeza puesta en el suelo. Va el *Manual del distraído* a contrapelo de la razón profética y parecería escrito con una voz que, a despecho de la lógica déspota, siempre que habla lo hace para disuadir: un libro menos dicho que escrito y escrito por un filósofo algo desencantado, amigo y amante de la sabiduría que parecería haberse desentendido de las bondades de la razón por amor al pensamiento.

Un manual lo es porque está a la mano; su razón de ser es práctica. La consulta de este *Manual del distraído* se impone a cada momento, pues en él van descompuestos comportamientos y conductas de una razón reudentora, supersticiosa, sí, pero nunca experimental. El *Manual* de Rossi es como una guía de acarreados y descarriados del pensamiento, un espejo donde quedan irremediadamente distorsionadas las almas bellas. Frente a los focos trascendentales de la atención social, el *Manual* vindica la infección oscurantista de lo que distrae, de todos aquellos imponderables que nos apartan de la atención sufrida y filantrópica; y opone a la solemnidad de las convicciones sesudas el cultivo de una tontería estratégica,

¿vacaciones para el espíritu? El bien portante escarnecido en este sabático *Manual* podría ser el académico, si no es que el intelectual dialéctico. De ahí que éste sea un libro donde se hace literatura con la mala literatura que viven los escribas vestidos de profetas. Así las cosas, poco extraña que sea en ultramar donde al *Manual* le salen al paso los lectores que aquí, último reducto del Espíritu iluminado, no podía encontrar.

Corren por estas páginas donde se conjugan la travesura y el ensayo diversas vetas convergentes en la crítica. Esa crítica no es la radical de la amnesia sin más, sino aquella otra, sesgada, de la reconstrucción olvidadiza y creadora. El retrato, la viñeta, la evocación, la sátira, la parodia y otros géneros menos bien vistos son los más asiduamente practicados en este *Manual*, que va acotando una identidad divertida al apostar las máscaras de las que juzga necesario apartarse. Una pizca de fantasía y otro poco de historia personal, sabiduría y crueldad, una perspicacia que descubre con el mismo candor las verdades falsas y las mentiras convincentes y, en el trasfondo, un susurro zumbón, un cuchicheo articulado acá, entre nos, una palabra casual y como dicha al oído y que resulta por lo mismo mucho más persuasiva. Un libro de educación, pues, aunque ésta no sea positiva, al menos en apariencia.

Dueño de otros recursos que Antonio Machado, Alejandro Rossi —que tiene más talento y encanto que buenos sentimientos— arma en el *Manual* un discreto Mairena.

Y se diría que él mismo es otro “Profesor apócrifo” que viene a señalar en el plano de los comportamientos intelectuales ciertos excesos de una educación, ay, a la altura de los tiempos. Crítica de los avestruces “concientizados” y del analfabetismo funcional, el *Manual del distraído* hace sus restas y divisiones desde una aritmética afín a la del *radical chic*: si bien sabe criticar porque critica con modo, parecería desencaminarnos al postular la prioridad de los modales sobre los pensamientos. ¿De qué sirven las buenas ideas cuando se tiene mal gusto?

\*\*

No me resulta fácil hablar de la obra de Alejandro Rossi sin referirme a su persona. La razón se debe, en parte, a que él mismo es uno de sus personajes memorables y en parte a que su obra me llevó a buscar su amistad en mis años de aprendizaje y formación. Descubrí por casualidad sus textos en 1975 cuando trabajaba como corrector en la revista *Plural* dirigida

por Octavio Paz. Un día empecé a leer un texto que me produjo inquietud —“Calles y casas”, luego incluido en el *Manual*. Por primera vez en mi vida sentí que el texto que leía no se encontraba del otro lado, allá en la sombra de la realidad, sino que, por así decirlo, se situaba en una región movediza y estaba escrito desde una zona mental que yo —indeciso, lo confieso— compartía. Al día siguiente, mi jefa me mandó llamar para preguntarme por qué había corregido tan mal el texto de Alejandro Rossi; había estado a punto de causar una catástrofe. Injuriosa admiración: el texto me había deslumbrado a tal punto que me había olvidado de corregirlo; me había olvidado tanto en él que lo había corregido espontáneamente, desmintiendo con torpeza la cara teoría de la página perfecta. Me corregí y corregí. A partir de ese momento, esperé los textos de Alejandro Rossi con impaciencia. Al mismo tiempo, la admiración a la obra se expresaba como pavor a la persona. Con la elegancia propia de quien despeja en un parpadeo una maraña de palitos chinos, él desarmó aquellas cautelas nacidas de la admiración. De modo que mi gratitud, aunque se funda en ella, no se circunscribe a su obra; también la motiva una amistad.

Dije que los textos de Alejandro Rossi me parecían escritos desde una zona que comparto. Dije también que me deslumbraron. ¿Por qué omití decir que esa fascinación la dictaba la forma en que sus textos ordenaban aquellos paisajes que a mí me devoraban? ¿Por qué no dije que descubrir los textos de Alejandro Rossi fue descubrir que era posible no zozobrar en un mar de dudas y que sólo bastaba elegir una de ellas como salvavidas para flotar? Tal vez porque no me decido a confesar que sus libros me han ayudado a recuperar la razón, que el *Manual del distraído*, ese conjunto de ensayos y narraciones cuya pureza verbal es indisoluble de su limpieza crítica, ha sido para mí un instrumento de higiene mental: un libro terapéutico. Pero ya lo he dicho y ahora debo asumir las consecuencias. Aclarar en lo posible estas afirmaciones irresponsables. Intentar traducirlas. ¿De qué nos podrá curar el doctor Alejandro Rossi? De la mentira, claro, de la confusión —no olvidemos que su título académico se lo debe a la filosofía. También, del tedio y de la imbecil locuacidad. Para ello, cuenta con diversos recursos y métodos. A partir de la observación escrupulosa y, por así decir, en *cámara lenta* de los lugares, personajes y expresiones contenidos en cada imagen de la memoria, distingue entre los diversos haces o constelaciones asociativas que remiten, por un lado, a redes y mecanismos sociales y culturales y, por el otro, a redes simbólicas privadas —llamémoslas naturales—, presuntamente características de los discursos

de la infancia y la adolescencia. Es decir, un libro como el *Manual del distraído* postula un diálogo incesante y ágil entre la verdad y la historia, entre la infancia y la cultura. Sobra decir que ese diálogo presupone a su vez un heroísmo: el de estar dispuesto a denunciar en cualquier ocasión —y aun contra sí mismo— el ridículo. Naturalmente, una postura despiadada como ésta suele hacer de Alejandro Rossi un personaje incómodo, pues no acusa impunemente lo insustancial de las opiniones; al hacerlo, borra de paso y no sin cierta impertinencia mundos y modos de vida. No son pocas las cabezas decaídas. Al mismo tiempo, todo parece indicar que el autor se encuentra comprometido en un secreto juego de edificación y construcción de una atmósfera intelectual dentro de la cual se puede respirar a gusto. A veces pienso que empezó a escribir movido por una voluntad anterior a la literatura, y de la cual no está ausente cierta desesperación. La voluntad de armar un diccionario y una gramática personales para poder comunicarse con el mundo y crear y recrear un espacio de conversación. Por eso pienso que este pudoroso autor cuya enseñanza es el silencio ha debido sentir un gran alivio al escribir sus páginas. En otro sentido, el *Manual*, *Sueños de Occam*, *El cielo de Sotero*, *La fábula de las regiones* tienen algo de escultórico —forma arrancada a la piedra y castillo de arena construido por un niño solitario al borde de la playa. Hablé líneas arriba de un diálogo entre la infancia y la cultura. El reparto de la obra no estaría completo si no se incluye otro elemento: el escritor que se mira al espejo al escribir. Un hombre empieza a escribir; tal vez sin desearlo, encuentra, junto con un nuevo orden del mundo, las voces mudas de aquella infancia que pensaban sin decir esta boca es mía. ¿Son estas razones suficientes para releerlo?

Una de las primeras observaciones que sorprende al lector de Alejandro Rossi es la intensidad de su percepción, su susceptibilidad ante los datos de la realidad o las sugerencias del lenguaje convencional. Es un autor que padece de insomnio, una peculiar clase de insomnio que le impide entregarse al sueño del uso y la costumbre. Le basta abrir los ojos, detenerse un momento para caer en el vértigo. Al igual que al personaje y autor de *Viaje alrededor de mi cuarto*, a Alejandro Rossi le basta cerrar la ventana para que se inicie la guerra y dé principio una épica cotidiana y doméstica donde el cuerpo y la mente se enfrentan ante la mirada imparcial de la página; al igual que Xavier de Maistre, Rossi podría haber escrito un *Método para observar las manchas del cristalino*; ha formulado, de hecho, una óptica del reojo y la atención lateral. Pero no basta decir que

se da en él un desarrollo singular, hiperrealista diríamos, de la percepción empírica; habría que afirmar que esa descripción del metabolismo de los sentidos configura a la larga una reconquista del sentido del mundo. Llamemos a esta ecuación la Ley de Rossi: el mundo está vacío de sentido en forma directamente proporcional a la medida en que nuestros sentidos están ausentes del mundo. Esta relación entre la pérdida de los datos de los sentidos externos e internos y la trivialización del significado, entre la fecundidad de la observación y autoobservación y la plenitud simbólica, resulta evidente cuando el narrador finge reconstruir el pasado y explica en parte el carácter catártico de muchos de los textos de Alejandro Rossi —del *Manual del distraído* a *La fábula de las regiones*. Catártico no sólo en sentido privado, sino público, sus textos aparecen ante la imaginación con el clasicismo de lo que siempre ha estado ahí, con la fuerza pétrea de las voces tradicionales. Así, perder el sentido del mundo es una amnesia a la que están condenados quienes han olvidado sus sentidos o quienes se han entregado a la ebriedad de olvidarse en ellos; quienes viven perdidos en mundos imaginarios de creencias o sensaciones. Por eso, más allá de contingencias desgraciadas, detrás de una persona infeliz sólo habría una persona maleducada, una víctima de la retórica. En este sentido, escribir bien, leer bien serían ejercicios indisolubles de una cierta búsqueda de la felicidad, de una fuga del infeccioso tedio. De ahí a sostener que los libros de Alejandro Rossi son terapéuticos no hay más que un paso; no temo presentarme ante la opinión como su paciente, como un individuo que ha buscado remedio a su distracción incurable en esas páginas en las que se da una relación a la vez crítica y sensual con el lenguaje y el mundo. Casi diría que esa relación, a la vez aséptica e imaginativa, es el secreto de la medicina que prepara Rossi. Es también el secreto que nos impide decidir qué nos importa más: si él —lo que dice y calla— o su obra, ya que ésta es indisoluble del lenguaje en que está plasmada y aparece no sólo como un museo de páginas perfectas o un ambicioso catálogo de quintaesencias literarias y retóricas, sino también como el lugar de una imaginación ética. Porque —es preciso decirlo—, la relación mágica y crítica que Alejandro Rossi sostiene con el mundo es contagiosa y el niño impertinente que interroga muchas páginas del *Manual* y de *Sueños de Occam* tiene a su vez la suficiente energía, la virtud de fortalecer y reanimar en nosotros la disposición para la verdad, la virtud —ésta es la palabra— que recorre sus páginas en forma de inspiración. Si tal entereza moral nacida de una relación crítica con el lenguaje hace de Alejandro Rossi un maestro, tam-

bién nos predispone en su favor para hacerlo encarnar un cierto ideal de escritor, una figura magistral en la medida en que representa en su obra (pero no sólo en ella) un paradigma permanente de lo que es la actividad literaria, la acción de la literatura. Esa acción literaria se cumple en el lenguaje y, a través de él, en el mundo y en el tiempo. Ya hemos dicho que traer a colación al autor al hablar de su obra no es un abuso pues el escritor figura como personaje central en muchos de sus textos. Él es, por así decirlo, el instrumento de esa acción literaria que se complace en la fricción crítica y hedonista de dos o más lenguajes para extraer de ella una energía, una luz peculiar. No sólo eso. La presencia del escritor induce la actualidad permanente del presente —es decir, tanto del tiempo en que han sido escritos los textos como del tiempo de la lectura— auspiciando así una situación literaria donde un tiempo encierra a otro. El viejo truco de las cajas chinas, la sabiduría instintiva del cuentista tradicional que saca una historia de otra. Este juego del tiempo que en el *Manual* o en *Sueños de Occam* se mantenía en el plano de la relación crítica con el lenguaje y afloraba en esas series de Gorrondona, Leñada y compañía donde se pasa de la crítica del lenguaje a la sátira de la vida literaria, advertía ya el lector que Alejandro Rossi no era ni podía ser ajeno a la historia. Ni ajeno a la historia en el sentido periodístico de la actualidad ni ajeno a la historia en un sentido más profundo, a la intrahistoria. También lo advierte la rapidez instintiva con que el autor es capaz de reconocer las mitologías, las historias apócrifas tanto de una persona como de una época. Su atención —por no llamarlo pensamiento— es un ejercicio íntegro y no sabría dejar fuera ni los ruidos de la calle que la rodean en el momento de escribir ni ese otro estruendo no menos distante y no menos íntimo que se expresa en la historia. Lo sé y sé que se sabe pero lo recalco: las historias de Alejandro Rossi no se conciben al margen de la Historia y, si bien circunscriben un espacio autónomo, éste no se concibe como una galería subterránea sino como un mirador íntimo e histórico. De ahí que cuando a partir de 1987 Alejandro Rossi empieza a escribir los textos que luego compondrán *La fábula de las regiones* —que representa para el realismo americano lo que la poesía de Mallarmé para la poesía simbolista— no sólo haya apostado a una ruptura con su obra previa, no sólo se haya empeñado en la invención de otro escritor. No. Deberíamos decir más bien que ahí enfoca su método a otros paisajes. Los ensayos con vuelo narrativo del *Manual* dejan su sitio a unas narraciones en las que los miembros de la argumentación son los personajes y las historias obedecen al juego de una

construcción matemática. Nuevamente *La fábula de las regiones* presenta historias dentro de otras historias, narraciones sembradas en el cuerpo de la Historia y que extraen de ésta su fulminante energía. El paisaje, es verdad, ha cambiado. A partir de una historia crítica, objeto de un peculiar revisionismo, se abre paso a una geografía feraz y legendaria, aislada y a la vez ubicua en Hispanoamérica; guerrilla y violencia; plantaciones, haciendas en la sierra, llanos y puebluchos. La voz del escritor que se espía en el espejo, se pone a escuchar una voz legendaria que viene de lejos; la voz de un hombre que sabe una historia y que, además, conoce las voces de los otros. Una voz que domina, nuevamente, varios tiempos. Entre estos mundos existen en apariencia escasos comunes denominadores. Destaquemos tres: 1) la digresión, el paréntesis saludable, la distracción que le permite al ensayista-narrador ir a su objeto tomando desprevenido al lector; 2) la voluntad tenaz de dominar y *seducir* a través de la palabra el férvido presente que se agosta en la incoherencia y en el azar; 3) el ejercicio y la idea de una prosa gobernada por los imperativos que ciñen a la poesía, la idea de una narración compuesta de páginas perfectas y memorables que sitúa a Alejandro Rossi en el linaje de Flaubert y Borges, de Azorín y algunos textos de García Márquez y de su paisano Ramos Sucre.

La obra de Alejandro Rossi es tan compleja como su método y tan rica y discontinua como puede serlo una literatura. Pues Rossi no aspira tanto a crear una obra como a inventar la literatura en que la suya sea posible. Su tarea está en marcha.



## ALEJANDRO ROSSI: DICCIONARIO DE LA ESPUMA\*

La publicación de *Manual del distraído* en 1978 supuso una revelación múltiple. La obra, sabia muestra de ensayo y ficción vertidos en una prosa cortante y diamantina, afirmó, en plena ebullición de la literatura latinoamericana en los mercados editoriales europeos, que la tradición literaria nacida a la sombra de la revista *Sur* no era monopolio de sus grandes apellidos fundadores y que figuras como las de José Bianco y Juan José Arreola —para no hablar de Alfonso Reyes y Octavio Paz— no eran en modo alguno accidentes en la cadena del ser literario hispanoamericano. *Manual del distraído* reveló sobre todo la existencia de un escritor tan fértil y tan estricto como inclasificable: el filósofo comprometido con los temas y autores más arduos de su disciplina —la lógica de Hegel, Heidegger. Ayer, el animador de empresas editoriales asociadas a la investigación filosófica, el hombre que analizaba las fusiones y fronteras de *Lenguaje y significado* resultaba ser, además, un artista de la prosa, un riguroso relojero de la exposición narrativa. La fortuna crítica de *Manual del distraído* traduce y corrobora este efecto, casi diríamos impacto, aunque la balística no sea nuestro campo. Dos décadas después *Manual del distraído* se sigue editando y ganando públicos, como prueba la flamante edición que de este libro se estampa por estos días con el sello de Círculo de Lectores.

Para cualquier autor y sobre todo para un escritor tan celoso de la perfección y la calidad como Alejandro Rossi, la publicación de una segunda obra literaria significaba un genuino desafío, la necesidad de imprimir otra vuelta de tuerca a un mecanismo ya impecable. ¿Qué escribir después de *Manual del distraído*? ¿Cómo atacar —en el sentido musical de la palabra— la partitura de la prosa sino buscando un nuevo juego de

\* Adolfo Castañón, "Alejandro Rossi: Diccionario de la espuma", *América sintaxis*, Siglo XXI, México, 2009, pp. 531-536.

contrastes melódicos y una estructura inédita de composición? El propio autor, al final de su ensayo sobre José Ortega y Gasset (1984), aventuraría en forma de pregunta la orientación de un posible nuevo derrotero para la reflexión crítica desde los países de la antigua ecúmene hispánica: Rossi proseguiría esa reflexión crítica no desde el ensayo como era previsible, sino desde la literatura narrativa, desde la fábula, para echar mano de la clave genérica acuñada por él, *La fábula de las regiones* prorroga en ese sentido la indagación en torno al presente y las condiciones del presente que el autor ha venido desarrollando así desde los desfiladeros de la filosofía como desde los escollos de la palabra narrativa.

Pienso en la situación política de Hispanoamérica, pienso en la violencia que ha arrasado el continente en los últimos años, pienso en nuestros enredos ideológicos y pienso en el problema de los derechos humanos. Nuestra circunstancia nos ofrece un dramático y complejo *factum* ético. Considero un escándalo que estos hechos no hayan provocado todavía un gran libro teórico. No olvidemos las lecciones de la historia: a la buena filosofía se llega siempre desde problemas no filosóficos.<sup>1</sup>

La fábula es, ya se sabe, un género anacrónico y aun mal visto por la viveza de la mente moderna. “Hay algo terriblemente soez en la mente moderna —como escribe Octavio Paz, a quien cita Fernando Savater en *El contenido de la felicidad*—, la gente, que soporta todo género de mentiras indignas, no soporta la existencia de la fábula”.

Alejandro Rossi no se limita a reivindicar la eficacia estética de la fábula, sino también, tangencial e inquietante, su vocación cognoscitiva. De ahí quizá el desconcierto, el silencio y la perplejidad que —salvo singulares excepciones— han acompañado a este libro desde su primera y fragmentaria edición. El inclasificable y astuto inventor de *Manual del distraído* llevaba la insidia crítica hasta ampararse, bajo el estandarte didáctico de Esopo y La Fontaine, su lectura a contrapelo de esa historia invertida e involuntariamente paródica entre todas: la épica y política hispanoamericana.

Otro poeta y narrador, Álvaro Mutis, ha sostenido que Alejandro Rossi derrumba con *La fábula de las regiones* la imaginaria que se ha crea-

<sup>1</sup> Alejandro Rossi, Luis Villoro, Ramón Xirau, Fernando Salmerón (comps.), *José Ortega y Gasset*, FCE, México, 1996, pp. 39-40 (Breviarios, 389).

do en Europa y España a propósito de la literatura americana; que esa entelequia inexistente e infecciosa de lo “real maravilloso” queda ejemplarmente rectificada por las imágenes inolvidables y fulgurantes de la caída que exponen los cuentos aquí reunidos. A ese elogio el autor replica que, más allá de teorías benévolas y de enmiendas pedagógicas, *La fábula de las regiones* es un libro donde se dan cita numerosas voces. *La fábula de las regiones* —dice— “es un libro muy oral”. Un libro alimentado por la tradición oral familiar y una tradición oral muy presente pero poco trabajada en sí: la del destierro y el exilio. Así, *La fábula de las regiones* tocaría su música imaginaria en dos teclados: por un lado, estaría pulsando ese gran fracaso latinoamericano que es la Historia, la Historia Grande, no éste o aquel episodio puntual de la derrota o transformación abortada, sino el fracaso, por así decir, de lo histórico mismo, de lo que la épica narraría: el desencanto de la civilización, el lado oscuro de la utopía. Por otro lado, luego de calar en esos pantanos de la historia y de la política, *La fábula de las regiones* les habría dado una voz refractada, oblicua, a través de una trama zumbona de voces arraigadas y voces desterradas que se van entreverando y fecundando, inventando una trama estricta, exacta como el mecanismo sigiloso de un arma de fuego. La exactitud de esa trama que anuda las voces de la región explica por qué *La fábula de las regiones* tiene ese inquietante carácter augural: conjunto de modelos subyacentes, tabla periódica de elementos llamados a repetirse en combinaciones inéditas, desconcertante reloj que a la vez interpela nuestras edades más crueles y arcaicas y anuncia, con anticipada reminiscencia, la figura ineludible de los fracasos futuros.

Tuve la suerte de ser no uno de los primeros lectores, sino uno de los primeros oyentes de algunos cuentos aquí reunidos. Recuerdo la noche en que oí en el estudio del autor “El cielo de Sotero”, el cuento inicial del libro: la voz pausada logró hacer ahí un pacto entre el susurro y el disparo, abrir en el seno de la página un espacio para la conciencia de esa oscuridad que llamamos América. Yo oía, veía surgir de los labios de Alejandro Rossi un inquietante espejo negro capaz de hipnotizar a cualquiera y del que yo no sabía cómo escapar. Me sentía como acaso ha de sentirse la palomilla atraída por el fuego que la incendiará. De hecho, mi curiosidad hispanoamericana —llamémosla así— renació en ese momento. Sólo imponiéndome a mí mismo un vasto conocimiento de la historia y la literatura latinoamericanas, sería capaz de salvarme de ese fulgor atractivo, pero arriesgado y peligroso. Ahora, algunos años después

y, por así decir, habiendo regresado ¿momentáneamente? de ese viaje a las raíces, me encuentro de nuevo con *La fábula de las regiones*. El libro ha crecido tanto en el número de cuentos reunidos como en la imagen que proyecta bajo la luz de nuestro tiempo. Está en juego por supuesto una sabiduría literaria (afinada en Borges, García Márquez y Nabokov), para sólo dar algunas referencias obvias que Rossi sabe decantar y extremar; está en obra una cruzada común del *escritor que ve* y el *escritor que oye*, de *la palabra mirada* y *la palabra oída*, está en juego —y esto ya es una lección ética extraordinaria— un escritor que sabe pensar —y pensar con el corazón y con todos los sentidos—, que además tiene la encantadora astucia de lograr disimularlo. *La fábula de las regiones* es un libro de literatura en el sentido más preciso, elegante y soberano de la palabra.

### LA FÁBULA DE LAS REGIONES

Si bien es indiscutible que muchas páginas de *Manual del distraído* —por ejemplo las dedicadas a *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez— daban a entender al lector que se encontraba ante un autor nada ajeno a la historia y que en todas se advertía el rigor y la plenitud con que Alejandro Rossi ha decidido seguir las voces de su vocación de escritor, no deja de causar sorpresa la publicación de un libro como *La fábula de las regiones*, donde se da en apariencia un cambio de mundos y el ensayista sale de su gabinete en pos de los espacios abiertos de la historia y de la narración, sin renunciar de ningún modo a la experiencia literaria adquirida ni desprenderse de la economía, del fulgor inimitable que irradiaban sus *Sueños de Occam*. Los tres cuentos reunidos en el libro ilustran novedosamente el diestro contrapunto de la concisión y la riqueza que caracteriza el quehacer literario de nuestro autor.

El título *La fábula de las regiones* condensa y asocia un extenso abanico de connotaciones. Además de rumor y ficción en que se descubre alguna verdad, los diccionarios apuntan que *fábula* es un género alegórico en el cual los animales adquieren la palabra humana. Nada más ajeno a Rossi que la parábola o la alegoría, pero se antoja que en estos tres cuentos la geografía americana busca la voz de algunos personajes sabiamente elegidos, toma la palabra para cederla a ciertas provincias del hombre que definen en algunas de sus zonas más profundas a nuestra ladina América. Los lectores recordarán que en alguna página de *Manual del distraído*

acecha una reflexión de resonancias pascalianas: el hombre es la única especie en que conviven el león y la rata. *La fábula de las regiones* invita a ahondar esta observación desde la tristeza de nuestros trópicos, llanuras y montañas. Botánico y geólogo de nuestra historia política, el narrador nos abre las puertas a los paisajes poco visitados de ciertas actitudes públicas y familiares —el hambre de mitos y creencias, las variedades de la traición, las sutiles adaptaciones espirituales que imponen nuestros voraces climas—, activas en nuestras parvas patrias. Rossi opone a la boba secesión de lo rural y lo urbano, a las alegorías y emblemas del realismo americano —Gallegos, Uslar Pietri, Carpentier—, fábulas intrincadas y atroces, tramas sensibles como una tela de araña estremecida en sus centros por los movimientos más remotos, cuentos, en fin, donde las filiaciones físicas o morales se sugieren en el engrane de un puñado de palabras exactas, sensibles como un péndulo. Podría decirse sin exagerar que *La fábula de las regiones* es al realismo telúrico lo que los cuentos de Juan Rulfo a la novela de la violencia revolucionaria, o lo que la novela de José Bianco o de María Luisa Bombal a las novelas autobiográficas tradicionales. Asociación necesaria. Entre los cuentos de *El llano en llamas* y los territorios incendiados por un lento sol inmóvil de los cuentos de Alejandro Rossi afloran afinidades de materia narrativa y actitud literaria que la lectura no puede soslayar. La misma necesidad de interrogar la historia, de sumergirse en ella con rigor y libertad, la misma honesta severidad ante la narración, un instinto comparable para comunicar la imaginación individual con la materia histórica y mítica, el desdén por el énfasis, la necesidad de soñar la realidad hasta elevarla a su más libre potencia fantástica, la memoria involuntaria de los ritmos, de la música entrañable que hace danzar a las imágenes y a las palabras. Obra pudorosa —su autor se ha dado tiempo de ser breve—, *La fábula de las regiones* es el libro astuto de un autor sigiloso que no desprecia al lector y que espera de él la misma dolorosa conciencia, la misma constancia en la observación. Un autor que busca en los ojos de sus lectores la imagen de su mano que escribe. Lo corroboran, entre tantas cosas, sus historias contadas desde adentro de la historia, de la geografía y de los personajes, tal vez escritas para la relectura. Por eso *La fábula de las regiones* designa, además de un título, un procedimiento, una forma de escribir. Cada cuento encierra en la bola de cristal de su leyenda un conjunto de espacios, una baraja de historias enunciadas y a la vez virtuales, es como un álbum familiar de las patrias hispanoamericanas en el cual se suceden y desfilan personajes, lugares, momentos decisivos y emblemáticos

de nuestra memoria civil. Fingida deriva del recuerdo y la reminiscencia, virtuosa espontaneidad de la evocación que armoniza perfectamente con la fluidez fluvial de este Rossi narrador. Obviamente las líneas de su prosa no aparecen como un conjunto simétrico de canales paralelos al modo versallesco; más bien surcan la página como fluctuantes y concéntricas serpentinadas, figuran una red de afluentes, proponen tramas entreveradas que desembocan su desenlace a la manera múltiple de los deltas. Nada de ello sería asombroso si el autor hubiese escrito tres novelas en lugar de tres cuentos que se las arreglan para evocar la inmensidad dentro de un territorio restringido y, a la manera de los jardineros de Japón, abrir un paisaje donde otros plantarían con esfuerzo su aparatosa cactácea. Más aún, *La fábula de las regiones* comprende un atlas vivo de repertorios literarios y en su delicada y aun selvática ecología verbal cada elemento desempeña una función única, tensa, inaplazable, como si la vegetación narrativa se alimentara al mismo tiempo de la humedad insinuante del aire creado y de los mantos subterráneos de la tradición alertamente compartida. Es decir, que los cuentos del libro extraen su fuerza de ese difícil equilibrio entre la consistencia de la fabulación individual y la destilación en escorzo de la materia mítica, popular, histórica y común.

Pero, ¿quiénes son sus personajes? Viejos caudillos —Gregorio Sotero, don Leandro, don Teófilo Requena, Baldomero, Casimiro— que traen a la mente el linaje hoy mal visto de los césares criollos. ¿Quiénes son? Los rezagados discípulos tropicales de Pedro el Grande y sus políticas de civilización, “Señores honorables y divertidos”, robustos viejos que hacen cantar al paisaje con su trabajo y su terco abolengo sedentario de próceres rústicos y que se oponen, naturalmente, a los enfebrecidos guerrilleros que hacen poesía aguardentosa con la violencia, a los alebrestados sectarios que improvisan himnos con la metralleta. Viejos ennoblecidos por haber sobrevivido, árboles majestuosos que amparan pueblos y familias con su sabiduría, su gloria conquistada por igual en el trabajo y en la guerra.

En ellos se confunden las gestas de la patria con las crónicas de familia, y en su conversación fluida y preñada de reminiscencias se oye la voz de los patios y de las pequeñas plazas, la pacífica melodía de los caserones solariegos, el idioma familiar y sin énfasis que inspira la tierra al agricultor. Personeros clandestinos y singularísimos de una modernidad no menos singular —ellos son la materia germinal de la historia en que están inmersas estas historias—, protagonizan en cierto modo la lucha a muerte entre la creación cultural y la fatalidad telúrica. Por ello encarnan todo lo

contrario de las nostalgias tradicionalistas, hambrientas de jerarquías destruidas y movidas por fracasadas esperanzas. Varones educados que viven al margen de la actualidad superficial pero que leen a veces a Gibbon y por eso pueden entender el sentido de movimiento —por ejemplo: el de los “pandectistas”—, que de tanto en tanto luchan “sin ninguna fortuna, por un código unificado de la región” y que sin duda han dejado su huella en el alma de hombres como Gregorio Sotero. Todos estos horizontes los llevan a ser, en cierto modo, los artífices de la geografía, los vencedores sobrevivientes de “las fiebres viajeras que atravesaban la región, las pulmonías fulminantes del otoño empapado, los errantes curas azucarados que pregonaban remotos monasterios místicos, la sombría prueba de valor entre adolescentes ociosos y mutilados, la curiosidad por ese pasado tan enigmático, tan justo, tan desordenado”. De ahí que estén llamados a ser los agricultores de la humanidad, los padres que crían a su descendencia en medio de la selva “con esmero de botánico” y que se desvelan por contemplar “con satisfacción de semilla vieja, una estirpe ya arraigada”.<sup>2</sup>

Agricultores resueltos a sembrar la humanidad en la selva y que, entre otras cosas, dominan los secretos que garantizan la vida a los injertos y cruces entre las razas que la habitan. Gracias a ese dominio —gobierno también del propio cuerpo— se orientan por el laberinto de las regiones y, al hacerlo, crean una inteligencia única, necesaria, no postiza, nacida de la experiencia de la tierra. Es la inteligencia que los hace adivinar la filigrana oculta que une en lo profundo a los artificiales países de América, tan mentirosamente divididos por “fronteras de tinta china”. A fuerza de caminar han llegado a ser sedentarios que cuidan los lazos que atan a los pueblos con su pasado y su porvenir; a fuerza de surcar con el cuerpo el océano de los mapas, entienden la intrincada trama consanguínea que alarga sus raíces por todo el continente.

La suya es una operación amorosa. Entregan su verdad envuelta en el cuerpo. Y cuando aman no realizan un acto privado, consuman una transfusión recíproca de destinos: “Nunca entramos solos al amor, están con nosotros quienes nos precedieron, genealogías iluminadas u oscuras cuyo origen exacto ignoramos. Es una carga de caballería, nunca un duelo solitario”.<sup>3</sup> (Hay que decir, además, que la mujer no está en modo

<sup>2</sup> “El cielo de Sotero”, en A. Rossi, *La fábula de las regiones, Obras reunidas*, op. cit., pp. 365-374.

<sup>3</sup> “Sedosa la niña”, en A. Rossi, *La fábula de las regiones, Obras reunidas*, op. cit., p. 392.

alguno excluida de esa comprensión entrañable de la historia, como lo demuestra la presencia de Mariela, la hembra sedosa y consciente de que, al elegir al nieto de don Teófilo, busca la salud cabal que consiste en enamorarse de un destino.)

No es extraño, entonces, que desprecien la historia —al menos la de los historiadores a sueldo, mercenarios de la memoria. Si la pedagogía es para ellos una variedad de la botánica, la historia de los libros de texto, las crónicas del catecismo oficial aparecen por fuerza ante sus ojos como una prótesis burda: la herramienta torpe que esgrime el poder en turno para ordenar a su gusto el pasado. La historia de los historiadores no pasa de ser un apéndice, “una extensión de la política, de la lucha grande”, y el escenario político precisamente eso: malentendida liturgia, coreografía simulada para ocultar el juego de las fuerzas reales. Entonces, si el objeto de la historia no estriba en expresar “la oscura y tumultuosa verdad autóctona” (Picón-Salas), sino en asegurar “la paz de esos pueblos dispersos”, la literatura —entendida con la complejidad y el rigor con que la practica el autor de *La fábula de las regiones*— llega a ser el único instrumento capaz de enunciar “las terribles —o irresponsables— verdades de la vida”. Para Alejandro Rossi, al igual que para Gregorio Sotero, su personaje, nuestra historia verdadera todavía no ha empezado. Tal vez empezará cuando intentemos comprender esos preparativos que llamamos historia para no ser presa del desamparo. Y nada más natural que la barbarie de nuestra experiencia histórica precise para ser expresada de instrumentos tan finos y a la par tan poderosos. La geografía americana impone calma; tal vez por eso Alejandro Rossi se ha dado tiempo de ser breve.

## ALEJANDRO ROSSI: UN EDÉN NECESARIO\*

A José de la Colina

### I

*Edén. Vida imaginada*<sup>1</sup> de Alejandro Rossi es un libro fascinante y de absorbente lectura. Deja en el paladar del lector un misterioso eco nítido y un caudal de preguntas. ¿Qué es una novela? ¿Qué es una gran novela? ¿Cómo distinguir una obra maestra? ¿Qué pasa en *Edén* y qué pasó en el lugar llamado así? Una obra aterciopelada y sagazmente construida como *Edén* se plantea con sencillez e irónica inocencia, entre otras cosas, como una relación de los tiempos felices de una familia en tiempos difíciles.

El tránsito de la niñez a la adolescencia del personaje —Alex y su hermano— se cumple como un rito de paso entre la seducción de la fascinante Cheché (madre del personaje) y la pasión sigilosa por una muchacha, Adriana, de impecable y saludable belleza. La novela transcurre en un deportivo ir y venir infatigable entre salas de aeropuerto, hoteles, albergues, casas, residencias, continentes, trenes, barcos verificando al sesgo como un breviario o guía del buen y del bien vivir. Un dato notable que presta fuerza a esta vertiginosa narración es el de la seguridad y convicción, por no decir la fe, de cada uno de los personajes en la *necesidad* de ellos mismos y de ese ameno mundo cosmopolita que habitan con la mayor naturalidad, como si no prestaran demasiada atención al orbe peligroso que *tienen* que recorrer (el de la Segunda Guerra Mundial y sus alrededores). Al leer *Edén* de Alejandro Rossi revive en mí la emoción estética que han suscitado grandes obras de la literatura como, por ejemplo, la novela *El jardín de los Finzi-Contini* de Giorgio Bassani.

\* Adolfo Castañón, “Alejandro Rossi: un edén necesario”, en *Venezuela entrevista*, El otro/el mismo, Caracas, 2009, pp. 106-112 (prólogo de José Balza).

<sup>1</sup> Alejandro Rossi, *Edén. Vida imaginada*, FCE, México, 2006 (Letras Mexicanas).

La ligereza, la levedad se tiende a confundir en nuestros tiempos con frivolidad y banalidad, pero una novela extraordinaria —un animal perfecto— como esa caja de música mental que es *Edén. Vida imaginada* no corre el riesgo de pasar desapercibida. A una semana de publicada, la novela ya es reconocida y saludada entre los lectores más diversos como una obra clásica no sólo por su sobrio temple, por su armónica construcción y su aérea y sigilosa andadura, sino por los racimos de inolvidables e innúmeros detalles materiales (de la ropa y los calcetines a la calidad de la leche y de las casas) que la informan y la van esponjando en la mente del lector como un espejo inasible. La “vida imaginada” de la novela transcurre entre Italia, Venezuela y Argentina —y, de hecho, cabría leer este ejercicio de desdoblamiento y triangulación incesante como una historia de tres ciudades y tres o más tiempos sagazmente involucrados e imbricados entre sí, o bien como una novela de detectives donde el reto es descubrir el momento en que aflora el amor. Transcurre la novela en hoteles, albergues y casas de familiares, en un pulso itinerante que va dando la pauta educativa de Alex y Félix, los dos hermanos que sostienen como dos columnas la techumbre argumental de la novela.

*Edén. Vida imaginada* —la primera novela de un autor que antes había escrito cuentos, relatos y ensayos de una rara perfección y que mucho antes había cumplido un severo y positivo itinerario crítico y filosófico— es también un canto de amor y admiración a la madre, a la vida saludable, a la vida verdaderamente vivida y alcanzada al fin —para saludar a Proust— y a un mundo que se levanta línea por línea con intacta lozanía. El mundo de *Edén* ahí está y es impecable y terso, inolvidable, como una canción legendaria en torno a la familia, y en su trasfondo alienta un himno a una “ciudad” o a una civilización hecha de ceremonias, ritos y formas —un mundo, no sobra decirlo, glorioso, y como el de esas películas entrañables en las cuales nada es casual y todo pasa sigilosamente.

El autor ha insistido en una cautela: la historia contada e imaginada no es autobiográfica o confesional, pero quienes algo lo conocemos —a distancias variables a lo largo de los años y de los altibajos de los días— podemos decir que *Edén* no es tampoco un texto estrictamente impersonal y que —para quienes han tenido algún trato con el autor— resulta una obra ineludiblemente imbricada en su *imago*, en la *phantasia* que despierta en nuestro interior —y en el del autor mismo— ese actor que es el autor que es (a veces) la persona. La luz borgeana, aludida por Juan José Reyes, baña con vertiginosa fuerza la silueta deportiva del sujeto elocuente que se desdobra en Alex, Alessandro, Alejandro.

Pertenezco al número de quienes están condenados a leer *Edén* desde el conocimiento y el trato con el autor, y no puedo dejar de leer o apreciar su novela sin tener presente la fuerza de su ascendiente personal, la sobe-rana energía y la vivacidad de su inteligencia íntegra, plena, real y necesaria, para no hablar de la pegajosa condición onírica de una escritura que hace de *Edén. Vida imaginada* una maquinaria verbal y un lugar imaginario y, a partir de ahora, la denominación puntual de una actitud puramente narrativa, en definitiva de un *ethos* de la fábula y la ensoñación.

## II

“¿Y usted conoció de veras a Manuel José Othón?”, le preguntó Jorge Luis Borges a Alfonso Reyes cuando lo conoció en Buenos Aires, en el departamento de Pedro Henríquez Ureña. Al autor de *Reloj de sol* le brillaron con malicia los ojillos rasgados de mandarín criollo y le replicó en inglés: “*Did you ever see Shelley plain?*”, citando unos versos de “Memorabilia” de Robert Browning que de algún modo reiteraban la pregunta del argentino: “¿Acaso alguna vez vio a Shelley cara a cara?”. Este tipo de preguntas zumbaban a mi alrededor durante mis primeros encuentros con Alejandro Rossi, en el verano de 1975, en la redacción de la revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz y publicada por el diario mexicano *Excelsior*, animado por Julio Scherer.

“¿Y tú conociste a José Gaos? ¿Y cómo era Martin Heidegger? ¿Y Gilbert Ryle? ¿Y Raymundo Lida? ¿Y Rómulo Gallegos?” Las preguntas me quemaban la lengua, pero me mordía los labios y no las soltaba pues al fin y al cabo eso no era lo importante, me decía a mí mismo mientras corregía alguno de los textos de *Manual del distraído*, por ejemplo, el titulado “Puros huesos”, ayudado por la coordinadora Ana María Cama, que leía en voz alta como apuntador: “...me vino a la memoria la voz de Ortega y Gasset, escuchada en un disco hace años, en aquel departamento que tuvo José Gaos frente a la calle de Melchor Ocampo. Esa voz gruesa y como dejada caer, arrastrada en los finales de las frases, y que en esa época me sorprendió por el tono tan de tertulia, tan de café. Un empleado canoso pontificando a las seis de la tarde ante sus víctimas de siempre”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Alejandro Rossi, *Manual del distraído*, Joaquín Mortiz, México, 1978, p. 16, y en *Obras reunidas, op. cit.*, p. 27.

En realidad, no sé qué tanto importa para conocer la vida del espíritu cuáles han sido los autores con que un escritor ha tenido comercio o trato, y Alejandro Rossi no es tampoco muy proclive al tosco ejercicio de andar por el mundo soltando nombres como un niño que reconoce a todos los habitantes de la tienda de muñecos. Eso no ha impedido desde luego que en el curso de viajes y andanzas, se me plante alguien, con sombra de precursor y cuerpo de epígono, y me pregunte: ¿y tú conoces a Alejandro Rossi? ¿Y cómo es?

La pregunta roza la persona pero en realidad quisiera dar en el blanco de un mito: el acertijo intelectual que representa la inteligencia en movimiento continuo de un escritor que ha sabido transitar con limpieza y entrega de la filosofía, la cátedra y el seminario al ensayo literario y de éste a la narración fulgurante; la adivinanza viva que encarna una inteligencia capaz de reconstruir los argumentos conceptuales más complejos —como en *Lenguaje y significado*— y de *salvar* y comprender casi con fervor los hechos y pasiones más bochornosos e inquietantes de nuestra hispanoamericana historia (como en *La fábula de las regiones*), siempre con una lengua diamantina, un oído de afinador de pianos y un corazón intacto y bien nacido. He tenido la fortuna de leer y de oír leer a su autor no pocas de esas páginas suyas que parecen venir del país de los diamantes y en las cuales cada rayo de luz semántica se arquea en sucesivos prismas y cadenas asociativas. El nombre del escritor hispanoamericano nacido en Florencia en 1932 de una rancia familia italiana y descendiente de un ilustre libertador e insurgente hispanoamericano —de ahí la vivacidad de su sabiduría criolla— ha significado para un puñado de lectores americanos una contraseña, un argentino *shiboleth* que declara que, luego de las órbitas trazadas por el sistema estelar de la Triple B (Borges, Bioy, Bianco), más allá de donde las rocas sueñan, su breve obra abismal salva un espacio porvenir para las fábulas de la inteligencia, y es posible ver convivir en ella el baluarte y el jardín.

A pesar de haberlo leído y releído, de haberme embarcado en su compañía en conversaciones concéntricas que saben volver matemáticamente al puerto de partida, para mí Alejandro Rossi sigue siendo un misterio. No creo dominar las claves de su prosodia y a veces pienso que no sé si lo he conocido realmente. En todo caso, espero haberlo reconocido.

## III

Es conocida la frase de Talleyrand a propósito de que sólo quienes hubieran vivido en el Antiguo Régimen previo a la Revolución Francesa podían haber conocido “*la douceur de vivre*”. La edad dorada de la vida se asocia a la infancia, juventud y a los años de plenitud física. En términos mitológicos, la edad dorada evoca un ámbito primitivo y elemental. En esa edad de oro no había trabajo, sino juego, y no existía la guerra. Los hombres vivían en armonía, y una ley natural imperaba entre los hombres y la creación. Esa edad dorada dejó en la memoria de los hombres el resabio de una dulzura y suavidad inolvidables. No sólo inolvidables: alimenticias.

La sal de la alegría y la felicidad, la sal de la admiración recíproca y la estima, de la gracia y el humor impregnan las páginas sagaces, sensuales de *Edén. Vida imaginada*, libro escrito por Alejandro Rossi, escritor de fronteras o entre-fronteras, extraterritorial. Ciudadano de varias ciudades, historiador de diversas historias, francotirador de las letras, Alejandro Rossi representa también un tipo inclasificable de escritor capaz de asumir y reinventar varios géneros y tonos.

¿A qué género pertenece *Edén. Vida imaginada*? ¿Es una novela? ¿Es una autobiografía? ¿Una fábula? ¿Cómo definir la perfecta inestabilidad de estas memorias y crónicas? ¿Cómo logra persuadir y convencer al lector de su fuerza? ¿Basta invocar la autosugestión que el autor tiene de la importancia y trascendencia de sus personajes?

La historia contada es sencilla; es el cuento de una familia acomodada que va y viene entre Europa y América. Es el cuento vivido por muchas familias hispanoamericanas que han tenido que recorrer —como la de Borges, Álvaro Mutis, Julio Cortázar o Salvador Elizondo— el mar atlántico y en cuyas memorias hay un sabor ultramarino y cosmopolita. Familias que, al mismo tiempo que están orgullosas —orgullosísimas— de sus historias locales, saben poner en su lugar el cuento de las patrias y matizar y relativizar la ensalada de los valores nacionales.

*Edén. Vida imaginada* es ciertamente una historia de familia, la historia de dos hermanos, Félix y Alex, y de sus padres singulares y sensuales —Cheché y Remo—, a quienes por cierto pocas veces se les llama “papá” y “mamá”. Es también una historia de iniciaciones y aprendizajes, ritos de paso y ceremonias secretas. Pero es también algo más: una geografía imaginaria, y escrita, una *topología* simbólica erizada de pequeñas y grandes claves, pero es ante todo una fina y refinada construcción literaria que sabe alternar en su tablero las piezas de un ajedrez de la verosimilitud

temporal. Pues de la misma manera que los personajes transitan y se trasladan de una ciudad a otra (como si nunca se cansaran de viajar) y viven con prisa (“la prisa divina de vivir”), van y vienen entre los pliegues del tiempo obedientes al imperativo categórico del narrador, a la necesidad de contar una historia encrucijada en varias.

Pero esta historia feliz y a propósito de la felicidad transcurre entre guerras, ejércitos y movimientos que enmarcan con sus sombrías cortinas las tramas doradas, deportivas de este cuento ágil y que versa sobre la agilidad y la destreza del vivir.

Cuento de dos familias y dos continentes. Obra finamente ensamblada, escrita con tenso impulso y velocidad atinada en sus aparentes desviaciones y digresiones. *Edén. Vida imaginada* es una construcción ejemplar.

Casa encantada, castillo inmaterial de destinos cruzados, jardín de laberintos, *Edén* es un texto de lectura fluida pero de intrincada arquitectura. Sigiloso como un arma mortífera, el ramillete de *ejemplos* que se cruzan, embobinan e imbrican, hacen del texto un libro no raro, sino rarísimo de la literatura hispanoamericana en la medida en que el juego de la imaginación y la verosimilitud se traslapan abismando al lector en un vértigo de posibilidades que se entrecruzan y de épocas que se absorben unas en otras. Libro eminentemente visual, recorrido por el arcoíris del humor y la paleta de la ironía, *Edén* muestra a un escritor en la plenitud de sus facultades creativas, preñado de recursos e invenciones tan placenteras como peligrosas. Obra de madurez, *Edén* es un libro magnífico cuya lectura, una vez iniciada, no se puede ni se debe abandonar so pena de perder el encanto acumulado en sus travesías músicas.

Observador minucioso, detallista, encarnizado maestro del pormenor y de la minucia, Rossi se ha dejado escribir un libro inclasificable, se ha dado el lujo de perpetrar un acto de ilusionismo magistral donde, como en la pintura, la perspectiva es un juego, la luz cruda es castigo y la penumbra hospitalaria, la posibilidad misma de la narración.

Memoria intrínsecamente física, la de *Edén* está animada por el amor y la pluralidad pero también por el deporte: desde las carreras de automóviles, el fútbol culminando en la natación, el deporte no es sólo registrado como ejercicio físico y sensación empírica: es también un espacio de socialización, es la prolongación o complemento del mundo mundano —entre aburguesado, noble, diplomático— en que transcurre esta historia que podría ser leída como el reverso dorado e inteligente de *Corazón, diario de un niño*, obra que da cuenta también de una educación sentimental.

## PRELUDIO ENCONTRADO EN LA SELVA DEL RECUERDO

*La fábula de las regiones* de Alejandro Rossi es sin duda uno de los textos más concentrados y magnéticos de la literatura hispanoamericana contemporánea. Su soberano imán —alimentado por Borges y por Kipling— atrae hacia su trama luminosa la historia y el erotismo, la guerra y los tórridos paisajes de la América profunda. Marcela Rodríguez, la versátil y prolífica compositora mexicana, ha elegido uno de los cuentos de ese libro para desarrollar un ejercicio de lectura musical, una lección interpretativa donde las cargas y silencios del texto desembocan en un espacio acústico de inquietantes intensidades.

Los tensos hilos de la trama que teje el texto “Sedosa, la niña” se alargan sin tanto disimulo en la orquestada intensidad de unas cuerdas que despliegan su fronda no desde la fijeza sonámbula de una tapicería entresoñada, sino desde el líquido vértice de la piedra que, al caer, riza el agua. La ondulación concéntrica del relato, la veleidosa inminencia de su incisiva ironía va afilándose en la inexorable obstinación de una *fábula musical* —así llamaría yo a este preludio encontrado en el recuerdo de la selva— que se mueve y palpita al filo de la palabra como un enjambre acuciante y envolvente de sensaciones.

Ese intangible nudo, esa nube inaudita, es el armónico tenaz, el *tercer dato* —ni palabra ni música: experiencia presentida— que va emergiendo en el oído interno ante la complicidad especular que une al texto de Alejandro Rossi con la partitura de Marcela Rodríguez.



## ¿POR QUÉ ESCRIBE LITERATURA UN FILÓSOFO?

¿Por qué escribe literatura un filósofo? ¿Por qué juega con las impresiones, los recuerdos y las imágenes un hombre encadenado a la rueda de molino de la precisión? Una misma pasión por lo concreto anima la teología y la representación. Pero ese escritor que parece registrar todo lo que le pasa por la cabeza y escribir la mitad de lo que piensa, habla, discurre, ¿piensa?

No quiero engañar a nadie diciendo que soy un filósofo. Es una profesión que ignoro, respeto y no ejerzo. Si —más libremente— podría llamármese un pensador, es una cuestión indecisa que exige cierta discusión de términos. La evitaré por aburrida e inútil. Pero soy una persona que piensa, lo puedo jurar. Todo el día, desde que me despierto, pensar es una actividad que practico con desesperación y desgano. Un vagón que se precipita por una montaña rusa. El más leve contacto con la realidad desencadena esa furia interior. Tengo, entonces, que pensar rápida y decididamente. Con lo dicho, debe quedar en claro que no soy un provocador: jamás he pretendido enredarme con el mundo o escarbar en la famosa realidad. Más bien lo contrario: saberla lejana e indiferente habría sido mi mayor deseo. Sí, una larga vida en blanco, mover los ojos, estirar los brazos, masticar pero sin pensar. O pensar sólo a ratos, con toda la intensidad que se quiera, pero no continuamente, pero sin esa meticulosidad, sin ese detalle. ¿Y si fuera posible pensar como se sigue el vuelo de una mosca? ¿O como esas personas que ponen un disco, lo escuchan con placidez bovina y luego vuelven a guardarlo en un mueblecito insignificante y laqueado? Si estuviera en mi poder, pensaría poco, poquísimo y, sobre todo, de manera gruesa e imprecisa. Elegiría el momento preciso y me dedicaría a pensar sin la menor exactitud, a lo bestia, dando brincos, revolcándolo todo, un miniaturista que embarduna la pared con una hoja de palma o construye un muñeco de barro

inmenso y desproporcionado. Bromeo, naturalmente, porque sé hasta la saciedad que vivir sin pensar es una contradicción. Y pensar sin hacerlo con ahínco, con perseverancia, sin voltear siempre hacia la derecha y hacia la izquierda, es un disparate. Pero no podría ser de otro modo: pensar es, en definitiva, tomar en cuenta la ilimitada variedad de factores que intervienen en la más pequeña de nuestras acciones. Empleo un lenguaje aproximativo y deliberadamente incorrecto porque, en rigor, no existen acciones pequeñas, desnudas de complejidad. Mi experiencia —créanme— es definitiva: cualquier acción —pensada a fondo— es un pozo que conduce al centro de la tierra.

(“Por varias razones”)

El hombre que cree que lo real es revolucionario (y al revés), que confía en la razón, la crítica positiva, lo literario de la literatura y el patriotismo de la burocracia podría objetar a la literatura de este tipo: la realidad es magnificada a través de una descripción que la disminuye, el narrador construye su inteligencia a base de degradar la de los demás y —agregaría—, cuando ese infame se vuelve hacia alguien, lo primero que registra son los lunares, los granos, las pequeñas cortaduras matinales, los archipiélagos de caspa sobre un cráneo sumiso. Sería inútil afirmar que se trata de una nueva literatura de las costumbres: ensayos de introspección social. Crónica de una “hidridización de los símbolos”, torsiones de una escritura intransitiva en la que las palabras y las cosas son inscritas en un trueque subrepticio y efectuado con disimulo. Catálogo abierto de actitudes y gestos, semiología clandestina, catastro donde los pequeños propietarios del espíritu comprobaran con desánimo que el espejo donde creen ver reflejado lo universal es un deflector prefabricado, *Manual del distraído* explora con la literatura un terreno engañosamente baldío: muchas veces lo que sucede a los cuerpos del lenguaje, mientras el lenguaje se revela como una aptitud multiforme y versátil. No un almacenamiento inerte, sino un instinto de la tensión, una cierta facilidad para reconocer ese estado de percepción previamente diferenciada y articulada que nos hace experimentarnos a nosotros mismos como productos y objetos en un juego de intercambios dominado por la repetición. El lenguaje sigue, recrea y desdobra la serie de escurrimientos compartibles que desembocan en ciertos “gestos habituales”. Es una zona bastante alejada de las encrucijadas ulteriores (el aquí se funda más allá) donde sudan sangre y sudan tinta los menesterosos del sentido.

Manual del buen escribir, guía para descarriados culturales, breviario evasivo de una gramática tan antigua como el mundo, pero todavía capaz de darnos la buena nueva: escribir bien es vivir bien. Un libro tenso y que impone preguntas igualmente tensas y extremas. ¿Para qué género de aprendizaje está concebido este prontuario dinámico del desapercibimiento cotidiano? ¿A qué nos inicia cada uno de estos ritos y cada una de estas ceremonias en las que comulgamos gustosos con la miseria? ¿A qué militancia, a qué práctica induce una palabra obstinada en hablar de la vida como si fuera literatura y de cada uno de nuestros gestos y distracciones como la parodia involuntaria de géneros y recursos retóricos que sólo se eclipsan para vivir mejor bajo nuestra propia piel? No hay que dejarse llamar a engaño por los gestos urbanos y acomodados de un narrador listo a camuflarse en una irónica etiqueta literaria, pues esa palabra que desteeje creencias y certidumbres es ella misma un tejido donde, so pretexto de criticar la mala literatura que es la vida del prójimo, so pretexto de protegernos de lo ficticio cultural, se nos contagia el deseo de buscar otras causas para los mismos efectos, se nos empuja imperceptiblemente al reino de la imaginación, a ese carnaval clandestino que es la vida cotidiana.

Parejas de enamorados, léperos intelectuales, lectores bárbaros, populistas lacrimosos, tontos a sueldo, vividores con bombín, niños curiosos, mentores ejemplares fieles de una historia anticuaria, narradores poseídos por la necesidad de nominar al lector y todas las demás víctimas vivas de un deseo muerto se pasean con satisfecha parsimonia por las jaulas y escenarios de este circo de las actitudes, que es también como un bestiario de los hipócritas de la cultura. Señor de la apostilla y profesional del asterisco, el comentarista parece limitarse a seguir sus evoluciones. Su labia punzante nos desanima y regocija al acompañarnos por los amplios pabellones donde se quejan y revuelven esos otros enfermos imaginarios que, en su hipocondría, se han infectado incurablemente de lenguaje y creencias apócrifas.

El guía —una silueta movediza y cortante— tensa sin necesidad de mucha provocación el muelle de la risa y la ironía resquebrajando la costura de asociaciones automáticas que escolta muchos de nuestros pasos. A veces se trata de una explosión sarcástica diferida, la risa exacta y desoladora de un Robinson aislado; en otras ocasiones es un cuchicheo travieso, el soplo zumbón de un apuntador indiscreto —en cualquier caso, esa risa siempre se insinúa en el ambiguo vacío donde se desenvuelven los personajes. Libro que no solicita la interpretación y que, más preciso, más am-

bicioso, la desautoriza indirectamente: libro para ser usado, libro que nos pone en disposición y donde la risa se filtra con amabilidad en la malicia que nos semblantea. Un libro disparejo, o mejor, un libro sin par, obra cuya disposición obligaría a cada uno a inventarse o a sacar de sí mismo un lector capaz de apreciarla.

Rossi, en todo caso, no es un paladín de verdades exclusivas y pseudofundadoras. No es otro de esos pequeños propietarios del espíritu, ansiosos de inyectar trascendencia a “su secreto” o de calzar plataformas metafísicas o ideológicas a su redituable identidad. Se podría decir que su indagación se presenta bajo la forma de acuarelas engañosas que con sus tonos razonables y persuasivos anuncian que nos van a proteger de la imaginación (las falsas creencias) sólo para mejor entregarnos y precipitarnos a lo imaginario, etcétera. Aun en ese nivel apenas descriptivo, ya estaríamos interpretando demasiado. Y es que su insistencia en las percepciones complejas (los personajes de Rossi no deciden, se podría decir que sus decorados deciden por ellos), su gusto por las minucias (que dejan de ser tales para proyectarse en la pantalla de una óptica cotidiana), su desatar nudos para en seguida volverlos a trenzar (buscar otras causas a los mismos efectos), ¿no multiplicarán de alguna manera lo imaginario, no nos distraen, divirtiéndonos, poniéndonos en contacto con todos aquellos elementos que configuran lo falso insignificante de nuestra visión normal, pero que son los signos únicos y verdaderos, indivisibles y no intercambiables en el alfabeto abierto de una percepción siempre nueva porque siempre aparece desencadenada? El delirio interpretativo de estas líneas se explica tal vez en razón de la violencia con que el distraído ha sabido contagiar el escozor de lo real, la sed que tienen las cosas de hacer resonar su propio coloquio a través de los labios de los hombres, el apetito por salir de lo innominado que cada objeto, cada percepción, cada impresión actualizan bajo la tensa superficie de un lenguaje que con frecuencia los gobierna y excluye. Así, los personajes principales son los objetos y las impresiones, los recuerdos y las derivas del pensamiento. Está lejos el peligro de fabular en falso, de imponerse a los personajes las tentaciones de una ventriloquia parlanchina y espuria. El personaje no es en *Manual del distraído* un ícono estático capaz de estimular nuestros automatismos imaginativos. Otra cosa: una silueta que se precisa conforme devuelve sus gesticulaciones; no tanto una identidad fija como una apuesta de intensidades fallidas, esto es: rajadas abiertas. Máscaras que se derriten, espantapájaros que

gotean, pensamientos que se escurren sobre su objeto laqueándolo con el húmedo sudor de la libre asociación.

Filósofo y escritor, Alejandro Rossi ha pasado de la filosofía a la literatura sin renunciar a las disciplinas y austeridades a que está sujeto el discurso filosófico y sin hacer de esa salida al espacio del hombre común que es la literatura un pretexto para entregarse a la promiscuidad del mercado. La transición se verifica en el momento en que Rossi se encuentra en plena madurez y no deja de provocar cierta perplejidad. Para algunos, participa de la conversión religiosa. A mí me recuerda la transformación que hace del pacífico y casero hidalgo Alonso Quijano un caballero andante llamado Don Quijote de la Mancha. Acaso fatigado de la reducción y concentración teórica que le proponía la filosofía o tal vez harto de las seguridades dogmáticas con que se defienden del desamparo los espíritus débiles; quizá deseoso de proseguir al aire libre su aventura intelectual y con la suficiente seguridad en sí mismo para dar la cara a la incoherencia fuera del laboratorio de los silogismos y en su propio terreno, Alejandro Rossi decide romper lanzas, desenmascarar el narcisismo, mirarse a sí mismo y a su lenguaje en el espejo de cuerpo entero de la página en blanco, liberar y dejar libre de paréntesis ese mundo que había quedado suspendido en el curso de sus investigaciones filosóficas, en fin, exponerse desnudo a la enfermedad incurable de las emociones y del significado que tan escrupulosamente había observado en sus análisis sobre el trabajo del lenguaje y el significado. Sin embargo, es preciso adelantar una cautela. Se trataría más bien de una transición que de una conversación. Estamos muy lejos de los lloriqueos del arrepentimiento o de la turbulencia de las abjuraciones de última hora. Rossi no reniega en ningún momento de sus hábitos intelectuales profundos, no rectifica, y su caso dista mucho de los banales adulterios intelectuales a que nos tiene acostumbrados nuestro tiempo, tan pródigo en sociólogos que se reciclan como novelistas al segundo hijo, en historiadores que se reconcilian con su narcisismo, en la escritura de novelas de escritores que jubilan a su musa en el asilo de ancianos de la erudición. No, Alejandro Rossi no se encuentra entre esas legiones de individuos entusiastas e indecisos que cambian en el último minuto su destino y ceden, desfallecientes, a una ruptura sin consecuencias, ni tampoco entre aquellos otros prestidigitadores que escamotean el problema asumiendo el rutinario vértigo de una doble vida intelectual, de un cómodo y bifásico ausentismo. Acaso sea esa tenaz integridad la que lo

vuelve una figura en cierto sentido inoportuna en el gremio de la filosofía. Un aguafiestas que se da el lujo de salirse de la academia para descubrir con resignación que es —ni más ni menos— un pensador indiferente a los decorados de la razón, pues “lo que cuenta es esa concentración” que lo ha llevado a descubrir que “cualquier acción —pensada a fondo— es un pozo que conduce al centro de la tierra”. Un pensador dispuesto a admitir varias razones, a vivir en toda su extensión las variedades de la experiencia racional, a admitir que, una vez dormidos los pájaros de la opinión, ya en plena noche de la razón, el calor no ha cedido y permanece, intacta, la exigencia del sentido.

Rossi el heterodoxo, el ajedrecista y el esgrimista dispuesto a desafiar cualquier beatería profesoral y a demostrar que el hábito no hace al monje ni lo ayuda porque lo induce a tomar en serio su beatitud, el subversivo autor de tantas conversaciones intelectuales entre sus amigos, discípulos y lectores, el tentador dispuesto a resistir todas las tentaciones que el lenguaje propone al pensamiento, habría dado con su paso hacia la literatura otra vuelta de tuerca a su vocación intelectual, habría quebrado aquel voto de castidad imaginaria y emotiva que impone en su paréntesis la filosofía, para dar forma y articulación, para *salvar* —ésa es la palabra— momentos y zonas de la percepción que se esconden en el límite de una y otra experiencia y con la convicción de que hacer mala filosofía es también hacer mala literatura. Tal paso precisaba no poco valor intelectual y moral ya que asumir, abrirse a las variedades de la razón puede acobardar casi a cualquiera pues equivale a reconocer, de paso, la legitimidad de otros discursos y otros interlocutores. Ahora, al superar la impasibilidad teórica y encarnarla en una generosa ecuanimidad moral, habría seguido el impulso de aquellos filósofos de la Antigüedad que no temían salir desnudos a la plaza en busca del diálogo. En busca del diálogo y no —eso es claro, a pesar de su éxito— del mercado.

La cortesía con que Rossi se acerca al lector, la naturalidad con que intima, la amistad misma que despierta la franqueza con que nos invita a compartir su aventura, están muy lejos de la indulgencia permisiva, de la coquetería facilona de cantidad de narradores y conversadores caóticos que siguen al lector como un perro faldero moviendo sin cesar la cola recortada de sus frases. Rossi, en cambio, busca el diálogo, es decir, la diversidad de la razón.

A pesar de las apariencias que nos lo podrían presentar como un Robinson Crusoe de la inteligencia en medio de la confusión de la cultu-

ra, no parece estar solo en esta transición que va de las preocupaciones estrictamente críticas y analíticas hacia cuestiones de orden público o, al menos, hacia espacios donde la socialización del pensamiento resalta inevitable y necesaria. Creo reconocer cierto paralelo, cierto aire de solidaridad espontánea entre el itinerario del autor del *Manual del distraído* y el de algunos filósofos dentro y fuera de la lengua española que han transitado de la filosofía analítica a la ética, de la crítica del lenguaje a la teoría de la justicia y los problemas de la virtud. Rossi, más drástico y plenamente leal a su conciencia de la variedad de las experiencias del pensamiento, ha saltado del examen y la argumentación a la creación de situaciones en las que esos argumentos se implican, del escrutinio de lo irreductible a la encarnación de ese irreductible que es por excelencia el lenguaje literario.

En esa transición hacia el mundo y la historia, Rossi se encuentra, desde luego, a sus maestros y amigos, saluda y reconoce a las personas que soportan el pensamiento, identifica recursos, argucias, mañas, usos que auspician o decepcionan —en los otros y en él mismo— ya no sólo la vida intelectual o la pedagogía sino la comunicación misma, la amistad, el sentido común. Las historias de Rossi son en muchos sentidos pedagógicas y algunos de sus motivos asiduos son: los diversos ritos de iniciación, los aprendizajes, los entusiasmos y decepciones que sufre una pedagogía de la diversidad, los ejercicios de admiración intelectual, las perplejidades de la amistad, la cruzada festiva contra modas y retóricas, la sátira y la anatomía incesante de muchas de las formas de desprecio o sobreestimación que la comodidad gregaria y la aceptación pusilánime imponen a la inteligencia.

Esa transición se da también como un reconocimiento de la diversidad y multiplicidad de interlocutores que rodean al autor. A las muchas patrias, a las muchas tierras donde el autor tiene memoria —Italia, Venezuela, Argentina, México, España, Inglaterra, Alemania— corresponden otros cosmopolitismos, la condición versátil de un autor que es capaz de expresarse a través de diversos lenguajes y que domina diversos idiomas culturales, pertenece a diversas razas discursivas. Esta pluralidad de biografías y virtudes intelectuales se expresa desde luego en su obra literaria. Una obra escrita y releída bajo diversos ángulos y que es capaz de hipnotizar al lector por la milagrosa sencillez con que logra esa compleja convergencia. Por otro lado, no cabe duda de que esa conciencia de la riqueza de interlocutores reales y potenciales ha sido uno de los factores decisivos en la salida de Alejandro Rossi hacia la literatura. Una salida,

ya lo dijimos, similar a la de Don Quijote, guiada por la inquietud de la universalidad y de la vigencia vivida, de la autenticidad, si nos asusta decir del pensamiento. Paradójicamente, tal riqueza de interlocutores que son asuntos, que son espacios, parecería la materia prima, no una literatura, *sueños de Leibniz*, que se abre al mundo para comprender su diversidad pero que está fatalmente condenada a concentrar, reducir y condenar —*Sueños de Occam* y *Sueños de Gorrondona*—, de tal forma que le sucedería al autor algo similar a lo que afecta a Don Quijote, quien sale de su biblioteca hacia el mundo, fatigado del fraude fantasioso de las novelas de caballería sólo para descubrir, a la vuelta de cada nueva aventura, que el mundo está incurablemente enfermo de mentiras, que la distancia entre los sueños y la realidad sólo la salva la voluntad o el fraude y que la carne es aún más triste cuando, después de haber leído todos los libros, todavía se tiene la audacia de leer el libro del mundo. Así, por el hecho mismo de conocer por igual los secretos que gobiernan el álgebra de la mente y las contraseñas de la historia, el autor nos parecería entregado a un desgarramiento y a una tensión poco habituales que dan a su aventura literaria la consistencia de una ética. Si por un lado su vocación literaria lo apremia hacia una avidéz comprensiva de la experiencia y del mundo, por el otro sus virtudes intelectuales naturales y adquiridas, su educación intelectual, los métodos y hábitos de su conducta mental lo enfrentarán a la certeza de que ninguna historia concluye verdaderamente ni siquiera por el hecho de que todas tengan algo en común. Esa tensión lancinante alimenta lo que he llamado la Ley de Rossi: aquella ecuación según la cual el sentido se recobra y se fortalece en la medida en que los sentidos se abren inteligentemente al mundo. El amor está en los detalles; ésa es la razón por la cual la inteligencia amistosa de Alejandro Rossi representa algo más que un dato estilístico y es, en definitiva, reconozcámoslo, un arte de vivir.

## SI MADRE DE MI FE MI CIENCIA FUESE

### I

Por fuerza o congruencia, las verdaderas teorías del filósofo, ¿no han de ser sus experiencias? Nada expresa mejor los límites de su pensamiento verbalizado que las articulaciones de su biografía. Pero como su vida en verdad y realidad vivida son sus ideas, o toda aquella cauda imperceptible que las rodea —impensadas ocurrencias, intempestivos, vigilantes ensueños—, ¿habremos de contar con que sus sueños son su filosofía, su razón, sus fantasmas? Nosotros lo ignoramos, pero quizá él lo sabe mejor que nadie, cuando se pone a escudriñar el pasado fugaz de las constelaciones asociadas por su derramado pensamiento; si se deja caer al río, por siempre superficie, de las percepciones soslayables, ¿no se entrega en cuerpo y alma a la cascada del nombre y el acontecimiento, de la actualidad y la palabra? Sabe que no es fácil nombrar y guardar la prosa, casi imposible dar alcance al verbo por fulgurante que sea el pensamiento. ¿No es cierto que quien nombra se expone a dejar entrar en la boca la evasiva mosca de la distracción que todo lo torna fugaz o aun relativo? ¿Será ese tábano de prismática óptica el que prestará elasticidad realísima a la boca dominante? Tal oscilación no dejará de tener efectos al dar cuerpo a las denominaciones o al preñar de significación los nombres propios, latentes, de cosas y personas. Despréndese de aquí algo más que una reflexión vagabunda sobre el allende de las costumbres: desentráñese, disfrútense en *Sueños de Occam* una radicalización del hábito o tensión cotidiana que consiste en saberse ante la desbordante presencia de lo que está; ante ella, por ella y de tanto crecer, se desvanece, en el momento mismo de realizarse, la poderosa burbuja del ego, igual que la espuma de los días, las nubes, el relámpago o el agua que pasa. En la cámara lenta de la prosa, cae la pompa hecha pedazos y del modesto pan de los sueños apenas si van quedando migas ¡Bing-Bang!

Los devora una crítica radical o, mejor, un arraigarse en la crítica, vale decir en la relativización. Respaldamos, un poco por comodidad, la convención de llamar a estos textos literatura, no porque no lo sean y en alto grado, sino porque ésa es una de las pocas palabras que nos quedan para significar lo experimental allí donde las márgenes del azar son tan amplias, donde la metodología se confunde de modo tan astuto con la exposición que la lengua termina disimulando al mundo: como si nos despertáramos de (nuestros) *Sueños de Occam*; como si nos despertaran ¡por fin! *Sueños de Occam*.

¿Son los *Sueños de Occam* nada más que saludable muestra de *belles-lettres* o de aquel otro género misceláneo que comprende cartas, viñetas, retratos, recomendaciones, pastiches, recetas, cuentos, ensayos, divagaciones, excursos y otros juegos? El método sigue las enredaderas de la “libre” asociación —y van las comillas condicionales para aludir a la plausible orquestación de ese divagar. La voz que escribe en *Sueños de Occam* no canta sus pasos: rinde cuenta de sus paseos. Con ellos ha delimitado un territorio, tallando un mapa sin contentarse con circunvalar espacios; a cada objeto lo envuelve con el enjambre zumbón de su ocurrencia. No hace “ochos” sintácticos; si su andadura puede parecer extravagante, es porque, de asociación en asociación, se da vuelo con sus vuelcos: parece que va a caminar pero brinca, da tres giros en el aire y, cuando ya lo vemos caer, todavía da otra pirueta. Su espíritu no sólo cae en pie siempre, sino que cae como quiere. Poco importan, al parecer, los objetos de su asunto. Se diría que están allí para impedir marchas rectilíneas y propiciar la danza, que no otra cosa es eso de cantar, contar, pesar los pasos. ¿Dónde habrá aprendido a bailar así? Quién sabe, desconozco el lenguaje de la danza. Me limito a asentar que la voz en *Sueños de Occam* se sirve de los más diversos medios para comunicar, acaso para indicar una distancia, acaso para señalar una dirección —¿la de las fuentes del alimento?—: tan pronto contoneándose, tan pronto sofrenando un trotecillo alborotado, verificando en círculos o en media luna su trémula errancia. ¿Cómo, pues, dar cuenta de estos *Sueños* que son bailes?

Si de algo, de muy poco serviría traducirlos; deducirlos ya sería infra-productente; sólo sería maltratarlos frotar la volátil, frágil cáscara de sus imágenes. Más bien habría que desviarse; a semejanza suya, llevar a otro lado, arrancarse de las pegajosas catástrofes cotidianas para mejor entregarse a esa fuga escrita cuyo plan de vuelo es la economía de producir los mayores efectos con el mínimo de movimientos o de retraer, retratar en

su expresión mínima las apariencias elementales del vivir para evitar que las relaje la ominosa profusión de la vida.

## II

Las muestras reunidas por Alejandro Rossi en *Sueños de Occam* lo son de los gérmenes insensibles de la conducta en la cataclísmica cotidiana. De la sosegada paz civil, de la holganza inevitable de los tiempos muertos entre una y otra productividad, va destejiendo el narrador aquellas pequeñeces vertiginosas que luego alientan con su trifurca las decisiones. ¿Semilla de insidia o discordia, espavientos en ciernes, actitudes incipientes que el día de mañana redundarán en lucha o guerra, incidentales ademanes del alma observados ahí donde se bifurcan trampa y traición? ¿Lucha libre con el ángel del mal? Decirlo a tal escala, sólo sería empeñarse en matar mosquitos a escopetazos. En *Sueños de Occam*, por más que se mencione esta arma de fuego, no hay explosiones, pero sí mosquitos, enjambres cristalizados de percepciones evagantes o evasivas, actos imponderables que luego moverán al mundo. Y ¿no es cierto que cada acto conmueve el polvo, sobre todo si es involuntario o fallido? Los actos, cuanto más impensados y subrepticios, mejor promueven la confusión, con mayor violencia echan a rodar procesos incalculables cimbrando las piedrecillas que mañana serán peñas que pasado mañana harán de nosotros, al caer, monarcas derrocados de un mundo que se creyó estable. Así logramos tumbar sobre nosotros la lápida de lo irreversible, así nos prestamos a ser regidos por derroches que no son de Dios ni de los hombres. Abre *Sueños de Occam*, es decir, alumbra y desentraña, la ceguera omnisciente de los hábitos a través de un registro tenaz del estropicio rutinario: la maldad de las costumbres, la catalepsia implícita en el abuso de los usos. Razonomiento, racionamiento, recorte de las ceremonias caseras de que cada cual es maestro, tácita invitación a mejorar el pulso y ahorrar la pólvora en las batallas que, a veces sin saber, damos por desenredar la trama celeste. Que no se hable, empero, de desenredos ni desenlaces. Lo que es tangible en *Sueños de Occam* es una recreación experimental, bajo control, del profuso, múltiple flujo mental perdido en el tiempo. De la anatomía de la melancolía queda en *Sueños de Occam* la cibernética residual —embriaguez y diagnóstico— de los hombres. Expongámoslo de otro modo: lo incisivo de esta empresa narrativa que de veras nos va produciendo o

haciendo aparecer a partir de la comezón de la duda, cosquilla que pica y apremia; lo incisivo de estos *Sueños de Occam* que abren la herida de estar vivos habrá de revelarse, por un lado, en la manera en que contagian su bacilo a los lectores —¡cuántos no hemos creído comprenderlos cuando sólo dábamos signos de ser presa mordida por su infeccioso proyecto!—; por otro, habrá de revelarse en el diplomático sesgo, doble filo de estas letras manifiesto en la sastrería mental verificada sobre el lector.

Hablo de baile, y no lo hay sin pareja. En la danza de *Sueños de Occam* comparece el lector. No es que aparezca de cuerpo entero y de una buena vez. Si bien entra y sale con disimulo, merodea infatigablemente. Lejos está de ser el lector activo en *Sueños de Occam* unseudópodo ornamental conforme con la boga boba de los tiempos. Es el lector agente, fibra orgánica del aparato motor de estas prosas —lo cual vale decir que, prácticamente, nuestro autor escribe leyéndose, transformado sigilosamente en sello original el simulacro, haciendo del reflejo vértebra, eje decisivo en su describir. Pero que el lector está presente en estas escritas cirugías, que estos antifaces urdidos con sintaxis han sido ensayados ante un espejo anamorfo, entrometido, que va imponiendo sus figuraciones a la maleable humanidad leyente, no es ningún descubrimiento; tampoco lo es la confirmación de que en la comedia gesta de *Sueños de Occam* el lector —el alma, ¿no tiene cara de espejo?— nunca ha sido perdido de vista: cuando mejor creía dominar el animado paisaje de la conciencia fingida en *Sueños de Occam*, ya estaba cayendo en la trampa que lo aguardaba. La suavidad con que el autor lleva a buen término su explosiva empresa es tan admirable como explicable, como si la necesidad hubiese creado el órgano. Todo el mundo está dispuesto a aceptar sin más que están podridas las frutas del árbol del conocimiento; en cambio, a los profesionales del saber ya les resulta menos halagador que un hombre risueño les venga a palpar la cabeza para decirles, con gracia y tino, cuán descompuestas tienen sus partes blandas.

### III

“Guía de forasteros” fue el rótulo general que amparó a estos papeles a la hora de su publicación periódica. Se dirá que toda guía lo es de forasteros, que su argumento de fondo es el viaje que sortea las dificultades que nos impiden volver —y ya se sabe que “volver es vivir”. Volver en nosotros mis-

mos, salir del eclipse nuestro que es el seguimiento de las órbitas ajenas. Para ir, salir o volver, la “guía de forasteros” —faro que, al señalarnos el camino, también nos da en la cara y nos retrata— nos va sacudiendo las voces ajenas para restituirnos la silenciosa querencia de los trebejos familiares. No distingue, pues, entre influencias físicas y morales. “La lección de esta pobre obra de barro, limpia y armoniosa, sencilla y genuina, entrará hondamente en nuestro espíritu. Ningún autor podría influir más en nuestro estilo.” La frase es de Azorín, pero encuadra bien *Sueños de Occam*, pues hace saltar a la vista uno de los rasgos que hacen tan personal la empresa de Alejandro Rossi; el temblor, la emoción, el gustoso riesgo del que atraviesa la poderosa selva de su recámara para salir de la perplejidad en pos de una órbita, un ritmo cada vez más suyo.



## A TREINTA AÑOS DE *MANUAL* *DEL DISTRAÍDO* DE ALEJANDRO ROSSI

*Porque Rossi es ante todo un ojo implacable y una memoria castigadora:  
no se le pasa una. No se le pasa él mismo. Con eso está dicho todo.*

Juan Nuño  
“Prólogo” a *Manual del distraído* (1987)

### I

—¿La primera vez que vi a Alejandro Rossi? —En la fotografía de la contraportada que acompañaba su libro filosófico *Lenguaje y significado* (1969), publicado por la editorial Siglo XXI en colores blanco y azul.

Un hombre sentado haciendo ademanes dirigidos al libro que está leyendo, como si estuviese discutiendo vivamente con alguna persona y no tanto examinando un arduo texto. Esa imagen mayéutica se quedó grabada en una galería íntima e invisible donde la figura de Rossi convivía con las de S. Kierkegaard y J. P. Sartre. Esa fotografía mostraba un lector poco común, un lector en movimiento, capaz de reaccionar con el cuerpo a la presencia o a la sombra de una idea, dejándose llevar por las aguas de una conversación casual. Y eso es ante todo el poderoso *Manual*, un libro de conversaciones.

No es fácil decir que se ha leído y comprendido un libro tan riguroso y obstinado como *Lenguaje y significado* en el que se discuten algunas ideas y puntos de vista del movimiento filosófico llamado positivismo lógico que Alejandro Rossi ayudó a propagar en México e Hispanoamérica, junto con Fernando Salmerón y Luis Villoro —discípulos todos de José Gaos—, con la fundación de la revista filosófica *Crítica* (1967) editada por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Gustavo Guerrero, el escritor venezolano radicado en París, al saludar recientemente estos treinta años de la primera edición del *Manual del distraído*

Años más tarde (1975), lo conocí en las oficinas de la revista *Plural*, en Reforma, dirigida por Octavio Paz y en la amable compañía de Kazuya Sakai, Danubio Torres Fierro, Ana María Cama Villafranca y de Sonia Levi-Spira. No sólo lo conocí personalmente, lo leí y me atreví a incluirlo en un arbitrario panorama de la narrativa mexicana publicado en 1976, en el Suplemento *La cultura en México*, dirigido por Carlos Monsiváis,<sup>2</sup> dos años antes de que fuese editado el libro por Joaquín Mortiz.

---

do precisaba: "...recordemos que el *Manual del distraído* no es la obra de un distraído sino del autor de *Lenguaje y significado* (1969), una de las figuras más destacadas del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y uno de los pensadores que, allá por los años sesenta, introdujo la enseñanza de la filosofía analítica en América Latina. *Rara avis*, Alejandro Rossi se identifica con una tradición intelectual muy distinta a la de la mayoría de sus colegas universitarios, pero a la que no le resultan menos ajenos los supuestos que fundan la práctica literaria de muchos de sus amigos escritores. Cuando empieza a componer el *Manual del distraído* y se muda con armas y bagajes al mundo de las letras, Rossi no sólo trae consigo sus inclinaciones personales, sino también la estética que le dicta su filosofía: a saber, una estética que ha dejado atrás la metafísica y los altos vuelos del idealismo alemán". Gustavo Guerrero, "Treinta años del *Manual del distraído*", *Letras libres*, septiembre, núm. 117, año X, 2008, p. 88. También incluye colaboraciones de Jaime Moreno Villarreal y de Humberto Beck.

<sup>2</sup> "Y tus hombres Babel se envenenaron de incompreensión. La narrativa mexicana de los setentas", *La cultura en México*, núm. 743, 4 de mayo de 1976, pp. II-X; *Siempre!*, núm. 1192, 28 de abril de 1976, recogido en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, presentación, prólogo, selección y bibliografía de Aurora M. Ocampo, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, Dirección General de Publicaciones, México, 1980, p. 276-278.

## II

*La diferencia entre la escritura humana y la divina consiste en que el número de signos de la primera es limitado, mientras que el de la segunda es infinito; por eso el universo es un texto insensato y que ni siquiera para los dioses es legible. La crítica del universo (y la de los dioses) se llama gramática.*

Octavio Paz, *El mono gramático*

Las puertas se abrieron. Me sorprendía de este libro de apuntes, viñetas, ensayos, cuentos, “confesiones rápidas” y relatos mínimos y minimalistas, su capacidad casi inverosímil para encarnizarse en las minucias y en los detalles, sin perder de vista un horizonte o ambiente general. Descubría yo en sus páginas vigorosamente armadas por la astucia una guía meteorológica no tanto o no sólo para escribir el mundo —ahora me doy cuenta— sino para leerlo y re-leerlo desentrañando la implícita “teoría de la acción” patente en cada caso y episodio. Una y otra vez ensayé interrogar el misterio literario de este libro incomparable (es decir poético, crítico y filosófico) que desde su primera edición y a lo largo de sus sucesivas estampas en México, Caracas, Barcelona —para sólo hablar de algunas de las ediciones en español—<sup>3</sup> ha sido recibido como una suerte de bálsamo capaz de aliviar los malestares de la cultura moderna o inducir como ungüento intelectual un alivio. El caudal de saludos entusiastas se refleja, así sea parcialmente, en las dos compilaciones críticas que se le han tributado; la mexicana, editada por la UNAM y el Equilibrista, y la venezolana editada por Monte Ávila en Caracas cuyos 60 selectos nombres señalan la amplitud generacional, cosmopolita y bibliopolita, de su resonancia:

Luis Miguel Aguilar, Javier Alfaya, Lyda Aponte de Zacklin, Rafael Arraiz Lucca, Aurelio Asiain, José Balza, José Bianco, Carmen Boullosa, Fabienne Bradu, Julieta Campos, Victoria Camps, Adolfo Castañón, Rafael

<sup>3</sup> Alejandro Rossi, *Manual del distraído*, Joaquín Mortiz, México, 1978. También fue editado por Monte Ávila Editores, Venezuela, prólogo de Juan Nuño, 1987; Círculo de Lectores, Barcelona, prologado por Octavio Paz, en 1997; Editorial Anagrama, Barcelona, 1980 y 1997, con textos a modo de prólogo de Julieta Campos, Adolfo Castañón, Carlos Monsiváis, Octavio Paz y Juan Villoro.

Castillo Zapata, Luis Alberto Crespo, Luis Chitarrone, Antonio Deltoro, Salvador Elizondo, Alberto Espinosa, Adolfo García de la Sierna, Juliana González, Hernán Lara Zavala, Francisco León González, Luis Ignacio Helguera, Alejandro Herrera Ibáñez, Enrique Krauze, Héctor Libertella, José Antonio Lugo, Carlos Mosiváis, Eugenio Montejo, Marco Antonio Montes de Oca, Rafael Humberto Moreno Durán, Álvaro Mutis, Elia Nathan Bravo, Juan Nuño, Víctor Flores Olea, León Olivé, Julio Ortega, Octavio Paz, Mark Platts, Carlos Pereda, Fernando Pérez Correa, Álvaro Pombo, Juan José Reyes, José Antonio Robles, Salma Saab, Antonio Sabarrit, Fernando Salmerón, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Suñén, Danubio Torres Fierro, Emilio Uranga, Margarita Valdés, Juan Villoro, Luis Villoro, Ramón Xirau.<sup>4</sup>

### III

El misterio de esta obra singular persiste como una suerte de insomnio catártico que obliga al lector a teatralizar o a fantasear en su íntima palestra algunas de las escenas contadas por este libro que en cierto modo configura una época en sí mismo porque encierra entre sus páginas —por algo se llama manual—, además de los nudos invisibles que inspiran cada uno de los casos expuestos, varias formas o procedimientos de contar o exponer historias variando y regulando con pulso de acero controles y descontroles, gobiernos del cuerpo del idioma. Una idea y una práctica, un oficio y una disposición de la prosa que no resultaba fácil encontrar entonces y que ahora, por el contrario, es relativamente fácil distinguir en medio de tantos breviaros espurios de la espuma, como si Rossi fuese el reanimador público de cierta inteligencia dispersa o agazapada bajo o entre los escritorios académicos, alrededor de los cuales —y más allá— él ha viajado tanto y tan bien.

Algo de Borges, Arreola, por supuesto, pero también de Reyes, de Azorín y de Ortega, del prosista Octavio Paz y del narrador agazapado en Bioy y Bianco. Ese tono entre exuberante y elegante, entre punzocortante y translúcido que sentimos es el de Alejandro Rossi acaso le viene de los

<sup>4</sup> *Alejandro Rossi ante la crítica*; selección, prólogo [Itinerario] y notas de Adolfo Castañón, Monte Ávila, Caracas, 1997. Incluye textos de José Bianco, Victoria Camps, Salvador Elizondo, Álvaro Mutis, Juan Nuño, Octavio Paz, Luis Villoro, entre otros.

autores italianos (¿el prosista Eugenio Montale, Italo Svevo o Tomasso Landolfi?)<sup>5</sup> o de los alemanes (con Lichtenberg a la cabeza, quien fuera leído por ese teórico del acto fallido y de los *lapsus* o “distracciones”: Sigmund Freud). Pero estos ejercicios de comparatismo improvisado sólo servirían para sofocar con las falsas apariencias de la comprensión el hecho irreductible de que este breve y abismal libro de libros, de mil y un días portátiles, el *Manual del distraído* en tres décadas no ha perdido nada de su brillo de espejo recién cortado y seguramente, como una planta carnívora en el jardín botánico, seguirá alimentándose del enjambre que la envuelve y de las savias soterradas y táticas de su tersa, catártica estética.

#### IV

*Manual del distraído* de Alejandro Rossi se planta en el campo de la historia literaria como una excéntrica y singular empresa donde conviven el ensayo, la narración, la meditación y aun la confesión. Su escritura se nutre de diversas experiencias: la filosófica, la literaria, la poética, la autobiográfica y aun la política. Esta última perspectiva parecería útil para articular un discurso razonable y razonado en torno a una obra donde se digieren y ventilan diversos nudos de la experiencia *distraída* por el autor. Una idea de la prosa supone una idea de la ciudad y de la civilidad. Por eso, el que lea y relea *Manual del distraído* no dejará de preguntarse desde qué lugar se articulan esas frases a la par certeras y serpentinadas. En dicho lugar se cruzan saberes e ignorancias, historias y asociaciones necesariamente urbanas y ciudadanas: la ciudadanía ahí comprometida o expuesta es, antes que la de un saber, la de una sensibilidad que se sabe y saborea...

Pero el distraído del *Manual*, más que un alma sensible, parece un genio sensitivo e ingenioso cuyos horizontes exigentes ponen y suponen una convivencia a partir del fervor de la inteligencia y por la inteligencia. No es pues el *Manual del distraído* un libro bobo ni fácil: a pesar de su amenidad y su promesa *distraída*, no cede a la facilidad de la narración que encanta (aunque no se deja encantar) por el mundo de su propia fábula narrada.

<sup>5</sup> *Aproximaciones a Alejandro Rossi. Memoria del coloquio celebrado en el mes de febrero de 1993*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas/Ediciones del Equilibrista, México, 1994.

Si bien Alejandro Rossi con este libro “se jubiló” por así decir, como profesor de filosofía, la voz del narrador al que nada se le escapa no ha perdido del todo la vocación docente y hay una cierta serenidad exigente en el comedimiento de este maestro desvelado por las enseñanzas inde-mostrables de la conversación inteligente. Una conversación literaria —por evocar al fino espíritu de Enrique Díez-Canedo— obsesiva, inmutada por dos o tres soterradas ideas fijas que revuelven una y otra vez la superficie evasiva de lo implícito y entrelineado.

## V

En *Manual del distraído* resucita o se actualiza un género: la conversación, la conversación literaria que avanza como en zig-zag, retrocede, vacila, regresa y salta de un tema a otro sin otro orden aparente que el de la sensibilidad: la narración, el diario, la reflexión se funden en el acero cortante y límpido de una prosa concisa y que está decidida a zanjar ambigüedades y nieblas con su precisa combinación de tiempos sin soslayar la hirviente interioridad del lenguaje ni las claves de una vívida amargura divertida que sabe invariablemente —y acaso ése es su secreto— acompañar al otro, estar con el lector a través de una conversación tan cáustica como feliz. Esa alegría de leer apenas cumple treinta años y ya parece un texto clásico de simuladas divagaciones que hubiese estado ahí desde que se durmieron los dragones...

## UNA FIGURA PLURAL: TRIBUTO A ALEJANDRO ROSSI

No he sido para mi infortunio, en el sentido escolar de la palabra, un discípulo de Alejandro Rossi, aunque conozco su disciplina. He sido desde hace años uno entre muchos de sus amigos más jóvenes. Fui uno de sus primeros lectores y críticos; tuve en suerte reseñar como idea de libro *Manual del distraído* varios meses antes de que fuera encuadernado. He sido desde el Fondo de Cultura Económica su editor, y entre esas instancias, he podido ser su seguidor, lector, espectador, testigo, cómplice y acaso consejero quizá confidente... categorías poco académicas, lo reconozco. Tengo a mi favor que Rossi me haya dedicado una de sus corrosivas fábulas, “Un café con Gorrondona”, dedicatoria ciertamente honrosa, pero ambigua pues Gorrondona es una suerte de espelunco de la crítica. En medio, entre todas estas cosas, le debo a Alejandro Rossi Guerrero, ni más ni menos, un tramo grande de mi examinada existencia, en la medida en que gracias a nuestras conversaciones periódicas y muy intensas durante al menos una década y media de las tres a que se remonta nuestro comercio, él me fue revelando con nombres y apellidos, apodos y toponimias la existencia real de Venezuela en particular y de la América hispana en general. Dicho esto, ¿qué es lo que tenemos que agradecer a Alejandro Rossi?, ¿acaso somos nosotros los mejor acreditados para dar esa prueba de veneración y gratitud?, ¿es acaso este lugar el más adecuado para hacerlo? ¿Quién es Alejandro Rossi?, ¿qué representa?, ¿cuál de sus facetas —la de escritor, filósofo, maestro, amigo, guía, gramático de nuestros usos y costumbres inveterados— es a la que aquí se rinde homenaje?

Alejandro Rossi es conocido y reconocido como escritor y agudo lector, pero antes y al mismo tiempo aparece en el paisaje como maestro y, si vale, magistral maestro. Maestro. Esta noble palabra es acaso la que mejor le conviene, Maestro de escritores y lectores, escritor para escritores, maestro de verdad y de la verdad, de certidumbres y veracidad.

Agradezco a mi amigo y colega el doctor Julio Ortega, uno de los animadores de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, esta oportunidad de asociarme, junto con la española María Pizarro, lectora avezada de Rossi, a este “Tributo para Alejandro Rossi” y de expresar en voz alta algunas ideas y sentimientos en torno a esta figura fascinante a fuerza de transparencia para dar prenda de gratitud en público por su inteligencia crítica y su grata compañía leída, releída, comentada y convivida.

¿De dónde viene Alejandro Rossi Guerrero? De un mundo transatlántico y cosmopolita. Como Álvaro Mutis, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Julio Cortázar y José Bianco, viene Alejandro Rossi de Europa y América, de las Américas más profundas y de las Europas de tiempo muy moderno y muy antiguo.

De madre venezolana y padre italiano, nació en la noble ciudad de Florencia, en 1932. Su apellido materno remite su genealogía al tronco heroico del general José Antonio Páez, figura clave de la emancipación en Venezuela junto con Simón Bolívar. Pasa su movida y viajera infancia entre Italia y Venezuela, al igual que Alex, el personaje de la novela autobiográfica *Edén*. Su adolescencia transcurre en Buenos Aires, entre otros ámbitos, en un colegio jesuita donde encontrará al mítico padre Furlong —historiador regional que no ha merecido hasta ahora la atención de la diosa Wikipedia. Furlong, si es el mismo, fue el jesuita historiador Guillermo Furlong Cardiff, autor de una *Biobibliografía del Deán Funes*, publicada en la Universidad de Córdoba, Argentina, en 1939, cuando Rossi tendría unos siete años (el deán Funes fue uno de los artífices legendarios de la emancipación).

Pasados los veinte años, el joven Rossi llega a la ciudad de México orientado por el filólogo Vicente Gaos, a quien había conocido en California. Vicente, a su vez, lo remite con su hermano José Gaos —el eminente discípulo de José Ortega y Gasset de quien Rossi llegará a ser sin haberlo conocido como una suerte de nieto intelectual. Pasa por El Colegio de México, donde estudia con Raimundo Lida, pero muy pronto se da de alta como estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras. Se inscribe, digamos naturalmente, en los cursos y el seminario de José Gaos. Tiene como joven maestro y luego amigo a Luis Villoro, quien acaba de regresar de París y de Alemania. Junto con él y con Fernando Salmerón fundará más tarde una revista decisiva para el saneamiento de las atmósferas filosóficas e intelectuales mexicanas y americanas, *Crítica*, revista dedicada a difundir los temas y procedimientos de la filosofía analítica

anglosajona. Sin duda, el rigor y la vocación intelectual de José Gaos imprimen en Alejandro Rossi una huella intelectual y afectiva profunda. Participa en el seminario que dirige Gaos en torno al libro *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger. Ese espacio es severo y reducido, lo conforma un puñado de participantes y de algún modo participa de la secta o la sociedad secreta, formas de asociación que no son ajenas al temperamento argumentativo y dialéctico de Alejandro Rossi. Luego de recibirse con una tesis sobre Hegel que será tan debatida como aplaudida y que nunca se ha publicado, Rossi decide trasladarse a la Selva Negra de Friburgo, en Alemania, a atender el seminario que anima Martin Heidegger. Luego, al volver a México, proseguirá su amistad fervorosa con Gaos, Villoro, Salmerón y Emilio Uranga, pero eso no le impedirá mantener viva su red hispanoamericana y en particular venezolana. Mantener vivas las raíces pasadas o seguir el mismo debate en otros espacios son acaso el motivo que lo lleva a proseguir y ahondar su amistad con los filósofos de Venezuela, encarnados en dos nombres entrañables: Juan Nuño y Federico Riu, figuras inteligentes que lo han acompañado a lo largo de los días y los diálogos críticos. Ése es uno de los secretos de Rossi: saber mantener todas estas amistades desde una posición privilegiada, la del filósofo o si se prefiere otra fórmula, la del espectador comprometido, para evocar con la frase de Raymond Aron a otra figura amiga, la de Rafael Segovia, con quien Alejandro Rossi tiene tantas afinidades explícitas e implícitas. Así va Alejandro Rossi tejiendo una trama civil y literaria, política y vital que lo acerca a todo un contingente de pasajeros, trasterrados, exiliados, visitantes, trabajadores temporales, becados y otras variantes de la errancia académica y política. Nombres como los del puertorriqueño José Luis González, el nicaragüense secretario de Alfonso Reyes, Ernesto Mejía Sánchez, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, a los que habrá que añadir los de la emigración republicana en México, como Ramón Xirau, Tomás y Rafael Segovia, Luis Rius, Arturo Souto, José de la Colina y, desde luego, el nutrido ejército de escritores y artistas mexicanos de esa edad dorada de las letras americanas que se vivió en México por esos años, Juan José Arreola, Ricardo Garibay, Carlos Fuentes, Emilio Carballido, Jorge Hernández Campos, Jaime García Terrés, Víctor Flores Olea, Julieta Campos, Enrique González Pedrero, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Sergio Pitol, Sergio Galindo, Octavio Paz, Teodoro y Ulalume González de León, Gabriel Zaid. Era ésa la enciclopedia en marcha de la literatura hispanoamericana avocada en México.

Rossi no sólo parecía haber leído todo, sino en cierto modo haberlo releído también. Y entre tanto, siempre será fiel al foro de la cátedra y el seminario, de los cursos y clases; dirige tesis, alienta y desalienta, se adentra en los escenarios clave de la vida universitaria y colabora en no pocos proyectos académicos al tiempo que da sus clases y conferencias. Mordido por la curiosidad intelectual y la fascinación por el juego limpio de los conceptos y las ideas, estudia la obra de Wittgenstein como antes estudió la de Husserl, la de los filósofos y autores británicos y sajones que cultivan la filosofía analítica y la orillan a extremos críticos que no le son ajenos a su temperamento filosófico y argumentativo. No extraña entonces que dirija sus pasos para estudiar en Inglaterra con uno de los protagonistas eminentes de esa escuela: Gilbert Ryle cuyas enseñanzas lo conducen en cierto modo a la publicación de un breve libro abismal y de no fácil comentario, *Lenguaje y significado*, en el que Alejandro Rossi discute, es decir, enriquece, algunas de las ideas que se fermentan en ese cuerpo doctrinal. Una lectura temeraria: leer *Manual del distraído* a la luz de *Lenguaje y significado*. Si bien éste será el primer libro publicado por Alejandro Rossi, su figura en esos años en que se promedian los dorados sesenta —previos a la violencia que aflorará sistemáticamente a partir de 1968— es ampliamente conocida en la ciudad de México y en Xalapa, en Guanajuato y, fuera de nuestras fronteras, en diversos espacios de la América grande donde la buena nueva de un renacimiento filosófico y literario desde México va corriendo la voz. Siempre y en todo momento uno de los rasgos humanos e intelectuales, civiles y éticos de Alejandro Rossi es el ya aludido de no renunciar a ninguna de sus herencias —ni a la florentina, ni a la caraqueña, ni a la mexicana, ni a la hispánica, ni a la alemana, ni a la mediterránea, ni a la filosófica, ni a la civil y, desde luego, nunca a la literaria y artística. Tal pluralidad de raigambres y orbes, de genealogías y estilos de pensamiento conlleva claves comunes, denominadores compartidos que la compendian y encauzan. Una de esas claves es, a mi parecer, la responsabilidad de la inteligencia, fórmula que acuñó en castellano el filósofo español, traductor de Max Weber, José Medina Echavarría. Responsable es el capaz de responder. Esta capacidad de respuesta y, desde luego, asimilación crítica ha sido uno de los rasgos críticos y personales, literarios y éticos que han armado a Alejandro Rossi como ciudadano de varias ciudades. Rossi ha respondido y dado la cara por ideas, proyectos, empresas, amigos y personas —ya sea que se trate de revistas como *Crítica*, *Plural* o *Vuelta* (de la que fue al principio director interino)— ya de instituciones

como la UNAM —de la cual es investigador emérito y doctor honoris causa, y su biografía estrictamente universitaria requeriría varios capítulos—, ya sea de El Colegio Nacional o de El Colegio de México de cuya Junta de Gobierno ha tomado parte.

Amigo de ideas y de las ideas, amigo de los hombres de ideas, Alejandro Rossi gozó del privilegio y del gusto de ser interlocutor de uno de los grandes hombres de México —Octavio Paz—, de quien lo separaban 18 años de edad. No sé, no recuerdo cuándo Rossi conoció a Octavio Paz. Lo debe haber leído probablemente cuando llegó a México a principios de los cincuenta, y lo debe haber conocido personalmente desde los años de *Poesía en voz alta*. La amistad firme se establecería en los años setenta al socaire de la revista *Plural* donde Alejandro Rossi empieza a publicar las páginas que más tarde compondrán su memorable *Manual del distraído*, libro singularísimo, híbrido de la gramática de Port Royal y de prosa inimitable y verdadera. Esa amistad prosiguió durante más de veinte años hasta la muerte del poeta y estuvo hecha entre otras cosas de una infinita disponibilidad, amorosa paciencia y capacidad de escucha y atención recíprocas. Octavio Paz, nacido en 1914, se hizo amigo desde principios de los años sesenta del grupo de escritores más jóvenes que animaría la *Revista Mexicana de Literatura*, primero con Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo y en una segunda época con Tomás Segovia, Inés Arredondo, Jorge Ibargüengoitia, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Marco Antonio Montes de Oca, José de la Colina, Gabriel Zaid.

Cabe observar —después de todo estamos en el marco de la Cátedra Alfonso Reyes— que esa situación de correlación generacional entre Octavio Paz y este grupo más joven de escritores es muy similar a la que situó a Alfonso Reyes como el hermano mayor de los escritores del grupo de Contemporáneos —Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Carlos Pellicer, Rodolfo Usigli, Salvador Novo, Gilberto Owen, Jorge Cuesta, Jaime Torres Bodet.

Con una intuición certera que es preciso agradecer, Octavio Paz invitó a este lector de Borges y Montale, de Russell y Sartre, de Ortega y Gaos, de Bianco y Gerardo Diego, a sumarse a la nave de plata que formó primero en *Plural* y luego en *Vuelta*. Rossi respondió. No sólo con sus páginas cortadas como zafiros, sino con trabajo. Fue director interino al arrancar *Vuelta*, consiguió artículos, leyó y revisó traducciones, apuntó libros que era ineludible reseñar. Pero la amistad de Rossi Guerrero con Paz Lozano estuvo lejos de ser una relación cómoda y apantufada. Nexo alimentado

por la simpatía intelectual, por la pasión intelectual que es una de las más corrosivas, pero también gratificantes, por el razonamiento de las diferencias y las distinciones. El temperamento dialéctico de ambos los hizo beneficiarse recíprocamente del aliento y la tensión crítica. Lateral, colateralmente, esos altos hornos capaces de volver lívido el acero, a los entonces jóvenes espectadores que nos enterábamos de lo que se ventilaba, nos hicieron crecer el alma de otra forma y sin exageración puede decirse que de ahí nació, al menos en mi caso, un peculiar crítico-morfismo. Pero Rossi no necesitaba a Paz para escribir las páginas del *Manual del distraído* ni para descubrir esa forma híbrida del análisis y el cuento, de la confesión y el ensayo a través de la cual puso, por así decir, en circulación renovada y socializada la gramática de Borges, Bianco y Bioy. Rossi es de hecho como la pica en Flandes de *Sur* en *Plural* y *Vuelta*. De otra parte, muy probablemente sin Rossi, Paz no hubiese alimentado su profunda pasión crítica y no sé si es a Rossi que Paz le debe las lecturas de David Hume, y de Isaiah Berlin, las de Max Weber.

La amistad con o hacia una persona trasciende hacia su paisaje y su familia. *Plural* y *Vuelta* fueron, al igual que *Sury* la *Revista de Occidente* y *Cruz* y *Raya*, pasajes y genealogías, familias y cristalizaciones en las que se cruzaron y reconocieron —es decir, se dieron cuenta entre sí de su existencia escrita— autores como Gabriel Zaid y Tomás Segovia, Juan García Ponce y José de la Colina, Julieta Campos, Jaime García Terrés, Marco Antonio Montes de Oca, Teodoro González de León...

Pero entre tanto, la noticia había corrido, el filósofo Alejandro Rossi se iba haciendo más amigo de la verdad de Platón que de la verdad a secas y esterilizada, por amor precisamente a la verdad de la existencia y de la teoría, iba construyendo con sus páginas cortantes del *Manual del distraído*, y luego con *Sueños de Occam* y *Diario de guerra*, una forma *sui generis* de Literatura que se salvaba del impresionismo y la anécdota fácil sin caer en la elaboración insustancial. Y eso sólo era el principio pues vendrían obras como *La fábula de las regiones* y *Edén*, una vida novelada, que afirmarían a Alejandro Rossi como un mediador luminoso de la verdad del conocimiento y de la experiencia, como un verdadero polinizador, guía magistral por los sótanos, azoteas, plazas y corredores de la oblicua Babel contemporánea, incluida en nuestra biografía interior. Obras todas que afirmarían a Alejandro Rossi como un partero de almas bien nacidas en un mundo de aprendices y aprendizajes muchas veces cumplidos, muchas veces interrumpidos. Esta condición de partero de vocaciones literarias y

filosóficas, humanas y civiles en definitiva, la tiene Alejandro Rossi por haber sido, a su vez, a lo largo de sus trabajos y de sus páginas, un discípulo fiel de ese Maestro interior del cual nos habla Agustín de Hipona en su tratado *Del maestro*, y tiene como sencillo y arduo propósito el despertar a la conciencia de sus sueños y fantasías de buena y/o mala conciencia. Al labrar con pluma y palabra, tinta y aliento ese despertar de la inteligencia hacia lo real, y Rossi nos conduce a tenerlo presente en nuestro día vivido y pensado, escrito y leído. De ahí viene este renovado tributo a su figura plural, a su frugal figura.



## ORACIÓN FÚNEBRE POR ALEJANDRO ROSSI (1932-2009)

Nos hemos reunido aquí para dar con esta oración fúnebre un último adiós a nuestro querido amigo, maestro y padre intelectual, Alejandro Rossi, Alejandro Rossi Guerrero, en esta ceremonia convocada por el gobierno de la República a través de la Secretaría de Educación Pública, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en este recinto de Bellas Artes en compañía de su esposa Olbeth y sus hijos, nietos, amigos y compañeros de la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Nacional, El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica.

“Todas hieren, la última mata”, dice Horacio, y a él, Alejandro Rossi, le acaba de tocar esa última hora que es también la primera de su ausencia. Nació Alejandro Rossi en la noble ciudad de Florencia, de madre venezolana y padre toscano. Corría por su sangre la heroica del general José Antonio Páez, bajo cuya mirada parece haberse escrito ese libro prodigioso titulado *La fábula de las regiones*, que es como una sinopsis vivida y soñada de nuestra dolorida América y de la álgida Venezuela de sus amigos poetas y filósofos como Eugenio Montejo, Juan Nuño, Federico Riu y la de su hermano Félix. La Universidad Nacional Autónoma de México lo albergó desde principios de los años cincuenta; donde venía desde la profundidad cosmopolita —Buenos Aires, Florencia, Caracas— de aquel *Edén. Vida imaginada*, que luego nos regalaría Alejandro Rossi antes de morir como una joya que sólo se muestra al que sabe que va a morir.

A Alejandro Rossi no le gustaban los patetismos fáciles ni hubiera aceptado la ficha bibliográfica como elogio fúnebre. Sin embargo, es inevitable empezar a hablar en voz alta de la asombrosa trilogía literaria —ya podemos romper el silencio— que arman *Manual del distraído*, *La fábula de las regiones* y *Edén*, que han reinventado cada una el mundo de su género y juntas la prosa narrativa hispánica en su conjunto. Un largo y fecundo camino lo llevó a crear esas islas afortunadas del idioma: llegó primero a la ciudad de México poco después de cumplir veinte años

procedente de Berkeley, antes de Buenos Aires. El camino hacia esta casa llamada México se lo mostró Vicente Gaos, quien vio en él buena madera, de discípulo ideal, para su hermano el filósofo José Gaos.

Gaos le supo enseñar el camino de las ideas que es el camino, el rumbo de la crítica. Éste fue el nombre de la revista, *Crítica*, de filosofía analítica que fundaría años después con Luis Villoro y Fernando Salmerón en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM que fue como su segunda casa. Acaso por el ascendiente indirecto de José Gaos, a cuyo seminario sobre la traducción de *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger asistiría Rossi acompañado de fieles conjurados —Villoro, Portilla, Urrutia—, al terminar su tesis sobre Hegel, dirigió sus pasos hacia la cabaña de la Selva Negra donde sesionaba el seminario del filósofo alemán. Estudió ahí un par de años, pero de nuevo, la diosa crítica lo lleva a apartarse de ese pensamiento devorador y buscar otros horizontes en la filosofía británica, el positivismo lógico y la filosofía analítica de Ayer y Gilbert Ryle. La vocación crítica de Alejandro Rossi tenía no poco de poética y de ética, de lógica y de lúdica, algo sorprendentemente humano, humanísimo que llevaría a Alejandro Rossi a dejar de lado sólo en apariencia la filosofía para poner en prosa susurrada una inédita crítica al aquí, a nuestra opaca y sorda metafísica de las costumbres a la que él supo devolver su música de esferas en esa obra inagotable, *Manual del distraído*, libro que a unos meses de publicado pasó a ser un clásico en parte por haber sabido resucitar a Borges, Bioy y Bianco. Ése es el primero de los tres libros con que se levanta la limpia arquitectura literaria de la obra de Alejandro Rossi.

Mientras tanto, a Alejandro Rossi le gustaba conversar y darle la vuelta a la argumentación como si fuese una mascada de mago de donde iban saliendo palabras y conejos. Tal vez fue eso o su valentía de hombre libre y de amigo leal hasta el sacrificio lo que lo acercó a Octavio Paz y a toda esa constelación de amigos como Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Kasuya Sakai, Julieta Campos —entre los que se han ido— y Gabriel Zaid, Tomás Segovia, José de la Colina, Teodoro González de León, Fernando Pérez Correa y Enrique González Pedrero entre los que aún nos acompañan.

A Alejandro Rossi le gustaba conversar y era muy difícil despedirse de él porque al menor parpadeo volvía a enganchar el tren de la fábula y la idea. Además de ser maestro y escritor eminente, universitario cabal e íntegro ciudadano muy activo de la república de las letras, Alejandro Rossi supo ocasionar entre nosotros el genio y el arte de la conversación hasta

despertar en sus interlocutores la misma pasión por las ideas que a él lo animaba, hasta despertar, de conversación en conversación, al genio de la ciudad, al genio de la Universidad... El arte de la conversación resucitado por Rossi en la Universidad o fuera de ella es un arte civil, un arte política. Por eso la pérdida de Alejandro Rossi es una pérdida para la ciudad.

Dije al principio que nos reuníamos para decir adiós a uno de los más altos pensadores y escritores mexicanos e hispanoamericanos de la segunda mitad del siglo XX y de principios de este siglo. Debo corregir pues el que se va al morir en realidad se queda en nosotros, velando silenciosamente por nosotros que nos quedamos huérfanos de él. Parfraseando a su amado Jorge Luis Borges sabemos que Alejandro Rossi nos sueña y nos acompaña, nos juzga y entra erguido como el día en la noche. Que sólo se ha ido para hacernos adivinar cómo sería el mundo sin esa conversación magnética capaz de salvar el rostro de la ciudad con un par de frases inteligentes en sus imágenes y en sus semejanzas.

*Fare thee well and if forever, forever well.*



## BIBLIOGRAFÍA DE ALEJANDRO ROSSI\*

- (1955) *La razón y lo irracional en la ciencia de la lógica de Hegel*, tesis, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México [inédito].
- (1966) *Fenomenología del relaxo*, Jorge Portilla, edición y prólogo de Víctor Flores Olea, Luis Villoro y Alejandro Rossi, Era, México.
- (1969) *Lenguaje y significado*, Siglo XXI, México; FCE, México, 1989.
- (1978) *Manual del distraído*, Joaquín Mortiz, México; Anagrama, Barcelona, 1980; FCE-CREA, 1986; Monte Ávila, Caracas, 1987; FCE, México, 1987; FCE, México, 1996; Anagrama [a modo de prólogo textos de Julieta Campos, Adolfo Castañón, Carlos Monsiváis, Octavio Paz y Juan Villoro], Barcelona, 1997; Círculo de Lectores, prólogo de Octavio Paz, Barcelona, 1997; Mondadori DeBolsillo, Madrid, 2007.
- (1983) *Sueños de Occam*, UNAM, México.
- (1987) *El cielo de Sotero*, Anagrama, Barcelona.
- (1988) *La fábula de las regiones*, Ediciones del Equilibrista, México [incluye: “El cielo de Sotero”, “La estatua de Camargo” y “Sedosa, la niña”]; Anagrama, Barcelona, 1997 [incluye los antes mencionados más “El brillo de Orión”, “La lluvia de enero”, “Luces del puerto”]; Joaquín Mortiz, México, 1998; Mondadori Debolsillo, Buenos Aires, 2009.
- (1989) *Filosofía de la filosofía* antología de José Gaos preparada por Alejandro Rossi, Crítica, Barcelona; FCE, México, 2008.
- (1994) *Diario de guerra. Antología narrativa*, Vuelta, México.
- (1996) *José Ortega y Gasset*, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón, Luis Villoro, Ramón Xirau, FCE, México [1ª ed. 1984], (Breviarios, 389).
- (1996) *Cartas credenciales. Ensayos*, discurso de ingreso a El Colegio Nacional, El Colegio Nacional, México; Joaquín Mortiz, México, 1999; Fundación Bigott, Bigotteca, Venezuela, 2004 (Serie Literatura).

\* Agradezco a Olbeth Hansberg de Rossi el acceso a la bibliohemerografía de Alejandro Rossi.

- (1998) *Ceremonia luctuosa en memoria de Fernando Salmerón*, discurso de Alejandro Rossi, El Colegio Nacional, México.
- (1999) *Un café con Gorrondona*, Joaquín Mortiz, México.
- (2000) *Palabras para un Premio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- (2004) *Obras reunidas*, FCE, México.
- (2005) “La lectura bárbara”, *Leer y releer*, núm. 42, Sistema de Bibliotecas, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- (2006) *Edén. Vida imaginada*, FCE, México; Lumen, Barcelona, 2007.

### ALEJANDRO ROSSI EN VOLÚMENES COLECTIVOS O DE OTROS AUTORES

- (1986) “Cumpleaños de un amigo”, en *Los reinos combatientes, todavía: palabras y versos en el 60º cumpleaños de Jaime García Terrés*, El Colegio Nacional, México, pp. 39-41.
- (1993) “Sobre la prosa seca y el humor extravagante”, en Lauro Zavala, *Teorías de los cuentistas*, t. III, UNAM, México, pp. 385-388.
- (1994) “Borrador de un elogio”, en Adolfo Castañón *et al.*, *Octavio Paz en sus obras completas*, FCE, México, pp. 49-56.
- (1999) “La página perfecta”, en Miguel Capistrán (comp.), *Borges y México*, Plaza & Janés, México, pp. 367-373.
- (2001) “Recuerdo de Plural”, en Marie José Paz, Adolfo Castañón, Danubio Torres Fierro (eds.), *A treinta años de Plural (1972-1976)*, FCE, México.

### TRABAJOS PUBLICADOS NO RECOGIDOS EN LIBRO

- (1954) “La autobiografía de R. G. Collingwood”, *Cuadernos Americanos*, México.
- (1954) “La filosofía como compromiso, de Leopoldo Zea”, *Revista Filosofía y Letras*, México.
- (1957) “Notas sobre la Intuición y la deducción de las naturalezas simples y la evidencia en Descartes”, *La palabra y el hombre*, México.
- (1957) “Les Philosophes espagnols d’Hier et d’Aujourd’Hui, de Alain Guy”, *Cuadernos Americanos*, México.

- (1959) “Razón y fundamento en Hegel”, *Diánoia*, México.
- (1963) “*Filosofía analítica, norme e valori*”, de U. Scarpelli”, *Diánoia*, México, [s. f.].
- (1970) “Bertrand Russell”, Radio Universidad, UNAM, México.
- (1977) “La minoría prepotente”, *Vuelta*, núm. 9, México.
- (1979) “Svevo y Zeno”, *Vuelta*, núm. 32, México.
- (1980) “Las fotografías de Flores Olea”, *Vuelta*, núm. 57, México.
- (1981) “Saba y D’Annunzio”, *Vuelta*, núm. 57, México.
- (1981) “Tigres en Inglaterra”, *Vuelta*, núm. 57, México.
- (1981) “El botón de la Marquesa”, *Vuelta*, núm. 57, México.
- (1982) “Continuidad y cambio”, discurso pronunciado en la toma de posesión como director general de Publicaciones de la UNAM, *Revista de la Universidad de México*, 11 de marzo.
- (1986) “Alles ist Gut” [poema], *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, núm. 185, México.
- (1988) “Un heroísmo secreto”, *Vuelta*, México.
- (1988) “El extranjero”, *La Jornada*, 5 de diciembre, México.
- (1989) “El autor y su obra. *Manual del distraído*” (autoexégesis), *Textual*, núm. 3, julio.
- (1989) “Maestro del buen mirar”, *Vuelta*, núm. 155, México.
- (1993) “Bienvenida”, *Vuelta*, núm. 204, México.
- (1994) “Cinco observaciones”, *Vuelta*, núm. 207, México.
- (1994) “Noticias gremiales”, *Vuelta*, núm. 208, México.
- (1994) “Yo elegí a México”, *La Jornada*, 16 de noviembre, México.
- (1996) “Juegos de Magia”, en *Ensamblajes y excavaciones, la obra de Teodoro González de León 1968-1996*, Museo de Arte Contemporáneo Internacional Rufino Tamayo/INBA, México.
- (1997) “Teodoro González de León: Juegos de magia”, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Círculo de Arte, México.
- (1998) “La mejor lección”, *El Universal*, México, 20 de septiembre.
- (1998) “Reunión de filósofos”, *El Universal*, México, 4 de octubre.
- (1998) “Nuevas izquierdas”, *El Universal*, México, 1° de noviembre.
- (1998) “Vidas privadas”, *El Universal*, México, 15 de noviembre.
- (1998) “Venezuela elige”, *El Universal*, México, 29 de noviembre; *Letras libres*, México, núm. 79, julio de 2005.
- (1998) “El tribuno iluminado”, *El Universal*, México, 13 de diciembre.
- (1999) “Audiencia Papal”, *El Universal*, México, 24 de enero.
- (1999) “Teología y televisión”, *El Universal*, México, 7 de febrero.

- (1999) “La casa gana”, *El Universal*, México, 21 de febrero; *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 345, México, septiembre; *Papel Literario*, Caracas, mayo.
- (1999) “Octavio Paz”, *Letras libres*, núm. 6, México, junio; *El Puente*, núm. 0, Caracas, septiembre de 2003.
- (1999) “Basia en la Sierra”, *Reforma*, México, 2 de mayo; *Saber Ver*, México, julio; *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, septiembre.
- (2000) “En Alabanza de Tomás Segovia”, *Letras libres*, núm. 17, México, mayo; *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 355, México, julio.
- (2001) “Evocación de un becario”, *ABC/Cultural*, Madrid, octubre.
- (2001) “Presencia de Álvaro Mutis”, *ABC Madrid*, Madrid, diciembre.
- (2004) “Discrepancia”, *Letras libres*, núm. 69, México, septiembre.
- (2005) “Contestación al discurso de Enrique Krauze como miembro de El Colegio Nacional”, en Enrique Krauze, *Un héroe de la historiografía*, discurso de ingreso, El Colegio Nacional, México, 27 de abril.
- (2005) “Respuesta a Enrique Krauze”, *Letras libres*, núm. 78, México, junio.
- (2007) “Premio Xavier Villaurrutia”, *Letras libres*, núm. 100, México, abril; “Premio Xavier Villaurrutia”, *Memoria*, El Colegio de México, México.
- (2008) “La política en Plural”, *Letras libres*, núm. 112, México, abril.
- (2008) “Eugenio Montejo siempre”, *Letras libres*, núm. 115, México, julio.

#### TRADUCCIONES A OTROS IDIOMAS

- (1997) “The perfect page”, en Illan Stavans (ed. y comp.), *The Oxford Book of Latinamerican Essays*, Oxford, Cambridge.
- (1997) *Pluie de janvier* [traducción del español al francés de Serge Mestre], Gallimard, París.
- (2000) *Die Flüsse der Vergangenheit/Sechs Geschichten aus dem Hinterland* [traducción del español al alemán de Gisbert Haefs, *La fábula de las regiones*], Suhrkamp Verlag, Alemania.
- (2001) *Un café avec Gorrondona* [traducción del español al francés de Serge Mestre], Gallimard, París.
- (2002) *Regioni da leggenda* [traducción del español al italiano de Martha Canfield], Lettere di Firenze, Florencia.

- (2009) *Edén vie imagée* [traducción del español al francés de Serge Mestre], Gallimard, París.
- (2009) “Soieuse, la petite”, en *Ecrivains mexicains/Escritores mexicanos*, C. Fuentes, S. Pitó y A. Rossi (eds.), Serge Mestre (trad.), “Preface” de Christopher Domínguez Michael, Gallimard, París (Folio bilingüe).

TRADUCCIONES DE ALEJANDRO ROSSI  
DE OBRAS EN OTROS IDIOMAS AL ESPAÑOL

- (1955) Giorgio Abetti, *Historia de la astronomía*, FCE, México.
- (1959) Nicola Abbagnano, *Filosofía de lo posible*, FCE, México.
- (1959) Kurt Lissner, *Concepto del derecho en Kant*, UNAM, México (Cuadernos del Centro de Estudios Filosóficos, 4).
- (1963) Amadeo C. Conte, “Incalificación e indiferencia”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1964) J. Stone, “Los enclaves de la justicia”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1965) \_\_\_\_\_, *Bibliografía de lógica jurídica*, UNAM, México (Cuadernos del Centro de Estudios Filosóficos).
- (1965) Norberto Bobbio, *Derecho y lógica*, UNAM, México (Cuadernos del Centro de Estudios Filosóficos).
- (1965) M. Lazerowitz, “Ludwig Wittgenstein Post-Tractatus”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1965) A. Ambrose, “Incognoscibles y atomismo lógico”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1965) J. Schoenberg, “El problema de la equivalencia lógica en la paradoja de los cuervos”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1966) Norberto Bobbio, “Hegel y el Iusnaturalismo”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1970) Alberto Filippi, “Análisis crítico de la dialéctica y del conocimiento en la fenomenología del espíritu, Hegel”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1970) P. Romanell, “Tributo a José Gaos”, *Diánoia, Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.

- (1970) Alain Guy, "El Tiempo en la filosofía de José Gaos", *Diánoia*, *Anuario de filosofía*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México.
- (1974) "Eugenio Montale: Un relato de *Farfalla di Dinar*", *Plural*, México.
- (1982) Umberto Saba, "El blanco inmaculado señor", *Vuelta*, núm. 63, México, febrero.

### DISCOGRAFÍA

- (2001) *Prosas*. Voz del autor, "incluye: *selecciones de Sueños de Occam, Manual del distraído y Fábula de las regiones*", presentación de Julio Ortega, "*La prosa de Alejandro Rossi*"; Voz Viva de México, UNAM/El Colegio Nacional, México. Tiempo de grabación 71'15".

### ENTREVISTAS EN VIDEO

- (s/f) *En los 10 años de Vuelta*, productor Héctor Tajonar: "Situación en la literatura", Alejandro Rossi, Octavio Paz, Enrique Krauze.
- (s/f) "El socialismo y América Latina", Alejandro Rossi, Octavio Paz, Enrique Krauze.
- (1985) *Entre líneas*, entrevista Antonio López Ortega, *Manual del distraído* [formato beta].
- (1985) *175 años de la Independencia*, diálogos sobre la revolución, *La revolución y la cultura en México*, participan Carlos Monsiváis, Alejandro Rossi, Jorge Hernández Campos, Víctor Flores Olea [formato beta].
- (1985) *175 años de Independencia*, Diálogos sobre la revolución, *La revolución y la cultura en México*, participan Margo Glantz, Alejandro Rossi, Héctor Aguilar Camín, Víctor Flores Olea [formato beta].
- (1985) *En su tinta. Capítulos 27 y 28 [s/f]*. Participan Alejandro Aura, Alejandro Rossi, Juan Villoro y Adolfo Castañón [formato beta].
- (1986) "México y la democracia", Alejandro Rossi, Octavio Paz, Enrique Krauze [formato beta].
- (1989) *Noche a noche, Manual del distraído*, parte I y parte II [formato beta].
- (1989) *Magazine del Canal 22*, menciona que España celebra un libro de un venezolano: entrevista a Alejandro Rossi.

- (1989) *Letras vivas*, sobre *Manual del distraído*, *Sueños de Occam*, *El cielo de Sotero* [formato beta].
- (1994) *La necesidad del diálogo*, *Nexos T. V.*, conductor: Rolando Cordera, participación de Alejandro Rossi, Luis F. Aguilar Villanueva, Adolfo Sánchez Vázquez, entrevista Enrique González Pedrero, 22 de noviembre [formato VHS].
- (1996) “Ceremonia de ingreso del maestro Alejandro Rossi” a El Colegio Nacional, 22 de febrero [formato VHS].
- (1998) *Conversación de Alejandro Rossi y Juan Villoro*, sobre Borges [formato VHS].
- (1998) *Hablando de Octavio Paz*, Editorial Televisa [formato VHS].
- (1998) Coloquio: El laberinto de la soledad a 50 años de su publicación, Canal 22 [formato VHS].
- (1998) *El laberinto de la soledad*, El Colegio Nacional [formato VHS].
- (1998) *Entrevista con Alejandro Rossi I, II y III*, *Hoy en la cultura*, Canal 11 [formato VHS].
- (1998) Coloquio *Lenguaje, literatura y filosofía*, aproximaciones a Alejandro Rossi, parte I, II, III y IV [formato VHS].
- (1998) *Hoy en la cultura*, Alejandro Rossi [formato VHS].
- (1999) *Entrega del Premio Nacional de Ciencias y Artes* [formato VHS].
- (1999) *Presencias del siglo: diálogo entre generaciones, literatura*, “Distracciones y manuales de un siglo”, Alejandro Rossi entrevistado por Guillermo Sheridan [formato VHS].
- (1999) Alejandro Rossi, Serie de Creadores Eméritos del CNCA, video, dirección de Paulina Lavista, coproducción Conaculta, Canal 22, México.
- (2000) *La entrevista con [Sergio] Sarmiento*, Comisión Garantías, UNAM, 2 de febrero [formato VHS].
- (2004) Alejandro Rossi en la serie *Tratos y retratos (I y II)*, entrevista de Silvia Lemus, Canal 22, México.
- (2004) Alejandro Rossi en el programa *Clave* en Proyecto 40, Canal 40, Leonardo Curzio y Ricardo Rafael.

#### TEXTOS Y OBRAS SOBRE ALEJANDRO ROSSI

- (1994) *Aproximaciones a Alejandro Rossi. Memoria del coloquio celebrado en el mes de febrero de 1993*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas/Ediciones del Equilibrista, México.

- (1996) *Ceremonia de investidura de profesores e investigadores eméritos y de doctores honoris causa*, UNAM, Palacio de Minería, 5 de junio, México.
- (1996) Elizondo, Salvador, *Palabras de salutación*, El Colegio Nacional, México, 22 de febrero.
- (1996) Xirau, Ramón, *Contestación al discurso de ingreso del maestro Alejandro Rossi como miembro de El Colegio Nacional*, El Colegio Nacional, México, 22 de febrero.
- (1997) *Alejandro Rossi ante la crítica*, selección, prólogo y notas de Adolfo Castañón, Monte Ávila, Caracas.
- (1999) Xirau, Ramón, “Saludo a Alejandro Rossi”, en *Saludos y Homenajes. Palabras para miembros de El Colegio Nacional*, El Colegio Nacional, México.
- (2004) Pizarro Prada, María, *Obras reunidas del escritor mexicano Alejandro Rossi*, tesis, Universidad de Salamanca.

#### OBRAS INSPIRADAS EN LA OBRA DE ALEJANDRO ROSSI

Rodríguez, Marcela, *La fábula de las regiones. Una lectura de Alejandro Rossi* [homenaje musical de Marcela Rodríguez], Orquesta de cuerdas.

#### COMENTARIOS A LA OBRA DE ALEJANDRO ROSSI\*

##### *Artículos*

- Abelleyra, Angélica, “Cartas credenciales”, *La Jornada*, México, junio de 1999.
- Aguilar, Luis Miguel, “Pensar es distraerse”, *Nexos*, núm. 10, México, octubre de 1978.
- Alfaya, Javier, “Un diamante en la noche”, *La Calle*, Madrid, 1980.
- \_\_\_\_\_, “Gozos del observador”, *El País*, núm. 87, Madrid, 1983.
- Alponte Zacklyn, Lida, “Sedosa, la niña de Alejandro Rossi”, *El Nacional*, Caracas, diciembre de 1988.
- Argüelles, Juan Domingo, “Rossi, el inquisidor”, *El Día*, México, 1983.

\* Se consignan las referencias, aunque en algunos casos puede faltar la indicación del número o la fecha precisa.

- Arraiz, Rafael, "Homenaje a Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Asiain, Aurelio, "La realidad entre comillas", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1996.
- Balza, José, "Los pensamientos laterales de Alejandro Rossi", *El Nacional*, Caracas, 1987.
- \_\_\_\_\_, "Kafka suscita el comentario (o algo así) dicho por Borges", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Algunos cuentos de Rossi", *Revista Iberoamericana*, vol. LX, núm. 166-7, Universidad de Pittsburgh, Pensilvania, enero-junio de 1994.
- \_\_\_\_\_, "Carta indirecta a Alejandro Rossi", *El Globo*, Caracas, 1995.
- BEB, "La literatura flora sobre una base de ocio", *Diario de Caracas*, 1991.
- Beltrán, Antonio, "La amistad, un ancla para asirse a la realidad", *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, junio de 1999.
- \_\_\_\_\_, "Retrata en cuentos el mundo literario", *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, marzo de 2000.
- Beltrán, Félix Geney, "Novela del distraído adolescente" [sobre *Edén. Vida imaginada*], *Nexos*, núm. 348, México, diciembre de 2006.
- Beltrán Guerrero, Luis, "El filósofo distraído", *El Universal*, Caracas, 1987.
- Bensoussan, Albert, "La fable des Régions", en Alejandro Rossi, *Pluie de janvier*, traducido del español por Serge Mestre, Gallimard, La Quinzaine littéraire, París, junio de 2000.
- \_\_\_\_\_, "Un café avec Gorrondona", *Letras libres*, núm. 36, México, diciembre de 2001.
- Bermúdez, Sari, "Alejandro Rossi", en *Voces que cuentan* (entrevistas), Plaza & Janés, México, 2002.
- Bianco, José, "Distracciones de un filósofo", *La Prensa*, Buenos Aires, 1979.
- Boullosa, Carmen, "El estilo del distraído", *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, "La brújula de Rossi", *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, 2007.
- Bradú, Fabienne, "Sueños de Occam", *Vuelta*, núm. 77, México, 1983.

- \_\_\_\_\_, “Homenaje a Alejandro Rossi”, *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, “Prosa y pasaporte” [sobre *Cartas credenciales*], *Letras libres*, núm. 9, México, septiembre de 1999.
- \_\_\_\_\_, “Lealtad” [sobre *Edén. Vida imaginada*], *Letras libres*, núm. 95, México, noviembre de 2006.
- Cabré, María Ángeles, “Elogio de la inteligencia” [sobre *La fábula de las regiones*], *Turia*, España, 1997.
- Campos, Julieta, “Manual del Distráido”, *Vuelta*, núm. 21, México, 1978.
- \_\_\_\_\_, “Nueva visita a un Libro Feliz”, presentación de la 5ª edición del *Manual del distraído*, fascículo, FCE, México, 1988. Reproducido en *Solar*, Mérida, Venezuela, 1991.
- \_\_\_\_\_, “La pepita de oro”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Camps, Victoria, “La filosofía hecha relato”, *La vanguardia*, Barcelona, 1987.
- \_\_\_\_\_, “Alejandro Rossi: el amor al detalle”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Canozzi, Rolando, “*El Cielo de Sotero*, placer íntimo del texto”, *Clarín*, Buenos Aires, febrero de 1987.
- Castillo Zapata, Rafael, “Rossi: el arte de enumerar”, *Criticarte*, Caracas, 1988.
- \_\_\_\_\_, “Evocación y elogio del *Manual del distraído*”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 254, México, febrero de 1992.
- Castro, José Alberto, “La fábula de las regiones”, *Proceso*, núm. 1098, México, noviembre de 1997.
- Chitarroni, Luis, “El cielo de Sotero de Alejandro Rossi”, *Vuelta*, Argentina, 1987.
- Cohen, Marcelo, “Manual de leyendas”, *Clarín*, Argentina, septiembre de 1997.
- Crespo, Luis Alberto, “Venezolano, pero florentino, pero mexicano”, *El Universal*, septiembre, Caracas, 1991.
- De la Colina, José, “En favor de la lectura”, en *La letra y la imprenta*, México, 1982.

- \_\_\_\_\_, “Edén o la espuma de los días”, *Laberinto*, Suplemento cultural de *Milenio*, México, diciembre de 2007.
- Deltoro, Antonio, “El otro Mairena”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Doce, Jordi, “La fábula del escéptico”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 637-638, Madrid, 2003.
- Domínguez Michael, Christopher, “Cartas credenciales”, *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, mayo de 1999.
- \_\_\_\_\_, “El edén de Rossi”, *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, noviembre de 2006.
- \_\_\_\_\_, “Rossi: Premio Villaurrutia”, *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, febrero de 2007.
- Echevarría, Ignacio, “La memoria de los héroes” [sobre *La Fábula de las Regiones*], *El País*, España, mayo de 1997.
- Elizondo, Salvador, “El *Manual del distraído* de Alejandro Rossi”, *unomás-uno*, México, 1978.
- \_\_\_\_\_, “Para el libro de Homenaje a Alejandro Rossi”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Enrigue, Álvaro, “El cinismo metódico” [sobre *La Fábula de las regiones*], *La Jornada Semanal*, México, septiembre de 1997.
- \_\_\_\_\_, “Edén. Vida imaginada”, *Letras libres*, núm. 95, México, noviembre de 2006.
- Espada, Arcadi, “Anagrama reedita el ‘Manual del distraído’”, *El País*, España, mayo de 1997.
- Espinosa, Alberto, “Sueños de Occam”, *Casa del tiempo*, núm. 29, México, 1983.
- Flores Olea, Víctor, “Homenaje a Rossi”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- García de la Sienra, Adolfo, “La teoría de las descripciones vacías de Rossi”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Garrido, Antonio, “Manual del distraído”, *Sur*, España, julio de 1997.
- Gomes, Miguel, “*La fábula de las regiones*, de Alejandro Rossi”, *Vuelta*, México, enero de 1998.

- \_\_\_\_\_, “Cartas credenciales”, *Paréntesis*, núm. 1, México, enero de 2000.
- González, Enrique Héctor, “Un café con Gorrondona”, *Paréntesis*, núm. 4, México, abril de 2000.
- González, Juliana, “Filosofía y Literatura en Alejandro Rossi”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Guerrero, Gustavo, “El otro Rossi” [sobre *La Fábula de las Regiones y Manual del Distraído*], *El Nacional*, Caracas, 1997; *Vuelta*, México, noviembre de 1997.
- \_\_\_\_\_, “Un café con Alejandro Rossi”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 637-638, Madrid, 2003.
- Helguera, Luis Ignacio, “Manual del distraído de Alejandro Rossi”, *Vuelta*, núm. 125, México de 1987.
- \_\_\_\_\_, “El Manual del distraído y el ensayo literario moderno”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Herralde, Jorge, “Alejandro Rossi, un bien escaso”, en *Opiniones Mohicanas*, Aldus, México, 2000.
- \_\_\_\_\_, “Alejandro Rossi, un bien escaso”, en *Opiniones Mohicanas*, El Acanalado, Barcelona, 2001.
- Herrera, Ernesto, “La filosofía y la buena pluma” [sobre *Cartas credenciales*], *El semanario cultural de Novedades*, México, julio de 1999.
- Herrera Ibáñez, Alejandro, “La literatura como filosofía”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Homero, José, “Reseña de *Diario de Guerra*”, *Vuelta*, núm. 217, México, 1994.
- Ingendaay, Paul, “Ewing singt der Sumpl”, *Alejandro Rossi: Die Flüsse der Vergangenheit. Sechs Geschichten aus dem Hinterland*. Aus dem Spanischen übersetzt von Gisbert Haefs, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, mayo de 2000. Allgemeine Zeitung, Alemania, abril, 2001.
- Kier, Peter, “Elogio a la amistad”, *Siglo XXI*, México, 1995.
- Krauze, Enrique, “Zonas de Rossi”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.

- \_\_\_\_\_, “Notas sobre *Edén*”, *Reforma*, México, febrero de 2007.
- \_\_\_\_\_, “La lección de Alejandro Rossi”, *Reforma*, México, febrero de 2007.
- Lara Zavala, Hernán, “Alejandro Rossi”, *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Lara, María Pía, “Querido Alejandro”, *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista /UNAM, Facultad de Filosofía y Letras/Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Libertella, Héctor, “Alejandro Rossi, la identidad en disolución”, en *Las Sagradas Escrituras*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
- Licona, Sandra, entrevista [sobre *Cartas credenciales*], *La crónica de hoy*, México, junio de 1999.
- López Ortega, Antonio, “La segunda infancia de Alejandro Rossi”, *El Papel Literario*, Caracas, diciembre de 2006; *El Malpensante*, edición 75, Bogotá; *Cuadernos Americanos*, 680, España, 2007; *Letras libres*, México, febrero de 2007.
- López Pérez, Edgar, “Los apasionados instantes de la razón”, *El Nacional*, México, 1983.
- Lugo, José Antonio, “Alejandro Rossi”, *El Nacional*, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, “Alejandro Rossi ante la crítica”, *Siglo XXI*, México, abril de 1997.
- \_\_\_\_\_, “Monsiváis, Mutis y Rossi” [sobre *La fábula de las regiones*], *La Crónica de Hoy*, México, agosto de 1997.
- \_\_\_\_\_, “Las Cartas de Alejandro Rossi”, *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, julio de 1999.
- \_\_\_\_\_, “Las prosas de Alejandro Rossi”, *Crónica*, México, noviembre de 2001.
- Marco, Joaquín, “Manual del distraído”, *ABC Literario*, España, agosto de 1997.
- Matamoro, Blas, “Una desenfrenada disciplina”, *Cuadernos Americanos*, núm. 637-638, Madrid, 2003.
- Miranda, Julio E., “Nota sobre el *Manual*”, *Zona Franca*, Caracas, 1998.
- Monsiváis, Carlos, “Nota sobre el *Manual*”, presentación de la 5ª edición del *Manual del distraído*, fascículo, FCE, México, 1988.
- Montejo, Eugenio, “Imagen de Alejandro Rossi”, *Diario de Caracas*, Caracas, 1993; también en *Vuelta*, México, 1994.
- \_\_\_\_\_, “Cartas de retrato” [*Cartas credenciales*, Fundación Bigott], *Veintiuno*, Venezuela, 2005.
- Montes de Oca, Marco Antonio, “Alejandro Rossi vuelve presente al pasado”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/

- UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Mora, Rosa, "Que viva América" [sobre *La fábula de las regiones*], Anuario, *El País*, España, 1997.
- Morábito, Fabio, "Reseña de *Diario de Guerra*", *Vuelta*, núm. 219, México, 1995.
- Moreno Durán, R. H., "Alejandro Rossi autor in fabula", *El Espectador*, Bogotá, 1992.
- Mutis, Álvaro, "Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Nathan Bravo, Elia, "Homenaje al maestro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Nuño, Juan, "La luz del entendimiento, sueños de un distraído", *Últimas noticias*, Caracas, 1983.
- \_\_\_\_\_, "Prólogo" a la edición de Monte Ávila del *Manual del Distraído*, Caracas, 1987.
- \_\_\_\_\_, "Rossi en Caracas", *El Nacional*, Caracas, 1989.
- Olivé, León, "Saludo a Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Ortega, Julio, "La identidad nostálgica de Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Alejandro Rossi: *La fábula de las regiones*", *Revista Iberoamericana*, vol. LX, núm. 166-7, Universidad de Pittsburgh, Pensilvania, enero-junio de 1994.
- \_\_\_\_\_, "Los cuentos de Alejandro Rossi", en *Arte de innovar*, Ediciones del Equilibrista, México, 1994.
- \_\_\_\_\_, "La fábula de las regiones", *La República*, Lima, Perú, abril de 1998.
- \_\_\_\_\_, "La liviana embajada de Alejandro Rossi" [sobre *Cartas credenciales*], *Siempre!*, México, julio de 1999.
- \_\_\_\_\_, "Persona y fábula de Alejandro Rossi", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 637-638, Madrid, 2003.
- Orayen, Raúl, "Reseña de *Lenguaje y significado*", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1970.

- Patán, Federico, "Una inteligente ironía con sordina" [sobre *Sueños de Occam*], *México en el arte*, INBA, México, verano de 1983.
- \_\_\_\_\_, "Señores, soy yo..." [sobre *Cartas credenciales*], *unomásuno*, México, julio de 1999.
- Paz, Octavio, "Manual del distraído", presentación de la 5ª edición de *Manual del distraído*, fascículo, FCE, México, 1988; *Al Paso*, Seix Barral, Barcelona, 1992.
- \_\_\_\_\_, "Por y para Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Pereda, Carlos, "Alejandro Rossi, un pensador a la deriva", *Semanario*, México, 1980.
- \_\_\_\_\_, "Introducción al Método de Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Pérez Correa, Fernando, "Alejandro Rossi: director general", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Pérez Tamayo, Ruy, "Alejandro Rossi en El Colegio Nacional", *La Jornada Sábado*, núm. 286, México, 1997.
- Perujo, Francisca, "*Sueños de Occam*, cada cual tiene sus fantasmas", *unomásuno*, México, abril de 1983.
- Platts, Mark, "Los Rolling Stones, las artesanías de Acapulco y las Vedettes", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Pliego, Roberto, "Había una vez..." [sobre *La fábula de las regiones*], *Nexos*, México, abril de 1998.
- Pombo, Álvaro, "Sobre Alejandro Rossi", *Diario 16*, Madrid, 1988.
- Quintero, Ednodio, "Sobre Alejandro Rossi", *Frontera*, Mérida, Venezuela, 1991.
- \_\_\_\_\_, "Crónica de un viaje", *Los Universitarios*, UNAM, México, 1990.
- \_\_\_\_\_, "Vuelta a México", *Los Universitarios*, UNAM, México, 1990.
- Ramírez, Carlos, "El libro de la semana" [sobre *Cartas credenciales*], *Indicador Político*, *El Universal*, México, julio de 1999.

- Ramírez Goretti, "Un objeto falso. Una reflexión sobre *Manual del distraído*", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 637-638, Madrid, 2003.
- Ramírez Ribes, María, "Alejandro Rossi" [entrevista] en *Diálogos transatlánticos*, Jorale Editores, México, 2004.
- Robles, José Antonio, "Homenaje a Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Rodríguez, Fernando, "Las credenciales de Rossi", *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, 2004; *El Papel Literario*, Caracas, 2004.
- Saab, Salma, "Una aproximación a Rossi: el Maestro", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Saborit, Antonio, "Rossi, el manual de Gorrondona", *Siempre!*, México, 1983.
- \_\_\_\_\_, "El molino y el filósofo" [sobre *La fábula de las regiones*], *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, México, octubre de 1997.
- Salmerón, Fernando, "Alejandro Rossi: años de aprendizaje", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Salomon, Alex, "No tengo nada que ver con el realismo mágico" [sobre *El manual del distraído*], *El Mundo*, España, mayo de 1997.
- Sánchez Sorondo, Fernando, "Una vuelta de tuerca" [sobre *La fábula de las regiones*], *Suplemento literario, La Nación*, Argentina, febrero de 1998.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, "Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Sandía, Román José, "Las credenciales de Alejandro Rossi" (*Cartas credenciales*, Fundación Bigott), *Analítica*, Venezuela, 2005.
- Sol Mora, Pablo, "Alejandro Rossi o la página perfecta", *La Jornada Semanal*, núm. 534, México, 29 de mayo de 2005.
- Sosa, Víctor, "Reseña de *El abismo de la transparencia*", *El Semanario*, México, 1984.
- Suñén, Luis, "De todo y todo bien", *El País*, núm. 630, Madrid, 1994.
- \_\_\_\_\_, "Alejandro Rossi: pensamiento y lenguaje", *Turia*, Teruel, España, 1983.

- \_\_\_\_\_, “La salvación por el amor” [sobre *La fábula de las regiones*], *Cuadernos Hispanoamericanos*, España, enero de 1998.
- Torres Fierro, Danubio, “Alejandro Rossi”, *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, núm. 55, México, 1994; *Claves*, Madrid, 1994.
- Trejo Fuentes, Ignacio, “Un personaje inclasificable” [sobre *Cartas credenciales*], *Semanario cultural*, núm. 894, México, junio de 1999.
- Uranga, Emilio, “Distracciones del Manual”, *Novedades*, México, 1978.
- \_\_\_\_\_, “Tensiones Rossinianas”, *Novedades*, México, 1978.
- \_\_\_\_\_, “Verdades sin futuro”, *Novedades*, México, 1978.
- Umbral, Francisco, “La huelga fina”, *El País*, Madrid, 1983.
- \_\_\_\_\_, “Los Gaos”, *El País*, Madrid, 1983.
- Valdés, Margarita, “Duerma tranquilo, general”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, “Alejandro Rossi Guerrero”, *Nuestros Maestros*, UNAM, México, 1996.
- Verduchi, Enzia, “Entrevista con Alejandro Rossi. Estado de alerta”, *El Ángel*, Suplemento de *Reforma*, núm. 38, México, 12 de junio de 1994.
- Vila-Matas, Enrique, “Lo que dijo Rossi en Barcelona”, en *Desde la ciudad nerviosa*, Alfaguara, Barcelona, 2000.
- Villoro, Juan, “Reseña sobre el *Manual del distraído*”, *Revista de la Universidad de México*, núms. 2-3, México, 1978.
- \_\_\_\_\_, “Lecciones de la calle lateral”, presentación de la 5ª edición del *Manual del distraído*, fascículo, FCE, México, 1988; también en *Solar*, Mérida, Venezuela, 1991.
- \_\_\_\_\_, “La tierra del peligro”, *Vuelta*, núm. 182, México, 1992.
- \_\_\_\_\_, “Lo demás es silencio”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, núm. 254, México, 1992.
- \_\_\_\_\_, “La batalla de Alejandro”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, “Alejandro Rossi”, *Letras libres*, México, junio de 1999.
- \_\_\_\_\_, “Rossi: pensar es distraerse”, en *Efectos personales*, Era, México.
- \_\_\_\_\_, “En moviedza geografía”, *Papel literario. El Nacional*, Caracas, enero de 2000.
- \_\_\_\_\_, “El mundo anterior” [sobre *Edén. Vida imaginada*], *Reforma*, México, octubre de 2006.

- Villoro, Luis, "En el homenaje a Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- Xirau, Ramón, "Reseña *Lenguaje y significado*", *La cultura en México, Siempre!*, México, 25 de febrero de 1970.
- \_\_\_\_\_, "Reseña sobre *Sueños de Occam*", *Diálogos*, El Colegio de México, México, 1983.
- \_\_\_\_\_, "Reseña *Filosofía de la filosofía, de José Gaos*", en *Antología*, Alejandro Rossi, *Vuelta*, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Aproximaciones a Alejandro Rossi", en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Contestación al discurso de Alejandro Rossi como miembro de El Colegio Nacional".
- Zendejas, Francisco, "Cinco relatos de Rossi", *Excélsior*, México, 16 de mayo de 1983.

## FUENTES Y REFERENCIAS DE ADOLFO CASTAÑÓN SOBRE ALEJANDRO ROSSI

- (1978) “Alejandro Rossi: Manual del distraído”, Suplemento cultural *Siempre!*, México.
- (1983) “Si madre de mi fe mi ciencia fuera”, *Revista de la Universidad*, núm. 25, UNAM, México, mayo.
- (1983) “Tel qui en Lui même l’actualité le change”, *Revista de la Universidad*, UNAM, México.
- (1987) “Alejandro Rossi: la máscara de cristal”, Semanario *Novedades*, México.
- (1988) “Una década del *Manual del distraído*”, presentación de la 5ª edición del *Manual del distraído*, fascículo, FCE, México.
- (1988) “A diez años del manual”, presentación de la 5ª edición del *Manual del distraído*, fascículo, FCE, México; *Solar*, Mérida, Venezuela.
- (1989) “Escritos versallescos”, *Diario 16*, Madrid, 1991.
- (1991) “La fábula de las regiones”, *El espectador*, Bogotá.
- (1992) “El doctor Rossi”, *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, México.
- (1992) “La Ley de Rossi”, *Vuelta*, núm. 182, México.
- (1993) “Aproximaciones a Alejandro Rossi”, en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Ediciones del Equilibrista/UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- (1993) “Alejandro Rossi: la voz del espejo”, *Arbitrario de Literatura Mexicana*, *Vuelta*, México.
- (1997) “La fábula de las regiones”, *Vuelta*, núm. 148, México, octubre.
- (2000) “La voz del espejo”, *El mercurio*, Santiago de Chile, julio.
- (2001) “En la selva del recuerdo” [sobre *La fábula de las regiones*], *Crónica*, México.
- (2002) “La cosecha del 32, Rossi a la vista”, *Letras libres*, México.

- (2006) "Alejandro Rossi: un edén necesario", *Laberinto*, Suplemento cultural de Milenio, México, diciembre.
- (2007) "Alejandro Rossi: un edén necesario", *Revista de la Universidad de México*, núm. 37, México, marzo.
- (2009) "Tributo a Alejandro Rossi", *Letras libres*, núm. 48, México, julio.
- (2009) "Oración fúnebre por Alejandro Rossi", *Revista de la Universidad de México*, julio.

El autor agradece la colaboración y ayuda de Olbeth Hansberg de Rossi en la elaboración y revisión de esta bibliografía.

## ÍNDICE DE NOMBRES

- Aguilar, Luis Miguel, 125  
Alberti, Rafael, 53, 54  
Alfaya, Javier, 125  
Alonso, Amado, 26, 27, 53  
Alonso, Dámaso, 51, 53  
Aponde de Zacklin, Lyda, 125  
Aron, Raymond, 64, 131  
Arraiz Lucca, Rafael, 125  
Arredondo, Inés, 133  
Arreola, Juan José, 40, 65, 93, 126, 131  
Asiaín, Aurelio, 55  
Aub, Max, 61  
Azorín, José Martínez Ruiz, 54, 91, 126
- Balza, José, 55, 66, 69, 125  
Baroja, Pío, 24, 54  
Bassani, Giorgio, 101  
Beck, Humberto, 124  
Bécquer, Gustavo Adolfo, 26  
Bell, Daniel, 79  
Belli, Carlos Germán, 78  
Bello, Andrés, 66, 67  
Bergson, Henri, 29  
Berlin, Isaiah, 134  
Bianco, José, 48, 52, 72, 73, 78, 93, 97,  
104, 125, 126, 130, 133, 134, 138  
Bioy Casares, Adolfo, 48, 52, 78, 104,  
126, 130, 134, 138
- Bolívar, Simón, 16, 130  
Bombal, María Luisa, 97  
Borges, Jorge Luis, 24, 25, 48, 53, 55,  
69, 72, 78, 83, 91, 96, 103, 104, 105,  
107, 126, 130, 133, 134, 138, 139  
Boullosa, Carmen, 125  
Bradú, Fabienne, 125  
Browning, Robert, 103
- Calderón de la Barca, Pedro, 53  
Cama de Rojo, Alba, 13  
Cama Villafranca, Ana María, 13, 103,  
124  
Campos, Julieta, 125, 131, 134, 138  
Camps, Victoria, 125, 126  
Cané, Miguel, 22  
Carballido, Emilio, 131  
Carballo, Emmanuel, 133  
Carpentier, Alejo, 97  
Castillo Zapata, Rafael, 126  
Cervantes Saavedra, Miguel de, 53  
Chitarrone, Luis, 126  
Claudel, Paul, 40  
Colina, José de la, 56, 131, 133, 134,  
138  
Cortázar, Julio, 105, 130  
Crespo, Luis Alberto, 126  
Cuesta, Jorge, 133

- Darío, Rubén, 21, 22, 24, 52  
 Darwin, Charles, 29  
 Deltoro, Antonio, 126  
 Dickens, Charles, 25  
 Díez-Canedo, Enrique, 128  
 Dilthey, Wilhelm, 30  
 Dostoievski, Fiódor Mijailovich, 40  
 Durán, Diego de (fray), 30
- Eielson, Jorge Eduardo, 78  
 Elizondo, Salvador, 15, 45, 51, 55, 56,  
 57, 77, 105, 126, 131, 133, 138  
 Enrígue, Álvaro, 38, 80  
 Esopo, 94  
 Espinosa, Alberto, 126
- Flaubert, Gustave, 91  
 Flores Olea, Víctor, 46, 61, 77, 126, 131  
 Freud, Sigmund, 127  
 Fuentes, Carlos, 131, 133  
 Furlong Cardiff, Guillermo, 21, 22, 23,  
 24, 25, 52, 130
- Galbraith, John Kenneth, 79  
 Galindo, Sergio, 131  
 Gallegos Rocafull, José Manuel, 46, 47  
 Gallegos, Rómulo, 66, 67, 97, 103  
 Gaos, José, 26, 28, 30, 33, 34, 35, 45, 46,  
 51, 57, 58, 64, 67, 103, 123, 130,  
 131, 133, 138  
 Gaos, Vicente, 26, 27, 130, 138  
 García de la Sierna, Adolfo, 126  
 García Díaz, Adolfo, 46  
 García Márquez, Gabriel, 36, 91, 96,  
 131
- García Ponce, Juan, 45, 55, 77, 131,  
 133, 134, 138  
 García Sanchiz, Federico, 23, 24  
 García Terrés, Jaime, 36, 131, 134  
 Garibay, Ricardo, 131  
 Ghirardo, Alberto, 24  
 Gibbon, Edward, 99  
 Gil de Biedma y Alba, Jaime, 78  
 Girri, Alberto, 78  
 Gómez de la Serna, Ramón, 24, 25, 54  
 González de la Calle, Pedro Urbano, 49  
 González de León, Teodoro, 50, 56,  
 134, 138  
 González de León, Ulalume, 131  
 González, José Luis, 131  
 González, Juliana, 126  
 González Pedrero, Enrique, 131, 138  
 Gorostiza, José, 133  
 Guerrero, Gustavo, 123, 124
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 31,  
 93, 131, 138  
 Heidegger, Martin, 15, 30, 31, 53, 56,  
 57, 58, 59, 60, 93, 103, 131, 138  
 Helguera, Luis Ignacio, 126  
 Henríquez Ureña, Pedro, 103  
 Hernández Campos, Jorge, 131  
 Herrera Ibañez, Alejandro, 126  
 Hipona, Agustín de, 135  
 Horacio, 137  
 Hume, David, 134  
 Hurtado de Mendoza, José Vivero, 27  
 Husserl, Edmund, 30, 31, 132
- Ibagüengoitia, Jorge, 133

- Jáuregui, el Gordo, 22, 23  
 Jenofonte, 50
- Kamenszain, Tamara, 55  
 Kierkegaard, Soren, 123  
 Kipling, Rudyard, 107  
 Krauze, Enrique, 40, 51, 126
- La Fontaine, Jean de, 94  
 Lama, Graciela de la, 50  
 Landolfi, Tomasso, 127  
 Lara Zavala, Hernán, 126  
 León González, Francisco, 126  
 Levi-Spira, Sonia, 124  
 Libertella, Héctor, 55, 126  
 Lichtenberg, Georg Christoph, 127  
 Lida, Raimundo, 27, 53, 103, 130  
 Liscano, Juan, 78  
 López Velarde, Ramón, 31  
 Lugo, José Antonio, 126  
 Lugones, Leopoldo, 52
- Machado, Antonio, 53, 86  
 Machado, Manuel, 53  
 Maistre, Xavier de, 88  
 Mallarmé, Stéphane, 90  
 Maritain, Jacques, 30  
 Martí, José, 52  
 Medina Echavarría, José, 132  
 Mejía Sánchez, Ernesto, 131  
 Mercier, Desiderio José, 29  
 Meyer, Eugenia, 38  
 Millares Carlo, Agustín, 46, 47  
 Monsiváis, Carlos, 124, 125  
 Montaigne, Michel de, 35, 36
- Montale, Eugenio, 36, 55, 127, 133  
 Montejo, Eugenio, 66, 68, 69, 126, 137  
 Montes de Oca, Marco Antonio, 126, 133, 134  
 Morábito, Fabio, 55  
 Moreno Durán, Rafael Humberto, 126  
 Moreno Villarreal, Jaime, 124  
 Morínigo, Marcos Augusto, 26, 27  
 Mutis, Álvaro, 36, 55, 56, 64, 73, 78, 94, 105, 126, 130, 131
- Nabokov, Vladimir, 96  
 Nathan Bravo, Elia, 126  
 Neruda, Pablo, 55  
 Nicol, Eduardo, 46  
 Novo, Salvador, 133  
 Núñez de Arce, Gaspar, 22  
 Nuño, Juan, 66, 68, 69, 125, 126, 131, 137  
 Nuvolari, Tazio, 16
- Ocampo, Aurora M., 124  
 Ocampo, Silvina, 48, 78  
 Ocampo, Victoria, 48  
 Olivé, León, 126  
 Onetti, Juan Carlos, 55  
 Ortega, Julio, 30, 72, 78, 126, 130, 133  
 Ortega y Gasset, José, 30, 53, 58, 94, 103, 130  
 Othón, Manuel José, 103  
 Owen, Gilberto, 133
- Pacheco, José Emilio, 45, 50  
 Páez, José Antonio, 16, 130, 137  
 Parra, Teresa de la, 66, 68

- Paz, Octavio, 13, 15, 19, 32, 38, 39, 45, 48, 50, 52, 55, 61, 62, 65, 75, 76, 77, 79, 80, 87, 93, 94, 103, 124, 125, 126, 131, 133, 134, 138
- Pellicer, Carlos, 133
- Pereda, Carlos, 126
- Pérez Correa, Fernando, 126, 138
- Picón Salas, Mariano, 66, 67, 68, 100
- Pitol, Sergio, 131
- Pizarro Prada, María, 130
- Platón, 134
- Platts, Mark, 126
- Poblet, Francisco, 23
- Pombo, Álvaro, 126
- Portilla, Jorge, 46, 138
- Proust, Marcel, 102
- Quevedo y Villegas, Francisco de, 53
- Ramos Sucre, José Antonio, 68, 91
- Reyes, Alfonso, 24, 26, 29, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 65, 68, 77, 93, 103, 126, 130, 131, 133
- Reyes Heróles, Jesús, 38
- Reyes, Juan José, 102, 126
- Riu, Federico, 131, 137
- Rius, Luis, 64, 131
- Robles, José Antonio, 126
- Rodríguez, Marcela, 107
- Rojó, Vicente, 37
- Rossi Guerrero, Félix, 137
- Rulfo, Juan, 97
- Russell, Bertrand, 31, 53, 60, 133
- Ryle, Gilbert, 56, 57, 58, 59, 103, 132, 138
- Saab, Salma, 126
- Saborit, Antonio, 126
- Sakai, Kazuya, 38, 79, 124, 138
- Salinas de Gortari, Carlos, 62, 63
- Salmerón, Fernando, 30, 34, 37, 38, 46, 52, 123, 126, 130, 131, 138
- Sánchez Vázquez, Adolfo, 126
- Sartre, Jean-Paul, 30, 31, 123, 133
- Savater, Fernando, 94
- Scherer García, Julio, 38, 39, 62, 80, 103
- Segovia, Rafael, 56, 64, 131
- Segovia, Tomás, 56, 64, 131, 133, 134, 138
- Shelley, Percy Bysshe, 103
- Sócrates, 50
- Sordelli, Alfredo, 23, 24, 49, 52
- Souto, Arturo, 56, 131
- Stone, Isidor Feinstein, 79
- Suárez, Francisco, 29
- Sucre, Guillermo, 66, 69, 78
- Suñén, Luis, 126
- Svevo, Italo, 36, 127
- Talleyrand, Charles Maurice, 105
- Tamayo, Rufino, 39
- Torres Bodet, Jaime, 133
- Torres Fuentes, Ignacio, 124, 126
- Unamuno, Miguel de, 50
- Uranga, Emilio, 27, 28, 30, 31, 34, 46, 126, 131, 138
- Usigli, Rodolfo, 52, 133
- Uslar Pietri, Arturo, 66, 68, 97

- Valdés Villarreal, Margarita, 37, 126  
Valle-Inclán, Ramón de, 54  
Varela, Blanca, 78  
Vargas Llosa, Mario, 78  
Vega y Carpio, Lope de, 53  
Villafranca de Cama, Alba, 13  
Villaurrutia, Xavier, 133  
Villoro, Juan, 55, 125, 126  
Villoro, Luis, 28, 30, 34, 37, 45, 46, 123,  
126, 130, 131, 138  
Weber, Max, 132, 134  
Westphalen, Emilio Adolfo, 78  
Wilde, Eduardo, 22  
Wittgenstein, Ludwig, 31, 132  
Xirau, Ramón, 29, 30, 32, 50, 57, 64,  
126, 131  
Zaid, Gabriel, 50, 131, 133, 134, 138

*Algunas tardes con Alejandro Rossi.*

*Conversaciones, ensayos y apuntes,*

se terminó de imprimir en octubre de 2010  
en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V.  
Matamoros 112, col. Raúl Romero, 57630, Ciudad  
Nezahualcóyotl, Estado de México.

Formación: Logos Editores.

Cuidó la edición la Dirección

de Publicaciones de

El Colegio de México.

## TESTIMONIOS

---

*Algunas tardes con Alejandro Rossi. Conversaciones, ensayos y apuntes* muestra y cala las virtudes de este raro maestro de las ideas y de las letras que supo hacer de la conversación un arte y llevar la narración al extremo de la dorada y tensa fábula, como muestran su clásico *Manual del distraído*, *La fábula de las regiones* o su novela *Edén. Vida imaginada*.

A la serie de tres entrevistas que aquí se recogen con “el ensayista capaz de abordar con brillantez los géneros más diversos”, según lo saludó José Bianco, el escritor argentino de la revista *Sur*, se agrega una serie de apuntes, prosas y ensayos con que Adolfo Castañón, autor de este volumen, fue acompañando a lo largo del tiempo y al filo de los días el quehacer literario de este pensador y escritor de tres mundos, “uno de nuestros mejores filósofos” y también “uno de nuestros mejores escritores”, como lo calificó Ramón Xirau.

Aquí el lector podrá reconocer la prosa hablada y escrita del autor de *La fábula de las regiones*, su pensamiento incisivo y vertiginoso, definidos por Octavio Paz como “un puente colgante” que “se mece sobre un precipicio”.

Adolfo Castañón (México, 1952), poeta, ensayista y traductor, trabajó durante casi tres décadas en el Fondo de Cultura Económica, es Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y del Programa de Investigadores Asociados, PIA, de El Colegio de México y ha sido desde 1977 uno de los primeros y más asiduos lectores de Alejandro Rossi.

Foto de la portada: Paulina Lavista

ISBN: 978-607-462-152-5



9 786074 621525



EL COLEGIO  
DE MÉXICO